



En algún lugar



JAVIER CARRETERO

Lectulandia

En el momento de nacer nos dan una vida planificada, estudiar una carrera, acceder a un buen puesto de trabajo, casarse con una mujer de buena familia, pagar una hipoteca y tener descendencia. Pero ¿qué pasa cuando en un segundo cambia todo lo que te han enseñado, desbaratando tus planes y te das cuenta que nadie te enseñó a sentir? Con esta emotiva historia, Javier Carretero ha construido una novela que deja al lector sin aliento y abre las puertas a un fascinante viaje por el presente, pasado, futuro y las insospechadas relaciones que existen entre ellos.

Este libro no está escrito para hacerte pensar, Ni para hacerte reír, Ni tan siquiera para hacerte llorar.

Este libro está escrito para hacerte llegar hasta donde tú sueñes...

... EN ALGÚN LUGAR.

Lectulandia

Javier Carretero

En algún lugar

En algún lugar - 1

ePub r1.0

Titivillus 04.10.15

Título original: *En algún lugar*

Javier Carretero, 2012

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres, por darme la oportunidad de dejarme caer una y otra vez estando siempre ahí para ayudar a levantarme. A mi hermano Andrés, por ser mi baúl de los secretos y un ejemplo de corazón. A mi hermana Mayca, por ser la mujer de mi vida. A mis abuelos, a mis amigos, a todas aquellas personas que han significado y significan algo en mi vida, y muy especialmente a mi querida madrina.

A todos ellos y a ti, por supuesto, por estar ahí y hacerme ver que se puede llegar hasta donde tú sueñes... en algún lugar. (PTLV).

Agradecimientos

Realmente son muchas las personas a quienes debo dar las gracias porque este, mi primer libro, haya salido a la luz. Me resultaría casi imposible nombrarlas a todas, pero no me perdonaría a mí mismo, no nombrar a algunas.

A Juan Miguel Iglesias, por quitarle tiempo a sus noches de sueño para buscar y encontrar la cara bonita del libro; a Jota Moreno, por colaborar desinteresadamente y sin conocerme, buscando detrás de su objetivo esas fotografías tan acertadas. A Laura Lázaro por no permitirme abandonar esta historia. A Cristóbal García por tus palabras y ejemplo, siempre serás para mí Giraluna. A Jesús y a Lourdes por ayudarme a buscar el mejor acento.

Y por último a Bea, Vicky y Paqui, por «obligarme» a publicarla, por ayudar a que todo esto sea ya una realidad y por compartir esta aventura conmigo.

PRÓLOGO

¿Por qué escribí *En algún lugar*?

Hace ya algún tiempo que por mi cabeza pasaba la idea de escribir «algo», pero no tenía muy claro qué era lo que deseaba hacer. Algunas veces escribía canciones a las que olvidaba ponerle acordes, otras escribía frases con sentido pero sin destino que solía escribir en servilletas y luego acababan, sin querer, en la lavadora... pero esta vez me atreví a escribir algo muy parecido a esto, llamémosle libro.

Cuando comenté entre familiares y amigos que estaba escribiendo un libro todos me hacían las mismas preguntas.

La primera era unánime:

—¿Cómo te ha dado por escribir un libro?

Y la segunda supongo que era para matar la curiosidad:

—¿De qué trata?

La respuesta a la primera pregunta era bastante sencilla, al menos para mí:

—Lo escribí por necesidad.

Para poder responder a la segunda solo les decía:

—Cuando lo acabe os regalaré uno a cada uno de vosotros.

Solo os pediré que tengáis un poco de paciencia.

Durante algunos años de mi vida, me he dedicado a observar a las personas que tenía a mi alrededor (las que quiero), esas que no están tan cerca de mí (las que conozco) e incluso aquellas con las que nunca crucé una sola palabra (los desconocidos). Fue tal el punto de observar todo lo que ocurría a mi alrededor que una buena amiga me puso el pseudónimo de «periscopio».

También es cierto que dediqué tiempo a conversar con cada una de ellas, intentando encontrar lejos de sus palabras lo que me querían decir, tan solo prestando atención a su entonación, analizando cada uno de sus gestos, sus muecas, sus miradas, sus sonrisas e incluso sus lágrimas. A veces conoces más a las personas por lo que ves que por lo que te cuentan. Así que empecé a observarlo todo, desde su forma de caminar hasta su manera de mentir o de decir la verdad, y me daba la impresión de que la mayoría de ellas no sabían muy bien hacia donde querían caminar en sus vidas, unas veces porque no conocían el camino y otras, en su mayoría, porque se comportaban como «peces muertos», es decir, personas que se dejan llevar por la corriente del río, por la corriente que nos marca la sociedad, sin capacidad para dirigir o decidir por ellos mismos dónde quieren ir o qué desean hacer con su vida... tan solo se dejan llevar.

Lo cierto es que durante una etapa de mi vida y sin saber encontrar una

explicación, yo también me comportaba como «un pez muerto».

Un buen día, no sé si por suerte o por desgracia, ocurrió algo en mi vida que hizo que todo cambiara, mis hábitos, mis costumbres, mis horarios, mi manera de pensar cómo había que vivir esta vida... y fue entonces cuando empecé a soñar.

Son muchas las veces que he leído, he escuchado en debates televisivos o en reuniones de amigos, esa cuestión tan trascendental y existencial que la sociedad se hace y nadie es capaz de responder con certeza:

¿Hay vida después de la muerte?

Os mentiría si os dijese que yo nunca me lo pregunté, lo hice en muchos momentos. Había etapas en mi vida en las que me preguntaba: «¿qué pasa cuando morimos?», porque me cuesta creer que no haya nada más después de la vida y, a veces, me niego a pensarlo.

Pero una vez hecho este planteamiento, al que nadie sabría responderme, empecé a plantearme otras cuestiones. Dejé de preguntarme si hay vida después de la muerte, para cuestionarme si hay vida antes de la muerte.

Si te apetece seguir leyendo te contaré qué fue lo que ocurrió aquella mañana de diciembre para que dejase de comportarme como un pez muerto y poder darle un sentido a mi vida.

La última y nos vamos

14 de diciembre de 2008

Era domingo. Aquella mañana me costó levantarme de la cama mucho más de lo que suele ser habitual, tras varios intentos fallidos de abrir los ojos. La noche anterior había trasnochado porque celebrábamos el cumpleaños de un buen amigo, Miguel.

A él lo conozco desde hace más de dos décadas. La primera vez que lo vi fue un verano, allá por el año noventa y dos, en la piscina de un residencial situado en Retamar (Almería). Mis padres compraron allí un dúplex para evadirse del entorno laboral y pasar los meses más caluroso del año entre piscinas, playas y algún que otro chapuzón. Miguel es de ese tipo de personas de las que te llevas dos impresiones muy contradictorias. La primera, aquella que corresponde al primer contacto visual, parece ser un chico serio, distante e infranqueable. La segunda y todas las demás, es cuando te das cuenta de que las apariencias engañan o quizá sean los ojos quienes mientan al no saber ver qué hay bajo la piel. Después de un primer saludo casi obligado, corto y breve, seguido de un «¿Qué tal?» nació de su boca una enorme sonrisa, de esas que ponen al descubierto la dentadura. Continuó con un apretón de manos, de los fuertes, de aquellos que te hacen crujir los dedos y deseas que te suelte inmediatamente, y a partir de ahí empezó a enhebrarse una sincera amistad. Es un chico alto, algo más de un metro y ochenta centímetros, tiene los ojos color del mar en los días despejados y con unas facciones muy marcadas. Su cabello es rubio, lo lleva corto. Pero si hay una cualidad destacable de Miguel es su noble corazón. Es por ello que le llamo con el apelativo de PTLV, amigos que aparecen cuando más los necesitas.

Vayámonos a la noche anterior para empezar a contar esta pequeña historia.

Aquella fría noche de sábado celebrábamos su cumpleaños. Creo que eran treinta y seis las velas que debía soplar, pero no puedo asegurarlo porque obviamos la tarta, con ello las velas y porque nunca pregunto a nadie su edad en su aniversario. Quizá porque a mí nunca me gustó que me lo preguntasen o porque era lo de menos. Sabíamos lo que se merecía y teníamos que hacerle sentirse el protagonista de la noche, la edad debía ocupar el lugar más pequeño de la fiesta y la dejamos olvidada en casa.

Como en toda celebración o motivo de fiesta, no podían faltar las risas... unas veces a causa de un buen chiste y otras por los efectos del alcohol. Después de varios brindis por la amistad, de promesas perdidas, de acordarnos de aquellas mujeres que

amamos y de las que nos gustaría amar, se escuchó esa frase que hizo enmudecer la música del local ¿La última y nos vamos? Nos miramos unos a otros, éramos más de los que salimos, justo el doble, y derivamos la responsabilidad de decidir al protagonista de la fiesta... La noche se dilató unas cuantas copas más.

A las diez de la mañana sonó el despertador, no sabría decir con certeza cuantas veces hasta que lo paré. La canción de la Fuga *Páquí p'allá* era quien ponía la melodía al comienzo del día.

Las sábanas seguían pegadas a mí, al igual que mis pestañas. Cuando al fin logré ponerme en posición vertical y sentí el frío del suelo en mis pies desnudos, corrí a toda prisa de puntillas hacia el cuarto de baño. Me miré al espejo y creo que él se apartó. Con los ojos medio abiertos y con una cara desmejorada fue mi interior quien me habló en voz baja diciendo:

—¿Dónde crees que vas con esa cara? ¡Estás hecho polvo! Tenía razón, era cierto. Apenas había dormido cuatro horas, pero había un motivo que me ayudaba a levantarme de la cama. Siempre me consideré una persona comprometida con algunos aspectos de la vida, no con todos, pero sí con ella, la formalidad.

La semana anterior me comprometí sin alianzas, ni curas de por medio, a que acudiría a jugar un partido aun sabiendo que tenía un cumpleaños la noche anterior, que con toda seguridad trastrocharía y que no era, en absoluto, relevante en cuanto al resultado.

Una vez aseado, con los ojos casi abiertos del todo, volví al dormitorio para preparar la mochila con la ropa que llevaría. El despertador volvió a sonar.

Poco tardé en dejarlo todo listo para marcharme. Sobre las diez y media de la mañana había quedado con otro buen amigo, Raúl (PTLV), en una cafetería que había a dos manzanas de casa llamada «Oban Bay».

Aquel día él estaba lesionado, aunque solo tenía unas ligeras molestias en su tobillo izquierdo que no le permitían ayudarnos a minimizar la goleada. Le esperé en la puerta de la cafetería, con la mochila a mis pies y ya con los ojos bien abiertos. Poco antes de apuntar la aguja grande del reloj al suelo, apareció con su coche nuevo, un Volkswagen Golf de color negro. Una de las pocas cosas que me gustan de los coches recién comprados es su olor. Creo que alguien debería plantearse inventar ese perfume.

Desayunar allí antes de cada partido formaba parte de nuestro ritual, era un aspecto insustituible de nuestra concentración y no queríamos perder las buenas costumbres.

Una vez sentados en mi mesa preferida, aquella donde nadie te ve pero tú puedes observar todo lo que ocurre desde allí, pedí a la camarera un café bombón con media tostada de sobrasada. Raúl tomó un café con leche y media tostada mixta.

Durante el desayuno que no podía alargarse en el tiempo, hablábamos de la actualidad de la liga española y poco después de la actualidad de nuestro equipo. Volvimos a hacernos la misma pregunta de cada domingo:

—¿Cuántos goles nos marcarán hoy?

Quizá deberíamos empezar a preguntarnos:

—¿Marcaremos un gol en algún partido? —Creo que podría ser algo más motivante.

Perder, forma parte del juego y de la vida, pero a mí nunca me gustó ese resultado y mucho menos darlo por hecho antes de empezar la partida. Creo ser una persona competitiva, pero es cierto que para jugar en este equipo tenías que asumir ese marcador, el que más se repetía, así que... o lo hacías pronto o acababas llevándote más de un disgusto a casa cada domingo.

La filosofía del club radicaba en pasar un buen rato entre amigos o conocidos, hacer deporte ante todo, dejar en el terreno de juego las tensiones de la semana laboral y desconectar de ellas, acabar los partidos sin ningún lastimado y si lográbamos ganar (situación improbable)... celebrarlo. Con el tiempo decidimos que las derrotas también las celebraríamos. Quizás una idea demasiado alejada de la mía. Me costó casi un año asimilarla, aunque nunca llegué a hacerlo del todo.

Una vez acabado el desayuno, conduje durante treinta minutos por la autovía y otros pocos entre invernaderos, que formaban parte del paisaje de aquellas carreteras, hasta que llegamos al campo de fútbol.

El reloj del salpicadero marcaba las once y cincuenta. A pesar de estar en pleno invierno aquella mañana hacía una temperatura más propia de la primavera. Al entrar al vestuario se me acercó el míster y me dijo entre media sonrisa:

—Hoy nos enfrentamos a un equipo más o menos de nuestro nivel... Es el único partido del campeonato que tenemos posibilidades de ganar.

Que dijese que el equipo contrario fuese de nuestro nivel no era un aliciente para motivarme, pero escuchar que teníamos posibilidades reales de ganar este partido hizo que mis ganas de empezarlo creciesen a pasos agigantados. Pensé que no podíamos desaprovechar esa oportunidad de conocer el sabor de la victoria pues ¿quién sabe cuándo se iba a volver a repetir?

En este tipo de campeonatos la impuntualidad era habitual y el encuentro comenzó con algo más de media hora de retraso. También lo era ver las gradas repletas de asientos de plásticos azules y escasos de público. Apenas unos pocos estaban ocupados por familiares de uno y otro equipo, ajenos a todo lo que ocurría en el campo. Es comprensible ¿Quién iba a querer ver a veintidós treintañeros corriendo sin orden y con torpeza detrás de un balón durante poco más de noventa minutos?

Para mayor malestar de los pocos asistentes nos sorprendió un fuerte viento de poniente que no iba a impedir que se disputase el encuentro, pero sí hacía aumentar la incomodidad tanto de jugar, como de ver el partido.

Fue a la una en punto de la tarde cuando ambos equipos saltamos al terreno de juego y, junto a nosotros, el señor colegiado. Vestíamos con nuestra indumentaria habitual compuesta por camiseta roja, junto a unos pantalones y medias negras. Mi dorsal en propiedad era el nueve. Yo no lo elegí, ni tampoco era mi número preferido,

ni tan siquiera correspondía con mi demarcación. En realidad sigo sin entender por qué llevaba ese número.

De nuestro equipo no diré más de lo que ya os he contado, y de su nombre solo pondré las iniciales, por eso de que nadie se pueda sentir ofendido, S'84.

Antes de que el árbitro repartiese suerte entre los capitanes, de elegir campo o pelota, nos reunimos en nuestra mitad del campo formando en un corro donde nos animábamos para ganar el partido, pero esta vez de verdad, y dar las últimas instrucciones de cómo debíamos jugar. Básicamente se limitaba en recordar que había que marcar algún gol.

Instantes después el árbitro tocó el silbato extendiendo su brazo derecho al frente e indicando con ello el inicio del encuentro. Los primeros minutos fueron para tantear a nuestro rival, observar su disposición en el campo, localizar sus jugadores más peligrosos e intentar encontrar sus debilidades.

Tras unas cuantas idas y venidas sin orden, por ninguno de los dos equipos, llegó la primera ocasión de peligro para nosotros.

Era el minuto dieciséis, el marcador aún no se había movido y el colegiado había señalado un saque de esquina a favor nuestro.

Esa fue la primera vez, en todo el campeonato, que más nos acercamos a la portería contraria, ¿podéis imaginar los nervios, no?

Subieron los jugadores más altos a rematar, yo me quedé fuera del área esperando un posible rechace que nunca llegó. Tras un golpeo al balón desde la esquina, nuestro jugador más alto, libre de marca en altura, remató con un fuerte cabezazo seco y certero que se coló muy cerca de la escuadra, sin que nada pudiese hacer el portero para detenerlo. Solo pudo recoger el balón de la red.

Por primera vez en todo el campeonato nos adelantamos en el marcador, lo celebramos como si hubiésemos ganado la copa del mundo, y aunque sabíamos que aún quedaba mucho partido quisimos celebrarlo como tal hazaña.

Nada más marcar el gol, las instrucciones cambiaron, teníamos que replegarnos todos atrás... Ellos empezaron a acercarse cada vez con más peligro, nosotros nos alejábamos de él, pero a pesar de sus continuos ataques fueron incapaces de marcar un gol en todo el primer tiempo. Con el resultado de uno a cero nos fuimos al descanso.

En el vestuario empezamos a ponernos el parche antes de que nos saliera el grano. Estábamos demasiado eufóricos, no estábamos acostumbrados a estas cosas. Los quince minutos del descanso sirvieron para concretar dónde iríamos a celebrarlo, olvidándonos que aún faltaba todo el segundo tiempo por delante y de las instrucciones del entrenador.

El árbitro dio inicio a la segunda parte, del mismo modo que al principio del partido, solo que esta vez éramos nosotros quienes sacábamos. El partido empezó a ser muy aburrido, al menos para mí. Dejamos de jugar al fútbol, aunque en realidad nunca lo hicimos, y empezamos a perder el tiempo. Eso no me gustaba, quería

intentar marcar otro gol y no desesperar al contrario con ese aburrido juego.

Recuerdo que sobre el minuto catorce llevábamos el balón controlado por la banda derecha. Acompañaba la jugada muy de cerca, cuando de pronto la vista se me nubló, el terreno de juego giró a mi alrededor a una velocidad vertiginosa y poco después caí desplomado, no sin antes verme solo en una habitación completamente oscura, sentado en una vieja silla de madera y, delante de mí, una pequeña mesa cuadrada cubierta con un tapete verde.

Segundos después, vi como iban cayendo rápidamente, una por una, las cartas de una baraja sobre aquel tapete. En cada una de ellas había impresa imágenes de distintas etapas de mi vida.

Todo lo acontecido hizo recordar a los allí presentes, dos desgracias futbolísticas que ocurrieron recientemente con otros futbolistas profesionales. Entrenadores, jugadores y el poco público corrieron entre gritos de desesperación hacia donde yo me encontraba. Estaba bocabajo, con el cuerpo y el alma entregada.

Había quienes se llevaban las manos a la cabeza, algunos se tapaban la cara, la mayoría lloraba y otros gritaban desgarrando sus gargantas: «¡¡¡Llamad a una ambulancia!!!». Mientras tanto, yo seguía tumbado en el terreno de juego, convulsionando, ajeno a todo lo que pasaba a mi alrededor y disfrutando de aquellas imágenes.

Fueron unos pocos los que intentaron reanimarme, entre ellos mi amigo Raúl.

Debo decir que, es cierto, cuando estás en una situación de este tipo la vida pasa delante de ti en pocos minutos y en forma de imágenes ¡cuántos recuerdos que creía tener olvidados aparecieron! Daría todo por volver a revivirlos.

Ojalá nunca haya que pasar por este tipo de situaciones para poder revivir estos bonitos recuerdos, pero desgraciadamente a mi me tocó.

La oveja negra

Creo recordar que hace ya algún tiempo escuché a alguien contar una historia en un lugar inapropiado para ello. Fue en la sala de reuniones de una empresa, de esas que te exprimen para sacar todo lo bueno de ti y cuando ya solo te queda la sombra de lo que fuiste, te quitan el Sol. Allí no pintaba nada, tan solo pasaba por ahí prestando poca atención a las cosas incoherentes de las que se hablaban y donde las continuas amenazas de despidos formaban parte de varios puntos de la orden del día. Pero después de unas horas con la cabeza y algunos sentidos lejos de la reunión, escuché sin querer algo que me hizo volver a mi asiento.

Me resulta muy egoísta por mi parte, no contar qué fue lo que hizo que volviese a la realidad.

De algún modo empecé a creer que también se puede soñar despierto y solo así es cuando los sueños se hacen realidad. A pesar de ser una persona bastante escéptica, me hizo disfrutar de aquellos pequeños detalles que por algún extraño motivo nunca he sabido entender o quizá nadie me ha sabido explicar.

Así que si me lo permites, ya que tú eres el dueño de este libro, me gustaría contarte una pequeña fábula donde tú serás el protagonista de ella, en donde podrás imaginar los pasajes, disfrutar de ellos e incluso está permitido abandonarlos. Te puedes dejar llevar por la risa, derramar alguna lágrima e incluso podrás tomarte un tiempo, el tuyo, el que consideres oportuno para pensar.

Esta es una pequeña historia donde podrás escuchar hablar a tu corazón.

Me pasa que muchas veces no logro entender el significado de las cosas y mucho menos de la vida, otras en cambio las entiendo sin más y no me paro a preguntarme el por qué. A veces escucho canciones donde se preguntan de dónde saca el dinero la luna para salir todas las noches, y otras nos cuentan que todo aquello que no tiembla no está vivo. Son tantas las cosas que llego a escuchar al cabo del día y de la noche que muchas veces me cuesta distinguir lo ficticio de lo real.

Llego a creer que todo aquel que no vive en pareja es raro, no es aceptado como normal por esta sociedad y cuando intento buscar el origen de ello, lo primero que se me viene a la cabeza son los teólogos aferrándose al arca de Noé para explicárnoslo. El profeta parece ser que metió en un arca varias parejas de cada especie animal para salvarlos y así luego poder repoblar la Tierra con su descendencia tras el Diluvio Universal. Y es en ese momento cuando me siento, pienso, intento recrear en mi mente todo el proceso, desde la captura de los animales hasta la acomodación en el

arca, pero no puedo hacerlo, lo dejo y me doy cuenta que no sé interpretar las santas escrituras.

Pero es cierto, que en esta vida siempre hay un dos, una pareja para todo, o casi todo. Para aquella pareja de baile que se preste a dar sus primeros pasos, para aquel deportista que se arriesga a dar sus primeros balonazos, para los enamorados que sueñan con darse su primer beso...

Es entonces cuando miro a mi alrededor y me doy cuenta que estamos rodeados de contrarios: el blanco y el negro, el alto y el bajo, el pesimista y el optimista, el hombre y la mujer, el bien y el mal, el día y la noche, el sol y la luna, el bueno y el malo y, así, un sinfín de antónimos a los que podríamos dedicarles infinidad de líneas de este libro, pero no lo haré.

Una buena tarde de diciembre, donde el Sol tímidamente parecía salir entre las nubes y las calles estaban ausentes de paseantes, no sé si fue por casualidad o por causalidad, pero el caso es que ese día me di cuenta que había algo en la vida que no tiene contrarios o al menos fui incapaz de saber cuál era. Ese algo son los girasoles. Resulta que todos los girasoles de todas las plantaciones de este mundo, desde que sale el Sol hasta su puesta, dedican su vida a seguir su curso con la mirada. Cuando el Sol duerme, ellos lo hacen con él.

Así, de esta manera, pasan todos y cada uno de los días de su vida, siendo iguales al anterior y no muy distintos al siguiente.

¿Podría llegar a pensar que la pareja de baile de los girasoles fuese el Sol? Aún no tengo la suficiente información, ni tampoco me atrevo a responder a esta pregunta con certeza, pero cada cual es libre de responder a ella. Lo único que pude encontrar sobre los girasoles es que son plantas fototrópicas, es decir, que para su crecimiento necesitan de una fuente luminosa, en este caso el Sol.

Los girasoles pasan así toda su vida, siguiendo su trayectoria desde que se siembran, hasta que se marchitan y mueren.

Hay quienes dicen que los girasoles ayudan a cumplir los sueños e incluso si los encuentras o aparecen en tu vida se hacen realidad. Son tantas las cosas que oímos...

22 de marzo

Era una fea noche de tormenta, de aquellas en las que lo único que te apetece hacer es nada y lo último que harías es algo. De esas en las que te sientas pensativo en tu sofá favorito, y contemplas, en silencio, tras la ventana, cómo caen las gotas de lluvia tras la luz de las farolas. De esas en que los ojos se detienen para mirar cómo unas quedan pegadas al otro lado del cristal de la ventana, mientras otras bajan velozmente por él arrastrando aquellas a las que no les apetecía hacer nada, tan solo habían elegido su lugar. De esas que cuando cierras los ojos te quedas hipnotizado por la melodía que interpreta la lluvia al caer. De esas que cuando ves alejarse la

tormenta acabas diciéndote: era necesario, se han limpiado todas las calles. Así fue aquella noche.

Pero aquella noche no me encontraba en casa para disfrutar de la lluvia tras el cristal de la ventana, aunque sí lo hice tras el cristal de la luna del coche. Desde su interior veía cómo se formaban pequeños riachuelos que crecían a lo ancho, a medida que bajaban desde lo más alto de la avenida principal de la ciudad hasta acabar fundiéndose en la playa con el mar, inundando a su paso aquellos barrios próximos a la costa.

Fui incapaz de distinguir cuántos carriles tenía aquella oscura carretera. Las líneas blancas que debían estar pintadas en el asfalto habían desaparecido, no solo las continuas o las discontinuas, sino todas las demás. Las escasas farolas de luz amarillenta que se elevaban desde las aceras, alternaban zonas iluminadas con otras tenues.

Fue sin duda una de esas noches para no hacer nada, para estar en casa... en cambio, yo conducía muy lejos de ella a esa velocidad en la que los autobuses urbanos te pitan para después dedicarte una mirada y unas palabras insultantes al adelantarte. Conducía un Ford focus del color de la noche con la carrocería decorada de arañazos de todo tipo, con los neumáticos desgastados y, en el asiento de al lado, la inseparable compañía de las carpetas del trabajo, acumuladas unas encima de otras y que tantos quebraderos de cabeza me producían.

Todo parecía ser aburrido, la música del coche, el movimiento del limpiaparabrisas, aquella solitaria carretera e incluyo yo. De pronto giré la mirada hacia la ventana del copiloto. Vi cómo se colaba un pequeño y disimulado hilo de agua, a través de ella, que poco a poco fue goteando sobre las carpetas del trabajo. Eché mano del botón de mi puerta para elevar del todo el cristal, pero ya había llegado a su tope y el agua seguía colándose tras él. Paré el coche en el arcén, puse las luces de emergencia, empujé con una mano el cristal hacia arriba mientras con la otra apretaba el botón de la puerta para elevarlo y fue entonces cuando observé algo increíble al otro lado del cristal.

En un choque de párpados me olvidé de las carpetas, del hilo de agua y de no tener paraguas. Bajé del coche, me quedé durante unos segundos a su lado, mojándonos y disfrutando de lo que teníamos frente a nosotros. Nunca antes me había fijado en ello aunque fueron muchas las veces que pasé por allí en noches más claras.

Observé cómo un campo de enormes girasoles había crecido de la nada, era infinitamente inmenso. Me impresionó ver aquella multitud de plantas ordenadas, cabizbajas, ajenas a la lluvia. Pero, sin lugar a dudas, lo que más me impresionó de aquella plantación no fue su extensión sino lo que creí ver en ella, a lo lejos. Empecé a caminar con un paso firme y decidido por aquel campo embarrado. Fui alejándome del coche y a medida que mi ropa y mis piernas ganaban en peso, mis ojos se abrían con más expectación.

La suela de mis botas se fue llenando de barro desdibujando las huellas de mis pasos... En pocos minutos me vi en medio de un enorme campo rodeado por miles de girasoles que, aunque miraban hacia el suelo, me daba la impresión que no dejaban de mirarme. Mi nerviosismo fue en aumento hasta el punto de llegar a sentir miedo.

A pesar de ello, dejé de lado mis sensaciones para centrar toda mi atención en uno de ellos.

Aquel girasol no me miraba, tampoco lo hacía al suelo, sino al cielo. La sensación de temor fue desapareciendo a medida que más me acercaba a él. La curiosidad pudo conmigo cuando pude estar a su lado. Resultaba bastante contradictorio ver cómo un girasol miraba al cielo por la noche mientras el resto dormían.

Ese girasol tenía algo que le hacía ser especial, al menos para mí. Me preguntaba qué ocurriría por la mañana cuando saliese el Sol ¿continuaría mirando al cielo o en cambio al suelo? Se me pasaba por la cabeza pensar que aquel girasol podía ser el rebelde de la plantación, o quizá solo fuese de una semilla diferente al resto, o tan solo fuese el más callejero... No lo sé, podríamos pensar lo que quisiéramos, ponerle mil calificativos, pero yo seguía invadido por la curiosidad de tal comportamiento e incluso debo reconocer, por muy raro que parezca, que sentí admiración por él.

No sé qué era lo que tenía, pero algo especial debía tener para hacerme bajar del coche, caminar hasta llegar a su lado —sin nada para protegerme de esta oscura tormenta— y quedarme junto a él.

Me quedé durante varios minutos más mojándome, contemplando ese paisaje y más concretamente a ese girasol. En aquel momento no disponía de una cámara de fotos, ni mucho menos de un teléfono móvil de última tecnología para retratar aquel insólito momento, que difícilmente se volvería a repetir. Esa lluvia no daba tregua, estaba empezando a calar entre mis botas e incluso por debajo de mi piel, tal como lo había hecho minutos atrás en el cristal del coche. Estar más tiempo allí, en donde no iba a encontrar una explicación pero sí un catarro para llevarme, estaba empezando a ser innecesario.

Me di media vuelta, caminé lo más rápido que pude entre los girasoles hacia el coche que me esperaba con las luces de emergencia encendidas. Una vez dentro de él, observé que las carpetas del trabajo estaban completamente mojadas pero no me importó, sonreí al verlas. Cogí una toalla de playa que tenía en el asiento de atrás, me sequé la cabeza, la cara, las manos y luego la estiré sobre el asiento haciendo inútil la función de funda impermeable. Apagué las luces de emergencia, conecté el limpiaparabrisas y emprendí el camino de regreso a casa. Necesitaba descansar.

Mientras conducía a una velocidad de trote, escuchaba un Cd recopilatorio que me hice de grupos españoles ¿acaso existe una música mejor?, de vez en cuando me venía a la cabeza la idea de llamar a mis amigos para contarles lo que me había pasado, después miraba el reloj del salpicadero y la idea se marchaba como lo hizo una hora después la tormenta.

¿Qué nombre elegir?

23 de marzo

Aquella mañana nada iba a ser distinto a ninguna otra ya vivida, el Sol se volvió a colar como un ladrón por la ventana. La misma melodía del móvil se encargó de despertarme. El mismo espejo del baño fue quien me dedicó las mismas palabras de siempre. Mis desayunos no se alejaban demasiado de un café bombón con media tostada de sobrasada, quizás más caliente el café o más fría la tostada, pero el mismo desayuno. La cafetería elegida seguía teniendo el mismo nombre que la de la mañana anterior... todo iba a seguir siendo igual.

Eran las ocho y veinte de la mañana, conducía a gran velocidad por la autovía del Mediterráneo adelantando a cuantos coches se ponían en mi carril, camino del trabajo. Llegaba tarde, muy tarde. Al pasar a la altura de uno de esos paneles luminosos que atraviesan la carretera y solo te informan de malas noticias, pude leer «Atasco a tres kilómetros» y un dibujo de una caravana de coches. Empezaba mal la mañana, llegaría tarde o, mejor dicho, más tarde al trabajo, cosa que no me gustaba nada. Aún en marcha, poniendo en peligro no solo mi vida, tomé el teléfono y marqué, sin apartar la vista de la carretera, el número del trabajo.

Uno, dos, tres, cuatro tonos... pero nadie respondió. Continué intentándolo, esta vez pulsando dos veces el botón de llamada, pero con la misma suerte, ninguna. Me estaba empezando a desesperar por segundos. Alguna vez escuché que la música amansa a las fieras, así que puse la emisora de radio donde emitían un programa en el que una persona pretende quedar con otra, a la cual conoce pero por alguna razón nunca se atrevió a hacerle ese tipo de pregunta que una vez hecha, ya nada vuelve a ser como antes. Es el presentador el encargado de formular dicha pregunta, aún a sabiendas que el mensaje es el mismo y sus consecuencias también.

Escuchaba atentamente la historia de aquellos, no tan jóvenes, enamorados cuando llegué a la altura del atasco. A lo lejos pude ver destellos de luces giratorias azules mezcladas con otras de color naranja... Intuí que el motivo de aquella caravana de coches no iba a tener un buen final.

Cuando llegué al accidente, seguí las instrucciones de los guardias que indicaban que continuase la marcha, pero nada decían de las miradas. Me resultó imposible no mirar al arcén procurando no pestañear. Allí junto a una vieja furgoneta blanca, en un asfalto repleto de cristales, de personal sanitario y de guardias de circulación, había

dos escenarios que me dejaron desconcertado, casi fuera de mí. Por un lado, ver en el filo del arcén, justo debajo de los quitamiedos, dos cuerpos tumbados bajo unas sábanas blancas me dejó sin aliento y, por otro, aquel señor de edad avanzada que intentaba ocultar su dolor tapándose la cara con las manos, y una joven enfermera intentaba consolarle con sus abrazos fue lo que me dejó sin respiración. No me hizo falta ver más, no quise.

Aparté la mirada del lugar del accidente después de un lento parpadeo. Ni siquiera me percaté de las indicaciones del guardia para que reanudara la marcha, inconscientemente había parado el coche allí mismo. Continué mi camino al trabajo con un nudo en la garganta y no era el de la corbata. No quise volver a pulsar dos veces el botón de llamada para avisar de mi retraso, tan solo quería llegar. Es triste encontrarse con este tipo de situaciones, pero más debe serlo ser el protagonista de ellas. Nunca sabemos cuándo llega esa maldita hora en la que tus familiares tienen que oír esas palabras sin alma que dicen «... lo siento, para lo que me necesitéis aquí estaré...».

Durante los pocos kilómetros que faltaban para llegar no se me iba de la cabeza la imagen de aquellos cuerpos tapados que fueron los que me hicieron disminuir considerablemente la velocidad. Una vez allí, al llegar al trabajo, me llevé el segundo susto de la mañana. La empresa estaba cerrada. Bajé del coche, di una vuelta por los alrededores con la intención de buscar un cartel o alguien que me contase el motivo del cierre, pero allí no encontré ni carteles, ni personas. Regresé de nuevo al coche. Cogí el teléfono móvil, miré la fecha, veintitrés de marzo, y el día de la semana, lunes. No me había equivocado, era un día laborable pero la empresa estaba cerrada. Empecé a llamar a aquellos compañeros con los que guardo mejor relación, la mayoría lo tenían apagados y aquellos que daban tono de llamada no respondían.

Estuve varios minutos más cerca de las inmediaciones haciéndome preguntas a las que no encontraba respuesta ¿Por qué estábamos cerrados? ¿Por qué nadie me llamó para decirme nada? ¿Por qué nadie responde al teléfono?... pero nadie respondió a mis «¿por qué?». Cuando pasó un tiempo prudencial, el de desesperación, me subí al coche y volví a conducir los setenta kilómetros que había del trabajo a casa, un dúplex de ladrillo visto, vacío de decoración pero lleno de recuerdos. A la vuelta volví a pasar por el mismo lugar del accidente. Allí ya no quedaba nada, estaba todo recogido, lo único que quedó de él, fueron aquellas imágenes que no se borraron de mi cabeza. Volví a reducir la velocidad.

Fue como si una hora antes no hubiese ocurrido nada en ese lugar, pero los recuerdos seguían ahí.

Al llegar a casa, justo después de entrar en el garaje, fui corriendo al buzón para recoger la correspondencia. Quizás allí estuviese la respuesta del cierre de la empresa. Siempre me hizo ilusión al abrir el buzón encontrar cartas escritas a mano, con vida, con sentimiento, enviada por algún amigo, amiga o familiar, pero las nuevas tecnologías acabaron con ese sentimiento. Detesto recibir felicitaciones

navideñas por *mail* después de haber sido reenviada a cientos de personas antes. Cuando abrí el buzón no encontré ninguna carta, ni de amigos, ni de familiares, ni de la empresa, ni tan siquiera del banco, que son las cartas que menos deseo recibir y son los que más se acuerdan de mí.

Una vez en casa, subí a la planta de arriba, entré al dormitorio, me desnudé, dejé el uniforme doblado sobre una silla, me vestí con ropa más cómoda formada por unos tejanos azules, una camiseta básica de color gris, un pañuelo de cuadros liado al cuello, una «chupa» de cuero negra y unas botas altas.

Bajé las escaleras nuevamente hasta llegar al garaje. Me apetecía dar una vuelta en moto, quería sentir el aire golpeando mi cuerpo y silbándome al oído, y sobre todo necesitaba dedicar un tiempo a pensar. Solo el Arrecife de las Sirenas, Cabo de Gata, tenía todo aquello que buscaba y fue allí donde me llevé.

Cuenta la leyenda que antiguamente estos arrecifes estaban poblados de focas monje y que los marineros que pasaban cerca de ellas confundían sus gritos con cantos de sirenas, de ahí su nombre. Yo en cambio defiendo mi propia leyenda que dice que ese arrecife es muy especial no porque existan las sirenas, sino porque si prestas atención las puedes llegar a sentir. Hay demasiada magia escondida bajo aquellas elongaciones volcánicas.

Una tarde una buena amiga, de aquellas de las que los sentimientos ganaron el pulso a la amistad, me sorprendió. Vino a casa a visitarme cuando no esperaba que ese día sonara el timbre. Al abrir la puerta vi que, en una de sus manos, llevaba una bolsa de plástico roja de donde sobresalía un objeto envuelto en papel de regalo. Era rectangular. La saludé, nos saludamos, entró, me dio la bolsa, tardé varios intentos en abrirla, tantos como las veces que le pregunté «¿Seguro que no me dolerá?» pero finalmente lo desenvolví. Se trataba de un cuadro, especial... muy especial.

El marco era de color azul oscuro, el centro lo ocupaba una fotografía aérea del Arrecife de las Sirenas y en el lado derecho sobre un fondo amarillo una pequeña carta escrita a mano que hizo emocionarme cuando leí: «*Me siento afortunada por tener a alguien en quién pensar y echar en falta*».

Al principio no entendía el significado de aquel cuadro pero luego me lo explicó todo y entendí que en el sentimiento no existe la razón.

Una vez en el Arrecife, después de sentir el aire sobre mí, necesitaba pensar. Aparqué la moto en la explanada asfaltada que hay bajo los pies del faro, me asomé a una barandilla para contemplar el arrecife desde allí, luego observé detenidamente un mural pintado a mano que hace referencia a toda la fauna animal y vegetal de la zona, y donde curiosamente encontré un pequeño error a la hora de escribir focas monjes. Si tenéis la oportunidad de visitar ese lugar fijaros en él, es cuanto menos curioso.

Después me aproximé al morón, me senté en el suelo muy cerca del borde del acantilado. Tuve tiempo para cerrar los ojos y mirar al horizonte pues sabía que al otro lado del mar se encontraba mi familia. Pude sentirlos como también sentí la humedad del mar sobre mi rostro.

Le pregunté a mi interior:

—¿Dónde van las personas cuando ya no están?

Me respondí a mi mismo:

—No van a ningún sitio, siempre están cerca de nosotros aunque no las podamos ver. Me quise autoconvencer, pero me costaba creerme.

Fueron pasando las horas que parecían minutos, sin hacer nada, sintiéndome un privilegiado al poder disfrutar de aquel paisaje solo para mí y sintiendo la magia que desprende ese lugar.

Casi se me hizo de noche y esperé para ver la caída del Sol. Son muchas las puestas de Sol que he podido disfrutar durante toda mi vida y en distintos lugares, pero hay tres que me dejaron marcado para siempre: la del Faro de Trafalgar (Cádiz), la del Cabo de San Vicente (Portugal) y la del Arrecife de las Sirenas (Almería). Y me pregunto, si es el mismo Sol ¿Por qué sus puestas son tan distintas?

Cuando el Sol se ocultó dejando el cielo teñido de tonos rojizos, decidí que era el momento de marcharme a casa. Aún tenía quince kilómetros más de camino para sentirme vivo. Conducir de noche por esa carretera que va desde el faro de Cabo de Gata hasta Almería está muy cerca de convertirse en un privilegio. Esa noche se encontraba desierta de tráfico pero llena de vida. Era raro conducir sin que se te cruzase ningún animal, unas veces zorros, otras liebres o reptiles, aunque también era peligroso.

Mientras conducía todos mis sentidos estaban centrados en la carretera pero mi cabeza se encontraba en el campo de girasoles. La incertidumbre de saber si aquel girasol que me sorprendió la noche anterior estaría mirando al suelo, como el resto de girasoles, o seguiría mirando al cielo, me acompañó durante todo el viaje de vuelta. Solo había una forma de averiguarlo, tenía que volver allí.

Al llegar a casa, me di una ducha de agua caliente, después una sencilla cena, que nunca era más especial que un simple bocadillo relleno de embutido y para beber un poco de agua o refresco, aunque otras veces, si el tiempo (el de las prisas), y sobre todo la economía lo permitían, me daba algún homenaje preparándome algún sándwich caliente relleno de lo primero o de lo único que encontrase en el frigorífico.

Pasadas las diez de la noche y con el estómago saciado, cogí el coche que me pareció tener algunos arañazos más que el día anterior, sintonicé una buena emisora de radio y emprendí camino hacia ese campo de girasoles con la finalidad de saber si aquel girasol estaría mirando al cielo o si solo fue un despiste puntual de aquella fría noche de tormenta.

Mientras me inventaba las canciones que no sabía y cantaba otras que me gustaban pensé que debía buscarle un nombre a ese girasol, como si fuese mi mascota. Pero ¿Qué nombre elegir para él? Quería que fuese un nombre inolvidable, peculiar, no por su dificultad sino por su sencillez. Pensé en varios, como Dean por el actor James Dean (Rebelde sin causa que hacía alusión a su comportamiento), también pensé en Neil, por Neil Armstrong (el primer hombre en pisar la luna el 20

de julio de 1969, por el hecho de mirar a la luna). Finalmente decidí que debía ser exclusivo, que no me recordara a ninguna otra persona. Tenía que ser un nombre especial que lo identificara con su aspecto o con su forma de comportarse, pero nunca con otra persona, un nombre diferente a los que ya existen y pensé que debía llamarlo Giraluna.

Cuando finalmente llegué al campo de girasoles, la noche lo había hecho mucho antes que yo. A lo lejos, entre miles de girasoles, pude distinguir el motivo de mi visita. Giraluna continuaba en el mismo lugar que la primera noche y su comportamiento rebelde no había cambiado. Su mirada se dirigía hacia un cielo estrellado, fijando toda su atención en el brillo de la luna.

No quise acercarme a él, tan solo me limité a observarlo desde el interior del coche mientras escuchaba música. La distancia que nos separaba era lo suficientemente cercana como para poder observarlo y lo suficientemente lejana para no ser descubierto.

No hice nada más ni esa noche, ni las demás. Siempre se repetía esa misma fotografía.

Mi primer encuentro

29 de marzo

Pasaron varios días, sin que nada hubiese cambiado después de aquella noche de tormenta. Era una noche despejada no solo en el cielo, sino también en personas caminando por la calle. La temperatura ambiental invitaba a salir de casa. Quizás fuese una noche calurosa debido a una pequeña brisa de aire caliente procedente de África, pero aquello no impedía escuchar el canto de los grillos iniciando su cortejo.

Intenté no faltar a mi cita rutinaria de los últimos días, de las últimas semanas... y antes de salir de casa cené un pequeño sándwich de jamón york y queso acompañado de un refresco de naranja.

Bajé a la planta baja de casa. Entré en el coche, abrí la puerta de la cochera con el mando a distancia, encendí las luces, busqué un Cd recopilatorio, lo encontré, lo puse, subí el volumen y bajé las ventanillas delanteras. Estaba todo como a mí me gustaba para disfrutar no solo de la carretera sino también de la noche.

Conducía por una carretera nacional de doble sentido mientras cantaba, desafinando, las canciones de aquel Cd que de tanto escucharlo estaba empezando a rayarse.

Después de varias canciones llegué al mismo lugar donde había pasado las últimas noches, al campo de girasoles. Aparqué el coche en el lado derecho de la carretera, en el arcén, con las luces de emergencia encendidas, e intentando no molestar al resto de vehículos, aunque aquella carretera apenas era transitada.

Esa noche me adentré en la plantación. Con cuidado para no pisar ningún girasol me fui acercando donde se encontraba Giraluna, a quien no le apartaba la mirada. Otra vez más el miedo fue desapareciendo a medida que me acercaba a él. Cuando llegué, dediqué los primeros segundos a mirarlo desde la raíz hasta su flor e instantes después me senté, de piernas cruzadas, a su lado.

Pasé varios minutos observándolo, él miraba a la luna, yo lo miraba a él. De vez en cuando elevaba mi mirada hacia el cielo con la intención de encontrarme allí con la suya.

Mientras la noche seguía su rumbo, permanecí sentado, inmóvil, sintiendo cómo se aproximaba, entre aquellos gigantes girasoles, un silencioso rocío que llegó para quedarse junto a nosotros. Ajeno a todo lo que nos rodeaba, trataba de encontrar un motivo para el comportamiento de Giraluna, pero no sé si por mi ignorancia o por el

cansancio fui incapaz de hacerlo.

Una de las muchas cosas que aprendí de mi madre era que nunca dejase de sonreír aunque mi alma quisiese llorar. Conversar con ella es como compartir la felicidad en forma de palabras. Siempre fue muy refranera, era raro que no encontrase un refrán para describir cualquier situación de la vida. Lo bueno de ellos era que siempre dicen la verdad y lo malo también...

Entre tantos refranes o proverbios que pude aprender de ella había uno que decía algo parecido a:

A veces es preferible preguntar y quedar como un tonto durante cinco minutos, que quedarte tonto el resto de tu vida.

Rebusqué entre mis recuerdos algún refrán que reflejase esa situación y fue ese último el que usé de maestro. Antes de atreverme a formular alguna pregunta, observé varias veces a mi alrededor asegurándome de haberlo visto todo. Quería tener la certeza de que estaba solo en el campo de girasoles. No quería quedar como un tonto el resto de mi vida, pero tampoco quería arriesgarme que me tomasen por un loco durante el mismo tiempo.

Tras garantizar mi soledad, me aproximé un poco más a Giraluna arrastrando, con la ayuda de mis manos, mi trasero por el suelo. Cuando estaba a esa distancia en donde no caben los suspiros, lo miré sin esperar ninguna reacción por su parte... él continuaba mirando a la luna. Tragué saliva una vez, dos y justo antes del tercer intento pregunté a mí interior:

¿Por qué mirará la luna cuando el resto mira al suelo? ¿Cuál sería el motivo de su comportamiento? ¿Quizá le habían etiquetado como el raro de la plantación o tan solo fuese una variedad distinta, otro tipo de semilla? Tenía tantas preguntas que hacerle que lo que más temía eran sus respuestas, no por lo que contase sino porque no respondiese a ellas, ni a las fáciles, ni a las difíciles...

Pensé que lo mejor sería hacer solo una pregunta pero que fuese buena, que me aclarase el motivo de ese comportamiento que tanto admiraba y, que a su vez, tanta curiosidad me producía. Acerqué mi cara a su flor, estaba a escasos centímetros de ella, sus pétalos rozaban mis labios, la tensión crecía por segundos hasta que con una voz parecida a un susurro asustado, débil y tembloroso pregunté:

—Amigo ¿qué es lo buscas en la luna para que pases toda la noche observándola rompiendo así con las leyes que rige la naturaleza?

Fue nada más soltarlo y mi cuerpo se relajó. Esperé varios segundos, los prudenciales, y el silencio se hizo aún más intenso. Con disimulo, como si nada hubiese pasado, me separé unos centímetros de él y volví a mirar nuevamente a la luna, después a Giraluna y de esa manera la noche continuó avanzando.

Minutos después reiteré esa misma pregunta pero esta vez, tras las oportunas comprobaciones, lo hice en voz alta, con fuerza y con decisión... Justo después, al

alejarme de él escuché el sonido de la noche, el cantar de los grillos y nada más.

Todo empezaba a ser demasiado absurdo y me sentí molesto conmigo. Pero ¿Qué esperaba? ¿Qué un girasol me hablara y respondiese a mis preguntas?, ¡parecía todo tan ridículo! Por momentos me estaba acercando a la locura a medida que me alejaba de ser demasiado tonto. Me incorporé, sacudí mis pantalones con violencia, volví a mirar por última vez a la luna, a Giraluna y sin decir nada, caminé con resignación hacia el coche con un paso ligero y con las manos metidas en los bolsillos. Le di una fuerte patada a una lata de refresco que había en el suelo, que se elevó varios metros tanto en altura como en longitud, y cuando cayó sobre el suelo ocurrió algo increíble. La lata, ahora abollada, se quedó en posición vertical. Era como si alguien la hubiese cogido al vuelo y la hubiese puesto de pie en el suelo. Era imposible que eso volviese a ocurrir, es más, ya me lo parecía que hubiese ocurrido y me quedé extrañado.

Giré la cabeza hacia atrás, miré a Giraluna y nada había cambiado, seguía mirando a la luna. Le sonreí y pensé ¿no tendrás tú nada que ver con esto? Me giré y continué mi camino.

Ya era tarde, decidí marcharme a casa y no pensar en lo que había pasado, posiblemente todo fuese los efectos del cansancio. Subí al coche, lo arranqué y el camino de vuelta lo hice escuchando las mismas canciones de siempre. Al llegar a casa, entré en la cocina, abrí la nevera, llené un vaso de agua y me dirigí hacia el salón. Antes de sentarme frente al ordenador, vacié todo lo que llevaba en los bolsillos delanteros de mis vaqueros, las llaves del coche, un teléfono móvil arcaico y la cartera de piel azul que dejé sobre la mesa. Al sentarme, justo antes de encender el portátil, hubo algo que me molestó. Me volví a incorporar, introduje la mano en el bolsillo trasero del pantalón y encontré una pequeña piedra. Era preciosa, pero ¿de dónde había salido? No recordaba haberme guardado nada en los bolsillos aquella noche, tampoco recordaba haberme cruzado con nadie... era muy extraño. Hice un esfuerzo por recordar todo lo que había hecho durante ese día, y así encontrar el momento en el que esa piedra acabó en mi bolsillo, pero de nada sirvió... La cogí entre dos dedos y me quedé observándola con detenimiento, era casi redonda, de color gris perla, con rayas negras y blancas, no era más grande que una canica y lo que más me sorprendió de ella fue su belleza. Con ella en la mano subí al dormitorio, abrí el primer cajón de la mesita de noche y la guardé en una caja roja de cartón, en la misma en donde guardo aquellos regalos que me traen ciertos recuerdos, no solo de personas sino también de momentos inolvidables. En ella guardo varios collares de madera, algunos anillos, algunas cartas dictadas desde el corazón y escritas a manos, un bolígrafo dorado, y ahora esta preciosa piedra.

Príncipe de las galletas

Apenas había pasado un par de días desde mi última visita a Giraluna y todo parecía ser muy distinto. Me pregunto ¿cómo es posible que una mañana te despiertes y sientas que eres otra persona...? Parecía como si todos esos años que dedicaste a tu formación y educación se fuesen por el retrete... Tenía que empezar de cero, tenía que volver a aprender.

La empresa continuaba cerrada y ningún compañero me devolvió la llamada explicándome qué había ocurrido. Pero lo peor de haber perdido mi trabajo fue que aquellos bocadillos y sándwiches, que me hacía para cenar, pasaron a convertirse en vasos de leche, eso sí, calientes con galletas rellenas de chocolate. Fueron muchas noches seguidas repitiendo ese manjar para muchos. A veces cambiaba la marca de la leche por una de gama blanca. Con el paso del tiempo, de las noches, dejé de diferenciar el sabor y empecé a pensar que podría convertirme en un príncipe al recordar aquel refrán que decía: «De lo que se come, se cría...». Lo mejor era buscarle el lado bueno a esa desagradable situación y para mi iba a ser esa, me convertiría en un príncipe de las galletas, pero príncipe.

El no tener trabajo también tenía sus cosas malas. No disponía de dinero, ni podía echar gasolina, ni coger el coche para buscar trabajo... pero había algo que aún me quedaba... fuerzas y unas piernas para caminar.

Tras buscar las cosas buenas de esta situación logré encontrar que no tener trabajo te lleva a tener otras oportunidades, puedes buscar otro que te guste más o simplemente te guste, puedes dedicar tiempo para hacer ese curso que nunca pudiste iniciar, también puedes aprender otras profesiones, incluso si eres valiente y emprendedor, puedes hacer lo que quieras con tu vida y ser tu propio jefe.

Tuve tiempo para pensar qué iba a hacer pero había dos cosas que estaba empezando a echar en falta, las puestas de Sol en el Arrecife de las Sirenas y las noches interminables de silencio junto a un observador del cielo, Giraluna.

10 de abril

Era una agradable noche de primavera. El aroma de los galanes de noche se escapó de los jardines y se fueron a recorrer las calles del pueblo olvidándose de volver.

La pantalla del móvil marcaba las veintitrés once. Me asomé por la ventana de la

cocina, miré a ambos lados de la calle buscando el origen de ese agradable aroma... no lo encontré. Miré hacia el cielo, estaba pintado de estrellas y me pregunté qué estaría haciendo en ese momento Giraluna. Me lo podía imaginar...

Dicen que las cosas abstractas no se pueden coger y esa noche fui incapaz de coger el sueño. Dejé la ventana entreabierta, subí al dormitorio, me puse mis botas altas, bajé las escaleras, cogí las llaves, apagué todas las luces y me marché a la calle a buscar el sueño.

Empecé a caminar, con las manos en los bolsillos, por el arcén izquierdo de aquella solitaria carretera por donde tantas veces había conducido, pero esta vez fueron mis pies quienes me llevaron. La única luz que iluminaba el camino aquella noche era la del brillo de la luna.

Algo más de una hora y media estuve caminando sin cruzarme, en ninguno de los dos sentidos, con ningún vehículo, ni con ningún animal. Extendí mi brazo derecho y elevé el dedo pulgar invadiendo este la carretera, pensé que alguien pararía y me acercaría al campo de girasoles... luego dejé de pensar y asumí que nadie subiría a un joven desaliñado, solo, con botas, caminando a altas horas de la noche por esa solitaria carretera. Bajé mi brazo y volví a meter las manos en los bolsillos.

Cuando finalmente llegué al campo de girasoles todo seguía siendo igual, no dejaba de sorprenderme esa insólita postal. Una infinita plantación de girasoles descansaba frente a mí, y a lo lejos, uno de ellos, se encontraba de pie mirando al cielo, a la luna.

Me fui acercando hacia él intentando encontrar, entre tantos girasoles, algún otro que también mirase hacia el cielo. No lo encontré, pero ocurrió algo que me hizo que cesara en mi camino. Me detuve a escasos dos metros de él. Giré la cabeza velozmente de un lado a otro, sentí un aroma que me hizo pensar que alguien había estado allí o quizás aún estaba, pero escondido. Me agaché, muy despacio me fui acercando a Giraluna. Aparté, con cuidado, los cañizos del suelo para evitar hacer ruido, y cuando Giraluna estaba a mi lado observé que sobre su tallo descansaba un sobre de color verde. Era pequeño, similar a los que se ponen en los ramos de flores con una bonita dedicatoria o pidiendo una segunda oportunidad... El sobre no tenía nada escrito ni en la parte del remitente ni en la del destinatario, aunque se podía palpar que dentro no solo había una nota sino que también unas palabras.

En ese momento no me atreví a abrirlo, necesitaba intimidad y ni siquiera sabía para quien iba dirigido aquel sobre. La curiosidad se aferró a mí, pudo conmigo. Miré nuevamente a mi alrededor, buscando a la persona que lo había dejado y pensando ¿por qué quiso dejar ese sobre allí?, pero lo único que pude ver fueron girasoles, miles de girasoles durmiendo, menos uno que no dejaba de mirar al cielo, a la luna.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —le susurré a Giraluna—, ¿no lo abrirías, verdad?, pero ¿y si es alguien pidiendo ayuda?, demasiadas preguntas y solo había una forma de saberlo.

Con mucho cuidado, intentando darle un segundo uso, abrí el sobre y saqué la

nota. Estaba escrita con un bolígrafo de gel negro y en ella se podía leer con la ayuda del brillo de la luna:

—Quiero ver la cara oculta de la luna.

Sin firmas, sin destinatario, sin remitente pero con misterio, mucho misterio... Quedé estático, fue la primera vez —en muchas noches— que hubo algo que despertó más curiosidad en mí que el comportamiento de Giraluna. Con la nota entre mis manos me quedé pensativo, no sé cuánto tiempo pasó hasta que la guardé.

En ese mismo momento desapareció el aroma que buscaba. No tenía la más remota idea de quién pudo haberlo escrito. Tampoco sospechaba de nadie y me intrigaba saber por qué quiso dejarla en un campo de girasoles, cuando sabía que posiblemente tardarían años en encontrarla y sobre todo ¿por qué eligió el tallo de Giraluna? Se me acumulaban las preguntas en mi cabeza ¿quizás fuese un santo o un amuleto a quien se le pedía deseos con la esperanza de que se hiciesen realidad?... o ¿podría ser que en este lugar hubiese alguna persona enterrada y algún familiar le hubiese pedido ese deseo?, o ¿a lo mejor fuese la respuesta a la pregunta que hice a Giraluna referente al motivo de su comportamiento?, entonces, aquella noche... ¿había alguien más allí conmigo?

Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas. Lo cierto era que no tenía claro el origen de la carta, lo único que fui capaz de afirmar fue que aquel lugar se empezó a convertir en un sitio especial, demasiado especial.

Aquella noche no llevaba encima ningún bolígrafo, ni tampoco ningún papel. Quería escribir unas palabras en una nota, dejarla apoyada en Giraluna y esperar a la noche siguiente para ver qué ocurría... Pero no pude hacerlo, así que sin más cogí el sobre, lo doblé por la mitad y lo guardé dentro de mi cartera de piel azul.

Sabía muy bien lo que escribiría en ella, no me hizo falta pensar mucho, era tan fácil como escribir:

—Es imposible ver la cara oculta de la luna.

Pero ¿Por qué alguien iba a querer ver la cara oculta de la luna, quién iba a querer tener un sueño que es imposible de cumplir?

La noche casi estaba llegando a su fin. Salí de casa a buscar el sueño que no encontré en la ventana de la cocina y creo que sin darme cuenta estaba empezando a adentrarse en mí. Los ojos casi se me cerraban al pensar que aún me quedaba más de hora y media de camino a casa. Le dije adiós a Giraluna, pero él seguía tan pasota como siempre. Iba a lo suyo. Empecé el camino de regreso con algo más de peso, en forma de preguntas. Me moría de ganas por llegar y responder a esa nota.

Cuando llegué a casa, el reloj marcaba las cinco y dieciséis de la madrugada. En casa no me esperaba nadie. Poco importaba si llegaba tarde, pronto o si no llegaba... nadie me echaría de menos. A veces pienso que lo mejor de los horarios es incumplirlos... Posiblemente a esa hora debía estar en el segundo sueño, casi rozando el tercero, porque es eso lo que dicta la cultura española. Pero esa noche no quería dormir hasta que el sueño viniese a buscarme.

Subí a la planta de arriba de casa, busqué en el escritorio de la habitación de invitados un folio y un bolígrafo. Tomé el folio amarillento, de esos que no destrozan más de una vez el planeta, lo recorté en cuatro trozos y en uno de ellos escribí:

«En la vida es importante tener ilusiones, sueños, metas... Todos tenemos nuestros objetivos, algunos son alcanzables, otros inalcanzables y estos últimos con el paso de los años se acaban convirtiendo en pesadillas».

Ya solo me quedaba encontrar un sobre en donde guardar la nota, la mía. Busqué entre los cajones de la mesa del mismo escritorio pero allí no encontré nada.

Se me pasó por la cabeza volver al campo de girasoles para dejar la nota a Giraluna, pero afortunadamente se alejó demasiado esa mala idea. El cansancio me venció, el sueño me encontró.

Acerté eligiendo esa opción, descansar.

¿Dónde estás?

11 de abril

Aquella tarde el viento se convirtió en el protagonista, y el Sol casi desaparecido entre las nubes, pasó a ser un mero espectador de lo que allí se acontecía. El mar, tan lejos de sus tonos azules y tan cerca de los grisáceos, empezó a mostrar su bravura descargando toda la furia que arrastraba desde alta mar hasta acabar estrellándose violentamente contra la orilla.

Era uno de esos días malos que invitaban a mostrar mi mejor cara, como decía el refrán: «*Al mal tiempo, buena cara*»... La mía reflejaba que podía practicar uno de mis deportes preferidos, el surf.

Creo que antes no os lo había comentado, en mi tiempo libre y, sobre todo, cuando las condiciones climatológicas invitan a ello me gusta hacer surf. Es un deporte que nació hace más de 500 años en las islas de la Polinesia, como medio para transportar objetos entre islas impulsándose con la fuerza de las olas. El surf del siglo xx se hizo popular especialmente en la Isla de Hawaii, en la costa de California y en Australia.

Quizá pueda parecer demasiado sencillo visto desde la orilla, y lo es, lo más complicado es empezar. Con el tiempo lo que te hace verlo sencillo es la constancia. El surf es vida. Algún día deberíais practicarlo, deberíais vivir... Son inexplicables las emociones y sensaciones que puedes llegar a experimentar en una simple jornada de surf. A veces, necesito evadirme de todo y disfrutar de ellas.

Me encontraba en la playa, a esa distancia de la orilla en la que cuando rompe una ola, la espuma va acercándose velozmente hacia ti hasta llegar a mojar te los pies, pues allí estaba yo, sentado sobre una tabla de surf, con los brazos cruzados entre las piernas, vestido de foca, con la mirada puesta en el horizonte... Después me puse en pie, hice unos pequeños ejercicios de calentamiento y me enfrenté al mar. Fue agotador pasar el rompiente entre tantas olas desordenadas, cuando finalmente pude llegar a ese sitio en donde empezaría a coger mi primera ola, tomé un poco de aire y descansé. Pasaron algunos minutos que debieron ser de los largos, pues las yemas de mis dedos formaban pequeñas dunas en la piel. Con las manos apoyadas sobre los cantos de mi tabla, esperé que se aproximara por el fondo una buena ola y, por la orilla, un buen amigo, Jaime (PTLV). Hacía ya tiempo que no lo veía, pero nunca fallaba a su cita con el mar. Quería hablarle de mis encuentros con Giraluna, de todo

lo que había experimentado en ese campo de girasoles, del sobre verde, y de su mensaje.

Mientras les esperaba, tanto a ella como a él, me puse a cantar una canción de los Celtas Cortos, *La senda del tiempo*, para intentar despistar al frío pero no le gustó mi voz.

Lo bueno de las jornadas de surf es que no tienen horario, ni duración. En gran parte todo depende del tamaño y de la calidad de las olas. Hay que tener paciencia, saber esperar esa ola que te haga disfrutar esas emociones.

A veces, entre olas, tienes tiempo para imaginar o para pensar, y yo no dejaba de hacerlo, no podía quitarme de la cabeza a Giraluna, ni el sobre, ni el contenido de la nota, y fui dejando pasar una ola tras otra...

Casi sin darme cuenta, empezó a caer el Sol. Las olas no fue lo único que perdí aquella tarde, la noción del tiempo no sé bien dónde la dejé. Llevaba varias horas en la playa y se empezaba a hacer de noche. Jaime no apareció por allí, seguramente andaría ocupado arreglando su furgoneta a la que tantas horas le dedica.

Esa tarde tocó disfrutar del mar, de las olas, con la única compañía de la soledad.

Jaime es una persona muy especial. Decir que es mi amigo puede resultar un tanto insultante para él y para mí. Él está varios peldaños por encima de lo que considero un amigo. Alguna vez intenté engañarle ocultándole algo sobre mí pero no sirvió de nada, porque con tan solo mirarnos ambos sabíamos que le mentía. Así que muchas veces nos hablamos con la mirada.

Cuando pude escuchar el bostezo del Sol y sentir que el calor que desprendía era insuficiente como para evadirme del frío, apareció él, para meterse en mis huesos e invitarme a salir del mar... ¡maldito relente! En realidad era el momento adecuado para salir, pero nunca antes sin coger la última ola. No sé si es por tradición o por obligación, pero toda persona amante del surf nunca sale del agua sin haber decidido cuál es su última ola. Es como cuando sales de copas y llega un momento de la noche en el que dices: «La última y nos vamos», pues así pasa en el surf.

Recuerdo una ocasión, en la playa de la Carolina (Águilas), una pareja de Guardias Civiles llamaron mi atención desde lo alto de un acantilado para que saliese del agua inmediatamente. Les hice el gesto alzando el dedo índice, indicándoles que cogía una ola más y me marchaba (como marca la tradición). Al salirme casi fui detenido por los agentes al entender que con mi gesto le estaba haciendo una peineta, menos mal que allí se encontraban varios surfistas en la orilla que le explicaron la tradición y ellos la aceptaron...

Así que esperé que viniese mi última ola, no podía ser una cualquiera, debía ser grande, limpia, con fuerza, que me arrastrase hasta la orilla y sobre todo que me hiciese sentir... Esa buena ola llegó y con ella di por concluida mi jornada en el mar.

Una vez en la orilla recogí la mochila, la funda y me recogí a mí. Caminé arrastrando mis pies por la arena hasta llegar a las duchas públicas de agua dulce. Allí me quité el salitre, el traje de neopreno y dejé que el agua recorriese mi cuerpo

semidesnudo.

Guardé la tabla de surf en la funda, la coloqué en la baca del coche (tenía que cogerlo para ir a la playa), la até con unas cinchas, me vestí con unos bermudas por abajo, un jersey azul con capucha por arriba y los pies los dejé como llegaron al mundo. En aquella playa no había nadie, absolutamente nadie, la única muestra evidente de vida eran las pisadas, equidistantes y simétricas de las gaviotas que volaban sobre mí buscando alimento. Eran tan perfectas que todo parecía estar sacado del cartel de alguna película o de alguna bonita postal, de esas que compras cuando te acuerdas de alguien y siempre te olvidas de escribirle, de esas que siempre acaban en el mismo sitio, en el fondo de algún cajón...

Subí al coche, arranqué el motor, conecté la calefacción, puse música, pero esta vez preferí sintonizar una emisora, quería escuchar algo que me sorprendiese, algo distinto de lo que llevaba escuchando meses atrás y encontré una que solo ponía música en español.

La distancia que separaba la playa de mi casa era de dos canciones y media. Una vez en ella, entré en la cocina y abrí la nevera con la ilusión de encontrar algo de comida pero con la certeza de saber que lo único que me sorprendería sería la intensidad de la luz de su interior que aumentaba por días demasiado deprisa.

Para no sorprender a mi estómago, recurrí a mi vaso de leche con galletas. Mientras cenaba, si es que a aquello se le podía llamar cena, continué pensando en Giraluna. Estaba derrotado del día en la playa, pero a su vez tenía unas ganas enormes de visitar el campo de girasoles y dejar mi nota en su tallo.

Te permito, por eso de ser el dueño de este libro, que pienses que puedo estar muy cerca de rozar la locura.

Salí de casa, con un paso acelerado tanto como el ritmo de mi corazón. Caminé casi hora y media por aquella carretera donde la oscuridad solo era perturbada por la soledad. Esta vez desistí invadir la carretera con mi dedo pulgar... preferí sujetar con las pocas fuerzas que me quedaban la nota entre mis manos, no quería soltarla, temía perderla...

Cuando llegué al campo de girasoles, busqué con la mirada algo que me resultase familiar, tras varios suspiros quedé inmóvil y pensativo. Era como si nunca antes hubiese estado en ese lugar, como si aquel campo de girasoles que tenía frente a mí no fuese el mismo que visité en las noches anteriores. Solo bastó un día para que ese lugar perdiese todo su encanto, su magia se borró.

La posibilidad de que hubiese tomado un camino equivocado era inviable, imposible, la descarté inmediatamente. La carretera era la misma, las distancias, el campo de girasoles, el cielo, la luna... todo era igual, menos lo que para mí era lo único importante, él, Giraluna. Me adentré en la plantación sin soltar el sobre.

Giraba mi cabeza de un lado para otro, como lo hace el limpiaparabrisas del coche pero sin ritmo, pasé de andar a correr, apartaba violentamente los girasoles que encontraba a mi paso y cuando ya no pude más, caí derrotado de rodillas, con una

mirada perdedora clavada en el suelo. Era una respiración demasiada acelerada como para poder llenar de aire mis pulmones con una bocanada. Esperé unos minutos a recuperarme, después me incorporé más tranquilo, más relajado y más observador que nunca.

Dediqué toda mi atención a mirar uno por uno cada girasol que encontraba a mi paso, pero esa noche Giraluna no estaba. Quizás se estuviese comportando como el resto de girasoles y por eso fui incapaz de distinguirlo, no lo sé.

Esa noche, por encima de todas las cosas, deseaba dejar mi nota en su tallo pero... es igual. No entendía por qué no estaba allí o, si estaba, por qué cambió su comportamiento, su personalidad... solo supe que después de esa noche algo cambió, Giraluna dejó de ser especial, al menos para mí.

Me tumbé boca arriba, con los pies y brazos cruzados entre sí, con cuidado para no perturbar el descanso de ningún girasol. Cerré los ojos varios segundos, los abrí y fijé la mirada en la Luna llena que daba brillo a la noche. Así me quedé, sin pensar en nada, tan solo mirando a la luna. De pronto me levanté, abrí mi mano, miré la nota, la leí y tras rastrear con los ojos los girasoles de mi alrededor, la dejé apoyada en un tallo, en el que yo consideraba que más se parecía a Giraluna, pero sin la certeza de que fuese él. Poco después no tenía sentido estar más tiempo allí.

Aquella noche solo me apetecía ver a Giraluna para dejarle la nota y luego descansar. La primera no se pudo cumplir aunque lo intenté y, la segunda estaba a punto de consumarse. Descansé.

Tres de azúcar en el café

«A veces las cosas más sencillas suelen ser las que más se complican».

Era domingo, y a la misma hora de siempre, el despertador tocó la única canción que se sabía. Con el primer acorde, un sobresalto y con el segundo, un mal despertar.

Esa noche apenas pude conciliar el sueño a pesar de haber tenido todo a mi favor para hacerlo. Así que puedo decir que las dos únicas cosas que me apetecía hacer esa noche y resultaban, *a priori*, tan sencillas no se consumaron: ni vi a Giraluna, ni descansé...

El hecho de que Giraluna no estuviese en la plantación me tenía bastante preocupado. No había dejado de pensar en él, en la nota y, sobre todo, en lo que ponía en ella. Otra de las cosas que me intrigaba era saber quién la había escrito, y por qué escogió el tallo de Giraluna entre tantos girasoles.

Eran demasiadas las preguntas que iban llenando mi cabeza de incógnitas. Iba a necesitar alimentar bien mi estómago antes de encontrar una respuesta a cada signo de interrogación.

Hay quien dice que el desayuno es la comida más importante del día, en parte estoy de acuerdo que así sea, pero ¿por qué le dedicamos tan poco? ¿Por qué no nos salimos del café con tostada o algo de bollería? ¿Os imagináis todos los días comer un plato de lentejas con algo de acompañamiento? Algo debemos estar haciendo mal para que nuestros desayunos sean tan parecidos unos de otros. Pienso que los desayunos tienen otro sabor cuando se hacen en una de estas dos situaciones: por una parte, en buena compañía (que ese no iba a ser mi caso) o cuando lo haces en tu cafetería habitual en donde te hacen sentirte como en casa, ese sí iba a serlo.

Después de mi rutinaria charla con el espejo, de asearme y vestirme me marché de casa. Caminé despacito dos manzanas, no de las de comer sino las de hormigón, hasta llegar a la cafetería dónde me hacían sentirme como en el segundo caso. Se llamaba «Oban Bay».

Rebusqué entre los clientes alguna cara conocida y solo reconocí la mesa donde habitualmente me siento a desayunar. Está bien escondida en la esquina derecha de la cafetería. Desde allí puedes observar todo lo que ocurre en ella sin que nadie sepa que ocurre en ti. Es un sitio estratégico. Esa mañana debieron poner un cartel en la entrada, con la palabra en rojo y mayúscula de «COMPLETO» como en los *parking*. La barra estaba llena de clientes en doble fila, las mesas del salón no querían ser menos y Cris, la camarera, estaba demasiado sola para atender, dando un buen servicio a todo el mundo. Así que no quise agobiarla más de lo que ya estaba. Posiblemente su

compañero no pudo ir esa mañana, ni tampoco avisar con suficiente antelación... El caso es que había demasiados clientes para tan pocos camareros y a pesar de ello, ella continuaba sonriendo e intentando servir con la mayor amabilidad la comida más importante del día.

Cris debe llevar unos cuatro o cinco años trabajando en esa cafetería. Su trato con el cliente es más que excepcional. Siempre pensé que el pilar más importante para que un negocio —de cara al público— funcione, es saber sonreír... todo lo demás no importa si no sabes hacerlo.

Desde mi mesa intenté, en un par de ocasiones, cruzar la mirada con ella. No nos hacía falta nada más. Al verme sabía qué es lo que suelo desayunar. El problema era que no podía verme, había demasiada gente.

Aquella mañana no tenía prisas por desayunar, dejé pasar un tiempo para que se vaciara el local. Me acerqué a una estantería de madera donde suelen tener los periódicos del día y los de semanas anteriores. Cogí uno de ellos que estaba doblado por la mitad, me senté de nuevo en mi mesa, lo desplegué y miré la fecha, era del día, al bajar la mirada leí el titular de portada:

«DETENIDO EL SUPUESTO ASESINO DE SU MUJER Y DE SU HIJO DE 5 AÑOS».

Tragué saliva, me froté la cara, respiré hondo y volví a doblar el periódico por su mitad. Se me quitaron las ganas de leer. Me levanté, lo dejé en su sitio, volví un poco más triste a mi mesa y esperé mi turno para desayunar... y es que cuando leo este tipo de noticias, además de enfadarme, me pregunto:

¿Qué se le pasaría por la cabeza a ese hombre para acabar con la vida de su mujer y su hijo?, ¿qué derecho tiene una persona para decidir cuándo acaba la vida de otra?, y sobre todo me pregunto, desde la rabia y la impotencia de no poder hacer nada, ¿por qué cojones el muy cabrón no se quitó la vida él, antes de decidir que debía quitársela a su mujer y a su hijo?

Son muchas las preguntas que nos vamos haciendo en este viaje que llamamos vida y muchas veces no encuentro las paradas donde hallar sus respuestas. Hace tiempo dejé de ver los telediarios, las mismas noticias vendidas a las distintas cadenas. Tres cuartas partes de ellas solo nos muestran tragedias, desgracias ¿qué pretenden? Si valiese para poner una solución estaría bien que todos supiésemos los problemas que nos acechan, pero tristemente son noticias que tal como llegan se van...

Mi previo al desayuno empezó a ser un tanto amargo, así que como dice una de las canciones de Platero y tú: «*Tres de azúcar en el café, la vida ya es bastante amarga*».

La cafetería por minutos se llenaba de más gente, así que me levanté, me marché sin haber desayunado y no porque no fuese atendido, eso fue lo de menos, sino porque esa noticia se llevó mis ganas de un café bombón con media tostada de sobrasada.

Justo antes de salir, me giré hacia atrás, me quedé mirando a Cris y le sonreí.

Creo que me miró pero no estoy seguro que llegase a verme pues olvidó devolverme la sonrisa.

Aquella mañana me había quedado sin desayunar, mi apetito se esfumó, pero tenía una inmensa necesidad de volver al campo de girasoles. Es verdad que era de día, que nunca antes había acudido allí con el Sol presente, pero no podía quedarme con la incertidumbre de saber realmente qué había ocurrido con Giraluna, y con la nota que dejé en el tallo de algún girasol.

Regresé a casa, en la cocina cogí unas galletas, bajé al garaje, subí al coche, puse el contacto y la luz de reserva se encendió, resoplé, luego calculé los kilómetros que podía hacer con ella. Dudé entre ir andando o gastar del todo la luz naranja del salpicadero y aunque hacía muy buena mañana para caminar, mis piernas habían consumido todo el combustible...

Conecté el radio-cd, puse un disco del cantautor madrileño Ismael Serrano llamado *Principio de Incertidumbre*, un título acorde a lo que podía, o no, encontrarme en aquel campo de girasoles.

Fue en 1927 cuando un matemático llamado Heisenberg enunció ese principio, venía a decir algo parecido a esto:

«En el conocimiento humano nada se puede predecir con exactitud, siempre queda un margen para la incertidumbre», y posiblemente en ese margen es donde se encuentran las emociones. Esto último es lo que pienso yo, no está demostrado.

El principio cuenta que el observador por el simple hecho de ser testigo de la realidad que está observando, puede modificarla, alterarla e introducir en ella una variable de indeterminación. Yo, como observador, quería influir en la realidad que veía, quería cambiarla y que no fuese como anoche. Quería una mañana distinta.

Antes de girar la llave del contacto sonó la primera estrofa de una canción. Me perdí entre mis recuerdos mientras la escuchaba... En aquel momento me sentí muy identificado con la letra que decía algo como: «... *estoy cansado de hacer el mismo recorrido y el mismo trabajo. Ver las mismas caras, los mismos paisajes sin ti a mi lado...*». (Ismael Serrano, «Sin ti a mi lado»). Luego, con el ruido del motor, volví a la realidad y emprendí el mismo recorrido para ver los mismos paisajes...

Conduje mucho más rápido de cómo suelo hacerlo por las noches aunque con la incertidumbre, no la de Ismael, sino la de la situación que estaba viviendo y me tenía colapsado.

Cuando llegué, fijé mi atención en la plantación, dediqué varios minutos a contemplarla. Todo me hacía ver que nada había cambiado respecto a la noche anterior, tan solo que aquellos girasoles que dormían, despertaron y miraban todos al Sol ¡menudo chasco me llevé! Me adentré en dirección al girasol donde creí haber dejado la nota y, en consecuencia, donde pensé que debía estar Giraluna. Apenas unos metros antes de llegar, mi corazón dio un vuelco, mis ojos olvidaron parpadear, solo se empañaron y mis manos se echaron en mi cabeza ¡qué horror! La nota que había dejado la noche anterior no la encontré, aunque eso no fue lo que me aterrorizó,

de algún modo poco me importaba la nota en ese momento. Lo que hizo que mi cuerpo reaccionara por mí fue ver a un girasol destrozado, marchitado, tirado en la tierra con las hojas aplastadas, sus pétalos desplumados y a su lado, un sobre de color verde. Lo tomé en mis manos que no dejaban de temblar y tras secarme algunas lágrimas leí:

«*Quiero ver la cara oculta de la luna*».

Me froté la nariz, me arrodillé, me tapé la cara y lloré tanto por dentro como por fuera. Todo se había acabado, aquel girasol resultó ser Giraluna y tristemente estaba muerto.

Minutos después de desahogarme, me quedé a su lado. Cogí la nota, la volví a leer, una, dos y tres veces más... era incapaz de apartar la mirada de ella. No quería, ni podía mirar a Giraluna. No podía creer quién había sido capaz de matarlo, de pisotearlo y de dejarlo allí tirado como si nada. Sentado, angustiado y pensativo empecé a recordar a Giraluna, desde aquella primera noche de tormenta cuando lo encontré por primera vez hasta el momento actual. Lo admiré desde el primer momento. Era un girasol fuerte, único, con una personalidad distinta y amante del brillo de la luna. Cuando los recuerdos llegaron a su fin, me negué a verle en esas condiciones... tenía que hacer algo para cambiarlo.

Di un pequeño paseo por la plantación buscando por el suelo algún cañizo o rama de unos cincuenta centímetros. A escasos metros de donde él se encontraba, observé una pequeña plantación de caña de azúcar, me acerqué a ella, tropecé y cogí la caña del suelo que provocó mi caída. Volví junto a Giraluna y la hiqué justo a su lado. Me quité el cordón de una de mis botas. Con una mano mantenía a Giraluna en pie, mientras con la otra lo até al cañizo. Al verlo en esa posición, sonreí levemente por fuera al recordar que si estuviese vivo esa hubiese sido su postura en ausencia de la luna, aunque por dentro fui incapaz de dejar de llorar.

Lo dejé así, di media vuelta y me alejé, no sin antes despedirme de Giraluna, sin convicción, con un simple:

—Nos volveremos a ver... —Apenas menguó mi dolor.

Nada pudo hacer el Sol para quebrar ese frío silencio de quien espera una respuesta, una última palabra que nunca llegó a escucharse. Me marché caminando con las manos metidas en unos bolsillos llenos de tristeza y una carta con un mensaje repetido:

«*Quiero ver la cara oculta de la luna*».

Marché a casa dejando pasar de largo las cosas que no tienen ningún sentido, aquellas que carecían de emoción. Deseaba que al llegar la noche brillase la luna y que él pudiese verlo. Solo así podría seguir admirándolo aún más si cabe.

Alguna vez me llegué a preguntar: «¿Alguien puede cumplir los sueños por ti?». Siempre respondí que no, aunque reservé un rincón para creer que hay personas capaces de ayudarte a conseguirlos sin necesidad de llegar a hacerlo en tu lugar.

Desde el primer momento que leí esa nota siempre pensé que era un sueño

incumplible. Que la luna mostrase su cara oculta era más propio de la ficción que de la realidad. A pesar de ello, me invadía la curiosidad, no solo por saber quién deseaba ese sueño, sino también qué piensa que debe haber al otro lado...

Necesitaba conocer a esa persona cuanto antes. Explicarle que no perdiese su tiempo, que bajara de su nube, que buscara los sueños allí donde se hacen realidad, que... ¡puf!, tenía tantas cosas que decirle que necesitaba encontrarla.

La mujer de mi vida

13 de abril

Pasaron varios días y las mismas noches desde que me despedí por última vez de Giraluna. Desde entonces no he vuelto a visitar aquel campo de girasoles, aunque mi interior pasaba todas las noches allí. Me equivoqué al pensar que estar alejado del dolor me haría no sentirlo.

Eran las ocho y media de la mañana. Ese día quería cambiar las cosas y me adelanté al despertador cantando esta vez yo primero. Pero eso no fue lo único que cambió de la rutina diaria en la que estaba inmerso, también lo hizo la fecha del calendario, había pasado un día más pero no un día cualquiera, sino uno para nunca olvidar. Mi hermana mayor cumplía aniversario. Quizás fuese demasiado temprano para telefonarla, para cantarle o para desearle, pero ella siempre fue muy madrugadora. De nada le sirvieron los molestos despertadores salvo para quitarle espacio de la mesita de noche, de su pequeña habitación.

Es la mayor de tres hermanos y comparte el título de reina de la casa junto a mi madre. Nos llevamos cinco años. Fue la mejor maestra que tuve cuando casi no sabía ni hablar. Reservada, prudente, tímida, educada y preciosa. Nunca dejará de ser la mujer de mi vida. Debido a que no podíamos vernos, al estar separado por el mar mediterráneo, quería hacerle llegar el amor que tengo.

Marqué su número de móvil, luego el del fijo para buscar el compromiso que la próxima vez que nos viésemos brindaríamos con cervezas por su día, pero no respondió.

Había pasado cinco minutos desde que le canté al despertador. Pensé dejarle un mensaje de texto en su móvil, para que al leerlo se acordara que no me olvidó de ella. El mensaje se alargó en caracteres. Aproveché para contarle la historia de Giraluna, pidiéndole una opinión al respecto.

Recuerdo que hace ya unos años me decía: «puedes tener todo lo que quieras y te propongas en la vida pero solo lo conseguirás si crees en ello», y me recomendó que leyese un libro, «El Secreto» de Rhonda Byrne. Lo leí, a medias, pero nunca lo acabé, quizás para que no dejase el título de ser eso y posiblemente porque preferí encontrarlo por mi mismo.

Fue avanzando el día tan deprisa que no me di cuenta que la noche llegó. Quise aprovechar las pocas horas que restaban de ese día tan especial, desde el punto de

vista familiar, para recuperar una rutina que dejé en la distancia. Esa misma noche quise acercarme al dolor y volví al campo de girasoles.

Deseaba reencontrarme con Giraluna, quería volver a verlo mirar a la luna y necesitaba revivir las mismas emociones que sentí la primera noche que lo encontré. Aquella visita presumía ser bastante emotiva. Aún tenía grabada la imagen del último día.

Un girasol cabizbajo, desaliñado, sin apenas pétalos, con las hojas aplastadas quedó atado a un cañizo que le ayudaba a mantenerse en pie. No quise imaginar qué era lo que podía encontrarme, pero sí sabía qué era lo que quería ver.

Desde muy pequeño nunca tuve muy claro qué quería hacer con mi vida. Recuerdo que cuando estudiaba EGB en el Colegio San Juan Bosco de Melilla, el profesor de matemáticas, don Enrique, nos hizo una inocente pregunta que se me atragantó:

—¿Qué queréis ser cuando seáis mayores?

Ahí está, ¡puf!, casi nada. ¿Y qué le importa a él lo que queramos ser, acaso necesitábamos su aprobación? —me dije a mi mismo—. Los compañeros de la escuela eran muy participativos a la hora de responder a esa pregunta que no formaba parte del temario, ni tampoco puntuaba para el examen. En las otras guardaban silencio...

Se alborotó la clase. Todos hablaban a la vez, levantaban la mano diciendo: «yo, yo, profesor... yo». Se escuchaba de todo... «Yo voy a ser policía» aseguraban la mayoría de los chicos, otros deseaban ser maestros, algunos se inclinaban por la medicina y no recuerdo a nadie que deseara ser político. Para mi fue muy fácil guardar silencio entre tanto jaleo, quería ser todo lo que escuchaba pero no me pronuncié y quizás por eso nunca llegué a ser nada.

Cuando fui creciendo aprendí que cuando no sabes qué quieres hacer en la vida, es fundamental saber qué es lo que no deseas hacer con ella.

Me sentía nervioso, inquieto, me moría de ganas por saber qué podría encontrarme esa noche en aquel lugar. Pienso que cuando nos encontramos ante situaciones desconocidas, nuevas, la incertidumbre o el temor a lo desconocido nos hace cambiar nuestro estado de ánimo. Nos aterrorizamos, aparecen los nerviosos, la risa tonta... Aquella noche sentí todos esos estados de ánimo y otros que soy incapaz de describir.

Cogí el coche, giré la llave del contacto, se encendió luz de la gasolina y apagué la radio. Esta vez deseaba estar en silencio. Durante todo el trayecto me iba repitiendo una y otra vez: «Ojalá esté mirando a la luna». Era como cuando quieres memorizar un número de teléfono de alguien y te pasas todo el tiempo repitiéndolo hasta que consigues encontrar un lugar donde apuntarlo, y es entonces cuando se te olvida... pues así pasé todo el trayecto desde casa hasta el campo de girasoles, pero sin olvidar lo que deseaba.

Al llegar, dejé el coche en el arcén, encendí las luces de emergencia, me bajé,

elevé la mirada, encontré a la luna, estaba llena como el nivel de mis nervios. Frente a mí un sinfín de girasoles me esperaba, pero aún no me atrevía a dar un solo paso. Cerré los ojos con fuerza, crucé los dedos de la mano, respiré profundamente, suspiré y volví a mirar a la luna. Le pedí con todas mis fuerzas que Giraluna estuviese contemplando la misma imagen que yo.

Fue nada más dar el primer paso y me atrapó una sensación angustiosa, de inquietud, de temor... lo más parecido a cuando vas al tablón de notas después de un examen importante y estás con la duda de saber si al lado de tu nombre, justo después de los puntos suspensivos, aparecerá la palabra Apto o No apto. Si sois capaces de recrear esa sensación podréis entender cómo me sentía a cada paso que daba.

Me adentré en el campo, no estaba solo, me acompañaban las emociones y el cantar de unos grillos que retumbaban en mis oídos esa noche con más fuerzas que en ninguna otra. Quizá solo fue mi impresión o que era sábado y celebraban el fin de semana. Cuando llegué a la altura de Giraluna la emoción pudo conmigo, me esforcé por no llorar. Recordé la última vez que lo vi y así se encontraba. De pie, demacrado, al borde del raquitismo, atado con un cordón a un cañizo... todo seguía igual con la diferencia de poder observar cómo esta vez miraba fijamente a la luna, a su brillo. Os mentiría si os dijese que no me emocioné, lo hice, pero sin derramar una sola lágrima. Las mías nunca fueron fáciles al menos de cara a los demás. Todas las sensaciones que traía conmigo desaparecieron de repente y se convirtieron en esas que te hacen sentir bien. Mi cuerpo también reaccionó, los pelos se erizaron y la piel empezó a parecerse a la de una gallina. Me aproximé a él, lo observé con admiración y me senté a su lado. No me atreví a hacer ningún comentario sobre nada de lo que había pasado en las semanas anteriores, ni de la noche cuando lo encontré tirado sobre el suelo, ni tampoco del porqué dejé de visitarlo... tan solo me limité a desatar el cordón que le mantenía en pie y que ya no servía para nada. Le dije mientras lo desataba:

—Creo que estos cordones son míos, amigo. Los perdí aquí hace ya algunas noches. —Sonreí con satisfacción, me había ganado el derecho de llamarle amigo.

Luego me quedé mirando a la luna con una sonrisa de las tontas, de esas que no sabes por qué te ríes, pero que están en tu cara sin que puedas hacer nada para borrarlas. Supe que había hecho algo importante por ese girasol y no hubo mejor agradecimiento que poder volver a admirarlo.

Mi satisfacción radicaba en que podía continuar mi investigación acerca del origen de las cartas, de los sueños, de la cara oculta de la luna y de cómo acabó aquella piedra en mi bolsillo. Me tumbé de brazos cruzados por detrás de la cabeza y las piernas las dejé estiradas en el suelo. No me importó mancharme de tierra, me sentía feliz, muy feliz. De vez en cuando pasaba de largo una pequeña brisa y la humedad no tenía con quien salir aquella noche.

Permanecí tumbado contemplando cuántos misterios escondía el espejo del mar, las estrellas, los planetas y otras tantas luces que se muestran solo en la noche y que

nuestros ojos son incapaces de llegar a distinguir durante el día...

Poco después me quedé dormido unos minutos, el tiempo que dura una cabezada o, al menos, eso fue lo que yo pensé. Hay veces que cuando duermes no solo pierdes la noción del tiempo sino que también la de la realidad.

Aquella cabezada me hizo cuestionarme si lo que había vivido fue real o tan solo fue eso, un sueño.

Era una noche del mes de abril. Volví al campo de girasoles después de haber estado unas semanas sin aparecer por allí. La última vez que vi a Giraluna estaba cabizbajo, demacrado, miraba al suelo como si la vida le hubiese atropellado. Solo era capaz de mantenerse en pie con la ayuda de unos cordones de zapato que recorrían su tronco y acababa anudado a una caña de azúcar. La incertidumbre de saber si seguiría en esa posición o por el contrario miraría el brillo de la luna recorrió mi mente desde que salí de casa hasta que llegué a la plantación.

Una vez allí, me acerqué con pasos dubitativos. Cuando pude verle desde una distancia de seguridad, esa en la que nadie advierte de tu presencia, sentí un agradable cosquilleo que recorrió mi cuerpo empezando por los pies y escapándose por mi boca al mostrar una sonrisa. Giraluna continuaba de pie, tan delgado como siempre. El cordón seguía anudado a su tallo. Pero felizmente su mirada estaba clavada en el cielo, contemplando el brillo de la luna.

Pronto cambió mi estado de ánimo. Me acerqué a toda prisa con una sonrisa de anuncio de dentífrico, pero natural. Me agaché, lo desaté y guardé el cordón en mi bolsillo al mismo tiempo que le decía con una voz ilusionada:

—Creo que estos cordones son míos amigo, los dejé aquí hace unas semanas — sonreí.

De repente escuché cómo una voz infantil se pronunció:

—Si son suyos cójalos, a no ser que no quieras volver a recuperarlos. ¿Sabes?, a veces las cosas que menos esperamos son las que más valor tienen y no te imaginas cuánto puede llegar a valer estos cordones...

Me levanté de un sobresaltó con el corazón al borde de un ataque. Busqué con la mirada el origen de esa voz. Cerca de mí no había ningún niño aquella noche y de estarlo, debía estar bien escondido. En medio de tanta incertidumbre me preguntaba ¿Qué haría un niño a esas horas de la noche en este lugar? Guardé silencio, contuve la respiración y fijé la mirada en un punto del campo de girasoles. Esperé que volviese a hablar para localizar de dónde provenía aquella voz, pero el tiempo pasaba y lo único que escuchaba era el canto de unos grillos...

Sin moverme de mi posición, pregunté en voz alta deseando que hubiese sido una

alucinación:

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién se esconde entre los girasoles? ¿Te puedo ayudar? ¿Acaso te has perdido? No tengas miedo chico, no te haré ningún daño, te ayudaré a encontrar a tu familia.

Aunque la realidad era bien distinta, era yo quien estaba atemorizado y en ese momento deseaba encontrar a mi familia cuanto antes.

De repente, a escasos centímetros de mí, escuché nuevamente esa voz infantil diciendo:

—Hola, sí, soy yo, muchas gracias por tantas visitas y sobre todo por atarme a la caña con su cordón. Gracias a usted he recuperado el aliento para poder hacer realidad mi sueño.

Mi mirada se clavó de inmediato en Giraluna. No podía creerlo, no podía ser cierto que estuviese hablándome. Lo miré con detenimiento buscando algo pero sin saber el qué. Segundos después inundado por la incredulidad, salieron de mi boca unas palabras en forma de preguntas:

—¿Tú?, ¿Giraluna?, ¿eres tú quién me estás hablando, hablas? —Estaba empezando a volverme loco. Le hablaba a un girasol. Parecía todo tan real, como el libro que tienes entre tus manos.

Continué con el mismo desconcierto:

—Perdóname, Giraluna, pero es que no salgo de mi asombro. Creo que estoy completamente loco —me dije a mismo—. Luego resoplé. Voy a tener que empezar a ser menos escéptico y creer en más cosas por muy increíbles que parezcan.

Volví a retomar lo que aún no podía considerarse una conversación. Habíamos obviado las presentaciones:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Giraluna respondió sin titubeos y con alegría:

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a querer después de haberme salvado la vida? Además deberías hacérmela.

—Déjame antes contarte algo para que puedas entenderme, luego te haré las preguntas. Hace algún tiempo mientras conducía de noche por la carretera nacional que bordea esta plantación, hubo algo que hizo que toda mi atención se focalizara allí, hasta el punto de bajar del coche, sin importarme no llevar paraguas para protegerme de la lluvia que acechaba aquella noche. Ese algo eras tú.

Aquella noche, de todos los girasoles de la plantación solo tú mirabas al cielo, clavando tu atención en el brillo de la luna. Tu forma de actuar despertó una enorme expectación en mí. En ese preciso momento te admiré, hay que tener mucho valor y carácter para dar la espalda a las leyes que gobiernan la naturaleza. Me aproximé a ti, me quedé a tu lado. Volví a la noche siguiente y encontré en tu tallo un sobre de color verde con una nota en su interior con el mensaje: «*Quiero ver la cara oculta de la luna*». Desde entonces hasta ahora fui haciéndome muchísimas preguntas sin ser capaz de encontrar respuestas a ninguna de ellas. Ahora que tengo esta oportunidad

me gustaría que me ayudaras a saber qué viene después de cada signo de interrogación. ¿Qué responderías si te preguntara por qué mirabas esa noche a la luna, conoces a quién dejó la nota en tu tallo, es un hombre o una mujer...?

Giraluna rompió a reír y luego contestó:

—Estimado amigo, me preguntaste al principio si podías hacerme una pregunta y yo te respondí muy amablemente que sí, que no podía negarme, pero no has cumplido con tu palabra y te has permitido hacerme tres preguntas. Elige solo una de ellas y esa será la que te responda.

Su respuesta me dejó helado. Elegir solo una pregunta era tan complicado como tener que decir cuál fue la mejor de mis exparejas. Tenía demasiadas preguntas que hacerle y supe que solo respondería a una de ellas ¿qué pasaba con todas las demás...?

Me dediqué unos minutos. Busqué entre tantas preguntas aquella que más información pudiese proporcionarme y todo lo demás intentaría ir descubriéndolo por mí mismo.

Pasado esos instantes de reflexión le contesté:

—De acuerdo, está bien. Solo te haré una pregunta. Espero que me respondas a ella.

—Lo haré —dijo con decisión.

—¿Me puedes decir por qué pasas las noches mirando a la luna?

Prosiguió un prolongado silencio roto por su propio suspiro. Después contestó muy pausadamente:

—Quiero ver la cara oculta de la luna y no dejaré de hacerlo hasta que eso ocurra.

Tragué saliva, asentí con la cabeza y elevé la mirada hacia la luna. Sabía que su respuesta me sorprendería tanto como él, esa era la que más información me proporcionaba. Empecé a atar cabos, que quisiera ver la cara oculta de la luna era el motivo de pasar todas las noches observándola, entonces quien dejó esa nota a sus pies debió ser él mismo.

Sorprendido por la franqueza de su respuesta continué razonando en voz alta:

—En la vida es importante tener ilusiones, sueños, metas...

Todos tenemos nuestros objetivos, unos alcanzables, otros inalcanzables y estos últimos terminan por convertirse en pesadillas. Estimado amigo, siento que debo decirte que la cara oculta de la luna no se puede ver, es imposible, nunca podrás verla. Tendrás que conformarte con imaginarla o soñar con ella.

Giraluna, no dejaba de mirar a la luna en ningún instante. A veces dudaba si me prestaba atención, dudas que se esfumaban con sus respuestas:

—Quiero ver la cara oculta de la luna y no dejaré de observarla hasta que me la muestre.

Con su respuesta entendí que mis palabras le molestaron. Desistí hacerle más preguntas. Lo mejor para él y para mí era marcharme por donde vine. Lo hice con un simple: «Está bien, hasta la próxima».

Después no hubo nada más. Caminé cabizbajo, guardando en los bolsillos la decepción de su respuesta. Aquella sensación fue como cuando acudes al circo a ver a un mago y descubres los trucos.

Así fue como me alejé de aquel campo de girasoles, con la impresión de haber perdido toda su magia, no la del mago, sino la de verdad. Intenté no mirar atrás, pero fue imposible no hacerlo cada cierto tiempo, hasta que unos minutos después desapareció del campo, el de visión, Giraluna.

No me sentí conforme con su respuesta, con esa sensación. Di media vuelta y corrí como quien huye del miedo pero como quien busca una segunda oportunidad. Giraluna crecía a cada zancada que daba, y cuando su altura se equiparó a la mía me senté a su lado.

Fueron unos minutos a solas, en un silencio roto por el latido violento de mi corazón. Solo aceptamos compartir el brillo de la luna, pero para mi era insuficiente y rompí, con una pregunta cargada de rabia, la distancia que nos separaba a pesar de estar a su lado:

—¿No te cansas de esperar que la luna te muestre su cara oculta? ¡Eso no va a ocurrir!, ¡ella jamás te mostrará su cara oculta por muchos años que pase, por muchas vidas que vivas... nunca ocurrirá! Déjalo ya de una vez...

Volvió el silencio. Le miré, negué con la cabeza y suspiré. Tardó varios minutos en responder con rotundidad:

—Cada persona es dueña de sus sueños. Que tú no creas en los míos no significa que no se puedan cumplir.

Le contesté esta vez más pausado, incluso algo más mediador:

—Pero ¿es que no te das cuenta que tu sueño nunca se cumplirá? Al final conseguirás hacer de él una pesadilla...

Giraluna parecía estar más cómodo entre silencios, en cambio a mí me mataba, podía conmigo. Segundos después me preguntó:

—¿Me puedes responder a una pregunta?

Le contesté de inmediato:

—¡Por supuesto! Todas las que desees.

Él prosiguió con un semblante serio y a su vez distante:

—No te adelantes. He dicho que solo quiero que respondas a una pregunta. Solo una.

Asentí con la cabeza, mordí mi labio inferior, desencajé la mandíbula y clavé mis ojos en su flor. Después pregunté más serio que nunca:

—Y bien, ¿de qué pregunta se trata?

Esperó unos instantes antes de continuar:

—¿Cuál es tu sueño?

Froté mi cara con mis manos, después las dejé apoyadas sobre mi cabeza, con los dedos entrecruzados entre sí. Cerré los ojos, mantuve la respiración y me hice dueño de ese silencio que Giraluna sabía domar. Estuve dándole vueltas a mi cabeza

buscando una respuesta. No quería defraudarle, debía encontrar uno que fuese original, único, espectacular... un sueño que le impresionase. Tras unos minutos de silencio buscando una respuesta, no fui capaz de contestar.

Era triste, pero no sabía cuál era el mío. Lo peor de todo no era que en ese momento no lo supiese, sino que en toda mi vida nunca me lo había planteado. Fue bastante incómoda esa situación, quizás más para mí.

Me quedé bloqueado y cabizbajo. Parecía que el encuentro con Giraluna no hacía nada más que estropearse por momentos. Me incomodaba estar más tiempo allí. Quería marcharme. Inventé una excusa para salir lo antes posible y sin ninguna respuesta a su pregunta le dije:

—Lo siento, debo marcharme ya. Creo que te he hecho perder el tiempo e incluso parte del mío. Así que, amigo Giraluna, quiero desearte la mayor de las suertes y mi deseo que alguna noche la luna te muestre su cara oculta.

Giraluna respondió:

—Te he hecho solo una pregunta y... ¿te marchas sin responder o es que no tienes sueños? No me hacen falta tus deseos, aunque te lo agradezco. Creo que aún es demasiado pronto para que me entiendas pero confío que llegue el día en que lo hagas.

Insistió:

—Lo más que puedo hacer por ti, si quieres, es ayudarte a encontrar los tuyos. Te lo debo. Tú me ayudaste a mí cuando estuve a punto de convertirme en polvo, me diste lo que necesitaba para seguir luchando por el mío, atándome a la caña de azúcar.

Le contesté fríamente, dando por zanjada la conversación:

—Muchas gracias por todo. Lo hice porque quise. No tienes porqué agradecermelo, no tienes una deuda conmigo, ni debes ayudarme a nada. Ha sido un placer compartir estas noches contigo. Quién sabe, quizás algún día o alguna noche puedas ayudarme, pero mejor en otro momento. Ahora debo marcharme...

En ese preciso instante, fue cuando desperté de la cabezada que no sé bien cuanto duró. Al despertar tuve una enorme sensación de decepción. Solo bastó un sueño para que se esfumasen todas mis inquietudes. Aquella respuesta no era la que deseaba oír. Sin decir ninguna palabra más me marché de aquel lugar, esta vez sin echar la mirada atrás y sin intención de regresar al campo de girasoles.

El cansancio llamaba a mi puerta y lo único que me apetecía hacer era llegar a casa para abrirle. Al llegar subí al dormitorio, me acosté, apagué la luz e instantes después se colocó entre las sábanas aquella maldita pregunta que no me dejaba dormir: ¿Cuál es tu sueño?

Coincidencias

Habían pasado algunos meses desde mi último encuentro con Giraluna y no puedo negar que en todo ese tiempo, la idea de ir a visitarlo había paseado por mi mente alguna que otra noche. Quizás os preguntéis: ¿Por qué no lo hice? Pues por no recordar cómo me sentí la última vez que nos vimos. No quería que supiese que aún no había sido capaz de responder a su pregunta.

Reconozco que en todos estos meses he tenido suficiente tiempo para pensar o inventar muchas respuestas en forma de baratas excusas, a la altura de mi idiotez. Una mañana me despertaba diciendo... «Mi sueño es pisar la luna» (obviando mi temor a las alturas), por la tarde decía... «Mi sueño es dar la vuelta al mundo» (para ello debía subir a un avión y el miedo a la altura aún seguía presente) y al caer la noche le decía a mi almohada... «¿no crees que ya es muy tarde para pensar en un sueño?, lo dejaré para mañana que tengo todo el día para hacerlo». Y en ese bucle sin salida caí sin querer darme cuenta que pasaban los días y yo seguía sin saber qué hacer.

La única verdad que había en esas respuestas era que ni yo las creía, entonces... ¿a quién pretendía engañar? Fui consciente de ello y tomé una salida, la más fácil, pero a su vez la menos valiente, huir.

A pesar que el sueño de Giraluna fuese —para mí— imposible de cumplir, no dejé de admirarlo. Él sí sabía cuál era su sueño, lo tuvo claro desde el principio. Cada noche fijaba su mirada en la luna sin importarle el frío o la lluvia, si estaba oculta por las nubes o simplemente esa noche no había salido... Él no desistía en su empeño. Es una pena que tanto esfuerzo no tuviese una recompensa.

12 de Agosto

Todo parecía indicar que el ambiente había enfermado, tenía fiebre, treinta y nueve grados a la sombra marcaba la cruz verde luminosa que sobresalía de la fachada de aquella farmacia. Busqué refugio en la playa para soportar esas bofetadas de calor que estaba tiñendo mi piel en tonos rojizos. Una vez allí me costó encontrar una pequeña parcela donde poder estirar una toalla no muy grande... Me senté en ella, me quité la camiseta, luego las chanclas, me quemé los pies y volví a ponérmelas. Me incorporé. En unos segundos estaba empapado en sudor. Con las chanclas bajo mis pies fui adentrándome entre medio de miles de sombrillas de tonos

chillones y marcas publicitarias, neveras sin enchufes, mujeres medio desnudas embadurnadas en aceite, incluso llegué a toparme con varios castillos de arena, pero castillos, custodiados por pequeños hombrecitos de poco más de un metro de altura y bañador de Pocoyó.

Cuando finalmente pude ver donde empezaba la orilla aceleré mis pasos, dejando atrás las chanclas y deseando sentir el primer contacto del mar con mis pies y luego con mi cuerpo. Fue un chapuzón descontrolado, de cabeza, sin pensarlo, ni cuenta atrás pero que me alivió durante el tiempo que tardé en salir a la superficie. El agua se limitó a cumplir con una de sus propiedades, mojarme, pero su elevada temperatura impedía refrescarme... Así que aquel baño duró el tiempo que tardé en pensar en un lugar donde pudiese escapar de aquellas temperaturas.

Hace algún tiempo escuché a alguien hablar con mucho detalle y conocimiento de una localidad situada en la Sierra de Cazorla, Arroyo Frío. Para empezar su nombre ya me gustaba. Era lo que necesitaba en aquel momento para neutralizar ese calor asfixiante. Tomar un helado de hielo sin que gotease empezaba a convertirse en toda una proeza.

Salí del agua a la misma velocidad con la que entré, quizás más mojado pero con la misma sensación de calor. Recogí mis chanclas por el camino, me las puse, volví a encontrarme con las mismas mujeres semidesnudas con aspecto a tostadas de aceite, los mismos castillos de arena, unos en pie y otros derrumbados por las olas, las mismas neveras y sombrillas... cuando llegué a mi toalla, la cogí y marché a casa.

Encendí el aire acondicionado, cerré las ventanas y me senté frente al ordenador.

—Paciencia, es un poco lento en arrancar —me dije mientras golpeaba repetidamente mis dedos contra el escritorio.

Después de varios avisos de actualización, mensajes de error y de recordarme tener una versión pirata de Windows pinché en el icono con la letra «e» rodeada con un anillo, al estilo de Saturno. Se abrió una ventana blanca en el monitor con la página Google. En el único espacio donde se podía escribir tecleé: Turismo en Cazorla. Salieron cientos de respuestas que iban desde alojamientos y gastronomía, hasta deportes de aventuras. Sin duda alguna, lo último era lo que más me llamaba la atención y mis búsquedas se focalizaron en ello.

Salidas a caballo: quince euros, barranquismo distintos niveles de dificultad: treinta y cinco euros, alojamiento en casas rurales: desde veinticinco euros y así un sinfín de posibilidades atractivas para pasar unos días de descanso lejos del calor. Eso sí, también miré el parte meteorológico para no caer en el error de salir de «Málaga» para meterme en «Malagón»... Casualmente esas fechas coincidían con las fiestas regionales de aquella localidad, por momentos aumentaban mis ganas de ir. Todo parecía estar como yo deseaba. Iban a ser unas minivacaciones inolvidables.

Cogí el teléfono y empecé a llamar a todos los hostales, casas rurales y cabañas que ofrecían alojamiento a unos precios acordes con mi presupuesto. Fue imposible contactar con ninguno de ellos. Daba la llamada, sonaban varios tonos y después

saltaba el contestador. Insistí, una y otra vez. Cuando me cansé de escuchar «puede dejar su mensaje después de oír la señal...» no tuve más remedio que hacerlo. Indiqué mi nombre, mi número de teléfono y rogué que me llamasen si se quedaba alguna habitación libre, o si alguien cancelaba su reserva a última hora. Luego le di las gracias a esa voz femenina de robot.

La mañana estaba empezando a torcerse aunque mis ganas por visitar aquel lugar aún seguían intactas. Con decisión subí los escalones, de dos en dos, que llevaban al dormitorio. Busqué en el vestidor una mochila amarilla con ruedas que solía utilizar para mis pequeñas escapadas pero no la encontré. Corrí a la habitación de invitados, tropecé con la cama, subí la persiana, enrollé el «store» y... no había nada más en esa habitación. Estaba vacía no solo de decoración. Miré debajo de la cama de noventa centímetros y allí estaba escondida. ¡Sí, aquí está!, lo celebré con una sonrisa y un ¡¡bien!!

Estiré mi brazo, la agarré de un asa, tiré de ella y poco tardamos en volver al dormitorio para llenarla de todo aquello que iba a necesitar para pasar unos días inolvidables. Mezclé ropa de verano con algo de ropa de invierno. Nunca sabes cuando te puede llegar a sorprender el tiempo.

Bajé despacio las dos plantas que me llevaban al garaje, portando la mochila a mi espalda. Abrí el maletero, introduje la mochila, cerré la quinta puerta, entré en el coche y, justo antes de poner en marcha el motor, volví a casa para asegurarme de que había cerrado todas las puertas y ventanas. Es en verano la época de mayor aumento del número robos se producen y tengo ciertas dudas si también del número de ladrones... no solo de los que llevan antifaz sino también de los que roban corazones. Una vez hecha las comprobaciones, que nada me garantizaba pero que me hacía sentir más tranquilo, bajé nuevamente al garaje y emprendí un viaje con destino a Arroyo Frío.

Seguía teniendo el mismo coche, un Ford focus, pero la luz de la gasolina hacía tiempo que ya no se encendía. Poco más había cambiado en ese sentido, quizás algunos aspectos más superficiales, como el número de arañes que no dejaban de crecer y la desaparición de la antena que pasó a manos de un ladrón, pero de los de antifaz. Nunca llegué a reponerla, no me impedía seguir conduciendo escuchando la música que yo quería, la del cd, la que me traía recuerdos y la que decidí que fuesen mis canciones... no porque yo las compusiese sino porque me recordaban a mí.

Fue un viaje que duró algo más de cinco horas y media, con una parada a mitad de camino para estirar un poco las piernas y continuar conduciendo midiendo exactamente lo mismo. Me gustaba sacar el brazo por la ventanilla y trazar con mis manos invisibles montañas en la carretera. Intenté atraparlas pero se escapaban entre mis dedos. Lo mejor de aquellos viajes era disfrutar de los paisajes, de la música e incluso de la soledad. Pasé prácticamente todo el trayecto cantando esas canciones que me llevaban a otra época y a otro lugar. Desde Joaquín Sabina con su «Y sin embargo», pasando por Pereza y su «Chica de Tirso», hasta Coto Privado con su

«Carretera Perdida»... canciones que me hacía revivir aquellos momentos que nunca podré olvidar. Eran recuerdos metidos en una canción. El último de ellos era el grupo que me hizo subir por primera vez a un escenario marcando el ritmo del bajo. Fueron muchos conciertos, muchas noches de *rock and roll*, de borracheras y malas compañías que en ocasiones resultaban ser las mejores. El tiempo quiso que un día tomáramos caminos distintos. Por un lado decidí que había llegado el momento de bajarme de los escenarios para nunca volverlos a pisar y ellos continuaron haciendo lo que tanto deseaban, su sueño realidad. Así que escuchar su disco me hacía revivir aquellos conciertos de luz, sonido y *rock and roll*. Disfruté tanto de aquel viaje que no me importó llegar más tarde de la hora prevista.

Una vez llegado a Arroyo Frío, recuerdo unas calles de aceras estrechas repletas de turistas, paseando con folletos en sus manos, de terrazas con una sola fila de mesas e incluso ver algún vehículo con las luces de emergencia encendidas aparcado en lo alto de la acera, invadiendo buena parte de ella. Si mirabas al cielo encontrabas cientos de tiras de banderas de papel alternadas con farolillos del mismo material cruzando las calles de un lado al otro. Era imposible escuchar mis canciones entre tanto estruendo de auténticos equipos de música sacados a la calle, y formando una parte importante de la fiesta. Cada DJ o autómatas pinchaba lo que le apetecía en ese momento. Lo mismo veías parejas bailando sevillanas, que diez metros más adelante te encontrabas a un grupo de jóvenes brincando sin sentido y emulando con sus brazos repartir una baraja de cartas al ritmo de la música electrónica.

Conforme me adentraba con el coche en el centro del pueblo a una velocidad inferior a la de crucero y con las ventanillas bajadas, iban apareciendo a ambos lados de la carretera distintos puestos de artesanía de cuero y piel. Tampoco podían faltar los puestos de golosinas para los más pequeños, ni los de vino dulce y sus barquillos de galleta para los menos jóvenes... En definitiva, se respiraba un ambiente festivo, alegre del que poco tardé en contagiarme ¿Y la temperatura? Era la que buscaba y encontré para que fuese un fin de semana inolvidable.

Cuando atravesé todo el pueblo y dejé a mi espalda tanta vida, me apresuré por hacer dos cosas que se me antojaban que no iban a ser nada fáciles. Por un lado debía buscar un sitio donde aparcar el coche y por otro, encontrar un lugar donde hospedarme. Después de haber atravesado el pueblo de un extremo a otro en un par de ocasiones, no fui capaz de encontrar ningún aparcamiento. Decidí que lo mejor debía ser callejear, aun corriendo el riesgo de perderme. A veces la única forma de encontrar aparcamiento es con paciencia, abriendo bien los ojos y tirando por donde crees que nadie tiraría, o eso pensé. Tras varios minutos conduciendo por un laberinto de callejuelas vacías de turistas y repleta de coches a ambos lados, encontré la salida. Daba a un improvisado *parking* al aire libre que se extendía a los pies de una ladera. Tenía muchas cosas buenas como no ver ningún cartel con la palabra COMPLETO. Tampoco había ningún guarda vigilando los coches aparcados, aunque esto último no fuese del todo bueno... sin duda lo que más me gustó fue no encontrar ninguna de

esas máquinas que ponen precio al tiempo. Tras dar un par de vueltas por aquel descampado pude aparcar el coche a la sombra, justo debajo de un árbol. Me bajé, volví a estirar las piernas y también los brazos, respiré profundamente y mientras mis pulmones se llenaban de un aire tan fresco como puro, mis oídos se deleitaban al escuchar el sonido de la corriente del río, que aunque no pudiese verlo no debía andar muy lejos de donde me encontraba. No podía más, estaba agotado. Después de estirarme, del árbol, de escuchar el sonido del río, mi vejiga pedía clemencia y tuve compasión con ella, conmigo. Me quedé vacío pero nuevo. Una de las dos cosas que se me antojaban complicadas estaba hecha, ahora me faltaba encontrar un lugar donde pasar la noche. Dejé la maleta en el coche, callejeé a pie dejándome guiar por el estruendo musical hasta que pude llegar a la calle principal. Empecé a caminar muy despacio observando que todos los hostales, hoteles, apartamentos que se cruzaban en mi camino tenían el cartel de COMPLETO. La noche estaba empezando a llamar dando salida a las primeras estrellas y no fui capaz de encontrar nada. La idea de dormir en el coche estaba empezando a tomar cada vez más fuerza cuando de vuelta a él, en una de esas calles por donde nunca tiraría, me topé con un lugar con magia.

Una puerta entreabierta de forja invitaba a adentrarse en un frondoso patio andaluz. Estaba repleto de macetas por todas las paredes y una mezcla de aromas que me resulta imposible describir. En el centro descansaba una enorme fuente de piedra blanca y al fondo una antigua puerta de madera oscura, recibía la sombra de un balcón de barrotes tallados. Aquel lugar lo asemejaba a la entrada de un castillo medieval pero sin guardianes ni cañones en las torretas. Quizás ese fuese el lugar donde debía descansar un príncipe aunque solo fuese de las galletas. Golpeé un par de veces los nudillos contra la puerta, no estaba muy seguro dónde me había metido, solo me dejé atrapar por el encanto de su magia. Grité en varias ocasiones un «¿Hola?, ¿hay alguien?» pero a pesar de haber luz en el interior nadie contestó, nadie me abrió...

Di media vuelta, atravesé otra vez el patio, su aroma, cerré la puerta de forja que estaba entreabierta, giré a la izquierda, busqué por los alrededores otra posible entrada y cuando las probabilidades de encontrarlas pasaron a ser una cuestión de milagro, se obró. Casualmente encontré, tras unos maceteros rectangulares, una terraza de un bar. Justo en la puerta de este un cartel indicaba «Se alquilan habitaciones». Aceleré el paso pues la noche casi me pisaba los talones, al igual que aquellos camareros que corrían de un lado para otro. Voceaban al pedir las bebidas a los compañeros de la barra y las raciones a la cocina, mientras... yo esperaba en silencio a ser atendido.

Esperé un tiempo prudencial, se pasó y dejé de ser prudente. Observé al fondo del bar un pequeño mostrador de madera, a su espalda un cartel donde se podía leer «Habitaciones». Me acerqué pero no había nadie al otro lado. Pulsé la campanilla que había incrustada en el mostrador pero nada, allí no venía nadie. Me puse a gritar con

la misma intensidad que los camareros, pero con mucha menos paciencia «Hola ¿me puede atender alguien de una vez?», repetí hasta en cinco ocasiones esa misma frase, incluyendo la palabra «puta» en las dos últimas. Aun así nadie apareció.

Cansado de esperar, decidí atenderme yo mismo. Sin permiso alguno, sin oposición externa y con decisión, subí unas escaleras que había contiguas al mostrador que, con total seguridad, debían llevarme a las habitaciones. Conforme iba subiendo las escaleras parecía ir retrocediendo en el tiempo, en los años, hasta situarme en la Edad Media, en la época medieval. Las paredes estaban decoradas con escudos de chapa y armas de la época, me quedé embobado y atemorizado mirando esa armadura metálica y malla de cuerpo entero que sujetaba una enorme lanza. No fui capaz de mirar a través de los orificios del casco a la altura de los ojos, pues me hacía pensar que pronto aparecería por uno de esos pasillos un caballero escondido bajo su pesada armadura en lo alto de un caballo y con lanza en mano me desafiaría a un combate, siendo el precio de la victoria el corazón de la hija del rey y el de la derrota, la muerte. Preferí no cruzar ninguna mirada con aquella misteriosa armadura. Subí hasta la segunda planta sin cruzarme a ningún trabajador del hostel. A la derecha de la escalera había cuatro habitaciones, a la izquierda solo dos. Entre todas hubo una que su nombre me llamó la atención por encima de cualquier otra. En lo alto de la puerta tenía escrito, en pirograbado, el nombre de «Girasol».

Toqué un par de veces la puerta con los nudillos pero nadie me abrió. Miré de un lado para otro, como quien sabe que está haciendo algo malo y no quiere que le descubran, me mordí el labio inferior, apoyé con delicadeza mi mano izquierda en el pomo, lo giré muy despacio, aguanté la respiración y deseé con todas mis ganas que la puerta se abriese. Se abrió, no solo la puerta, sino también mi boca. Delante de mí tenía una buhardilla de nos más de quince metros cuadrados. Las paredes estaban pintadas de un tono amarillo pastel. A la derecha, nada más entrar en la habitación, había un amplio aseo con un plato de ducha y una columna de hidromasaje, los soportes para colgar las toallas, todas blancas, eran de hierro forjado y un enorme espejo tras un mueble de madera oscura completaba el aseo. Conforme salías de él te veías reflejado en un espejo de medio cuerpo con dos baldas paralelas de madera en la parte inferior. Al lado un recibidor de madera medieval y justo encima de él, un perchero de hierro forjado. Un metro más adentro estaba la cama de matrimonio con una colcha a rayas de colores cálidos, dos pequeñas mesitas de noche y dos lámparas encendidas que salían de la pared e iluminaban la habitación con una luz amarillenta.

Debía tener cuidado con el techo porque si medías más de un metro y ochenta centímetros chocabas con la cabeza, pero ese no iba a ser mi caso. A la izquierda de la cama, si estás tumbado bocarriba, había una pequeña ventana de aluminio que daba a la calle principal del pueblo, y justo encima de la cama había otra que se abría desde el techo y te dejaba contemplar las estrellas.

Cada detalle era singular, inolvidable, pero siempre intenté buscar un porqué a las cosas y no fui capaz de encontrar ninguna relación entre el nombre de la habitación

«Girasol» y su interior, salvo el color de las paredes. Pero, justo antes de abandonarla, observé un detalle que no había apreciado anteriormente que me paralizó, me hizo tragar saliva y que los pelos de las extremidades se pusiesen de punta.

Mis ojos se clavaron en un cuadro que colgaba de la pared. El marco de madera tallada, color oro y la pintura del lienzo, un infinito campo de girasoles bajo un Sol muy parecido del que hui. Ahora sí encontré la concordancia entre el nombre y la habitación. Me quedé observando detenidamente el cuadro, no podía desviar la mirada de él, ni creer que lo que veía era cierto. Entre tantos girasoles pintados pude ver que también estaba representado Giraluna. Mientras todos los girasoles miraban a ese sofocante Sol, había uno que intentaba salirse del cuadro, huía del Sol... supe en ese momento que tenía que ser él, pero ¿qué pintaba él en ese cuadro? ¿Cómo lo llamaríais: coincidencia, señales, destino...? Nunca fui bueno para poner nombres así que dejaré que seáis vosotros quienes elijáis el más apropiado. Me senté en la cama derrotado, con las manos cruzadas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia el cuadro y con una sonrisa de resignación. Aunque vi a Giraluna saliendo del cuadro, en mi mente lo veía señalándome con una de sus hojas y diciéndome con una sonrisa sarcástica:

¡No te librarás de mí, por mucho que te escondas, hasta que no me digas cuál es tu sueño!

Tantas coincidencias, casualidades o causalidades me hacían pensar que olvidarme de Giraluna no iba a ser una tarea fácil, a menos que supiese responder a esa dichosa pregunta: ¿Cuál es tu sueño?

Poco después me marché de la habitación camino del coche. Recogí mi maleta amarilla, la misma que me había acompañado a todos y cada uno de mis viajes... y ¿por qué amarilla?

Hace unos años una buena amiga de Tarifa, Érica, me habló de un libro, se llamaba «Mundo Amarillo» del autor Albert Espinosa. Me interesé por él por las referencias que me había dado, y cuando pude adentrarme en sus páginas fui descubriendo otros colores de la vida. Entre tantas líneas, me llamó la atención una afirmación que decía algo como que a lo largo de la vida tenemos que conocer a veintitrés personas que él decidió llamarles amarillos. En el momento y en el sitio menos esperado irían apareciendo, lo mismo los encontrabas en un aeropuerto, como en una parada de autobús o... y hasta ahí os puedo contar.

Para mí aquella maleta fue mi primer amarillo, no porque pudiese conversar con ella sino porque guardaba muchos secretos. Me acompañó a todos mis viajes sin «pero», ni «por qué».

Cuando compartes tu vida con esa persona con la que morirías abrazado debajo del mar, es difícil escuchar de su boca la palabra «pero», porque cuando aparece, todo lo anterior se anula, no tiene ninguna validez, ni tan siquiera se llega a escuchar, se olvida. «Te quiero pero no puedo seguir contigo». Ese «pero» anula la palabra «te quiero» y lo único que recuerdas de aquel instante es tener la sensación de tener roto

el corazón.

Con la maleta en mano, sujetándola por el asa y con un horrible chirreo de sus ruedas recorrí medio pueblo. La gente de las terrazas me miraban al pasar, miradas que hablaban por sí solas y me decían: «¿No ves el jaleo que estás armando? ¡Estás molestando! Cómprate una maleta nueva»... Ni siquiera les devolví la mirada, continué mi camino. No suelo hacer caso a lo que me dicen y menos aún, si estos son desconocidos. Era cierto que era vieja, que alguna de sus cremalleras no abría, ni cerraba nada y que las ruedas chirriaban, pero eso mismo pasa con todo aquel o aquello que cumple años... ¿Acaso nos deshacemos de las personas ancianas cuando empiezan a enfermar? Desgraciadamente hay personas, inhumanas, que lo hacen... Nunca me desharé de aquella maleta llena de pintadas que me traía recuerdos no solo de ciudades, de vivencias o de amores sino también, de tristes despedidas... asomabas la cabeza en su interior y aún podía escuchar el eco de las palabras «Hasta siempre». Como dicen los curas en las alegrías y en las penas, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe... Y así será.

Después de cruzarme con aquellos jaleosos camareros y de toparme en la escalera con el caballero de la armadura y lanza en mano, subí los últimos escalones con más velocidad de lo normal tratando de huir de mis pensamientos hasta que llegué a la habitación «Girasol». Dejé la mochila apoyada en la balda superior que había bajo el espejo de la entrada. Del compartimento lateral saqué un cortaviento con capucha de color gris ceniza, me lo puse y subí la cremallera hasta la altura del pecho, justo antes de encasquillarse. Rebusqué entre la ropa que había llevado de las dos estaciones, frío y calor, un pañuelo gris de cuadros que compré en los puestos que montan en la rambla y que con ellos dan inicio a la navidad. Lo encontré y me lo enrollé al cuello.

Quizá sea la navidad la época del año donde se aúnan a la vez todas las emociones. Entorno a una mesa repleta de comida, donde la cubertería usada es solo para esas ocasiones, donde es imposible encontrar un hueco en la mesa para poner una copa más de vino, allí te reúnes con aquellas personas a las que quieres, no por quienes son, sino por lo que significan. Después te acuerdas de aquellas que no pudieron venir por la distancia y sobre todo, aparecen esas lágrimas, se escapan de los ojos al observar aquellas sillas que quedaron vacías y que nunca más volverán a ser ocupadas. Es por eso que las navidades son la época del año que borraría de los calendarios. Nadie me enseñó a mezclar emociones, y menos la tristeza con la felicidad.

Felicidad porque te reúnes una vez al año con las personas a las que quieres, aunque no siempre lo consigas, felicidad porque conforme van pasando los años van sumando a esas cenas esos locos bajitos, como diría Joan Manuel Serrat, que pasan a formar una parte de nuestras vidas, la más importante; y tristeza porque te acuerdas de todos aquellos que ya no están con nosotros y porque conforme pasen los años algunos ya no volverán a ocupar su lugar en la cena. Eran más de las diez de la noche en el reloj de mi móvil. Salí de la habitación abrigado lo suficiente como para recibir

una temperatura nocturna más propia de mis meses de inviernos que de este mes de verano. En la calle trece grados centígrados y una brisa helada me obligaban a pasear por el pueblo con los hombros elevados, cabizbajo y escondiendo mis manos en los bolsillos laterales del cortaviento. De pronto me detuve en seco mientras caminaba. Me quedé de pie en medio de la acera, entorpeciendo el paso, pero sin moverme. Me fijé en las personas que caminaban hacia mi y en las que se alejaban, en quienes llenaban las terrazas y en aquellos que bailaban sin ritmo allí donde la música sonaba... luego dediqué unos segundos a mirarme detenidamente, empezando por los botas y llegando a los hombros. Me autoanalicé. Poco tardé en darme cuenta que era distinto a todos ellos. Intenté no sentirme un turista en aquel lugar pero mi indumentaria se encargó de delatarme. Observé al otro lado de la carretera una pequeña muralla de piedra lo suficientemente alta como para sentarse en ella y dejar las piernas colgadas al aire. Parecía que en cualquier momento se vendría abajo, a pesar de ver el peligro, crucé la carretera, me puse frente a ella y me impulsé con fuerzas con las manos. Después de varios intentos conseguí sentarme en aquella pequeña ruina de apenas treinta centímetros de ancho, llenando mi vestimenta y mis manos de polvo blanco. No había nadie a mi lado, ni lejos, estaba solo.

Desde las alturas, con las manos entrelazadas contemplé todo ese bullicio propio de las fiestas de cualquier localidad. Reían, cantaban, bailaban, bebían (algunos de más) y durante todo ese tiempo dejé de sentir frío. En un instante elevé la mirada por encima de las montañas que arropaban al pueblo. Me quedé estupefacto, encandilado con ese cielo. Nunca antes me sentí tan cerca de las estrellas. Tuve la sensación que si daba un gran salto con carrerilla podría llegar a alcanzarlas. De pronto, mientras miraba al cielo intentando distinguir algunas constelaciones, se cruzaron dos enormes estrellas fugaces que desaparecieron dejando grabada en mi memoria una estela que aún no he sido capaz de olvidar... Me quedé boquiabierto, embobado, sin capacidad para reaccionar ni siquiera para pedir ningún deseo. Quise creer que aquellas dos estrellas debían tener un significado que en aquel momento desconocía, pero que con el tiempo me encargaría de descifrar.

Después, bajé la mirada, puse los pies en el suelo y comencé a andar camino del hostel. No sé si es por superstición, por hacerme más divertido pasear o por algún extraño motivo, cuando camino tengo la manía de intentar evitar pisar las líneas que unen unas losas con otras, e incluso me pasa algo parecido al cruzar un paso de peatones que procuro pisar la franja blanca aunque para ello mis pasos sean forzados.

Cuando llegué a la habitación me desnudé hasta quedarme en ropa interior. Abrí la ventanilla que estaba justo encima de la cama, me tumbé en ella con las piernas estiradas y los brazos por detrás de la cabeza. Me quedé plácidamente observando aquel cielo habitado por millones de estrellas. Estar así tumbado me traía recuerdos de mi pronta juventud, cuando solía ir a los campamentos de verano y hacía vivac, incumpliendo de ese modo las prohibiciones de los monitores, con la diferencia de que en la cama no corría el riesgo de ser presa de algún animal salvaje.

Fue curioso ver cómo la noche en la que todas las estrellas habían salido a relucir con su mejor traje de fiesta, ese que solo te pones para ocasiones especiales, la luna fuese la gran ausente de ella. Pensativo, observador y sin nadie con quien compartir la cama me pregunté: ¿Qué estará haciendo Giraluna en estos momentos? Giré la cabeza, apoyando unas de mis mejillas en la almohada. Observé aquel cuadro que colgaba de la pared, apagué la luz, cerré los ojos y encendí los sueños.

Candados y barandillas

Quien nunca hizo una locura en su vida, nunca vivió.

Era poco más de las ocho y media de la tarde cuando el Sol empezó a recoger todos sus rayos. Mientras tanto, esperaba apoyado como otras tantas personas sobre una barandilla de metal a los pies del faro de Cabo de Gata (Almería) para dar la bienvenida a la noche y compartir las miradas del día entre el Arrecife de las Sirenas y un Sol que se sumergía en el horizonte. Recuerdo que de aquella barandilla metálica colgaban cientos de candados de todos los tamaños, formas y colores. Dedicué los últimos rayos de Sol a observarlos. Mi curiosidad hizo que leyera los mensajes que en ellos habían escrito. Luego cerré los ojos intentando sentir el grabado de esas palabras en la yema de mis dedos. Aunque os parezca extraño, sentí que algunos mensajes eran sinceros de corazón. Estaban los menos originales que solo ponían las iniciales de dos personas, otros solo los nombres pero sin apellidos, la mayoría incluía una fecha posiblemente del día en que se conocieron y unos pocos juraban amor eterno.

A pesar de haber tantos candados y mensajes fui incapaz de encontrar dos iguales, ni tan siquiera parecidos. Me resultó ser un bonito y original gesto de amor. Siempre puedes volver a ese mágico lugar para quitarlo si la cosa no termina con final feliz, porque del amor solo sabemos cuando empieza pero nunca cuando se termina, si es que alguna vez termina... ¿pero qué haces justo después de arrepentirte de haberte tatuado el nombre de tu pareja con la que deseabas tener un final feliz y nunca llegó? ¿Lo tachas? ¿Lo escondes bajo un dibujo? ¿Te amputas el brazo, la pierna o...? Me cuesta creer que sufrir el dolor de unas agujas en tu piel, que la pinta con una tinta que no se borra con el paso del tiempo, fuese un bonito gesto de amor. Pero lo cierto es que es tan respetable como cualquier otro. Siempre estuve a favor de las buenas intenciones aunque estas resultasen desacertadas.



Del tiempo que dediqué a observar tantas promesas de amor, en forma de candados, lo único que saqué en claro fue que eligieron el mejor lugar en la tierra donde hacerlas. En eso estaba totalmente de acuerdo.

A los lejos pude ver cómo se acercaba por aquella estrecha carretera llena de curvas que bordeaba la costa eligiendo las mejores vistas, varias luces iluminando el camino y seguidas muy de cerca por el rugir del motor de unas motos... Minutos después llegaron seis moteros con chalecos de cuero negro, botas altas, guantes, alguna que otra cadena y unas pintas de chicos malos.

Aparcaron sus motos en la explanada a los pies del faro. Se quitaron el casco, la cazadora y un comentario, que no pude oír, provocó que casi muriesen de risa. Con ellas desapareció las malas pintas. Me recordaban mucho a mi hermano mayor. Me encanta la expresión morir de risa, acaso dentro de la tristeza existe una forma más feliz para morir... Cerca de ellos una pareja de novios les pedía permiso para retratarse junto a sus motos, cambiando el papel de chicos malos por el de fotógrafos improvisados. Después de un par de *flashes* llegó un Mercedes blanco de un modelo demasiado antiguo para recordarlo. De él bajó una familia formada por una niña morena de no más de cinco años, con el pelo rizado, castaño oscuro que entre sus brazos llevaba un muñeco vestido de azul. Un niño de unos dos años aproximadamente con el cabello rizado y tan rubio que me hizo pensar que fuese extranjero, de algún País Bajo, luego al escuchar su voz sonreí al volver a caer en el error de las apariencias; la mujer que bajó del asiento del acompañante era preciosa, con el pelo corto, castaño, con un vestido que no ocultaba su estado de buena esperanza. El conductor, el padre, de complexión delgada, cabello oscuro y rizado,

fue el último en bajarse del coche comprobando que todas las puertas estaban bien cerradas. Parecía una familia feliz. Dedicué unos instantes a observar a todas las personas que había en aquel Arrecife, desde niños hasta moteros, desde novios hasta turistas y me di cuenta, a pesar de ser tan distintos, que todos tenían algo en común, una sonrisa en sus caras y por supuesto, también en la mía.

Poco tardó en llegar la noche. Mientras los turistas se marchaban con el recuerdo inmortalizado de varias fotografías unos besándose, otros montados en una moto vestidos de novios, o en familia... me quedé sentado al lado de unos escalones de piedra observando cómo, poco a poco, todos se iban marchando, cómo las luces de los vehículos se alejaban hasta apagarse entre las montañas y cómo me fui quedando solo, intentando recordar si alguna vez en mi vida inmortalicé una locura por amor...

Estar solo no era lo que más deseaba en aquel momento. Me levanté, apoyé medio cuerpo sobre la barandilla y me perdí con la tenue luz de la luna entre aquellas elongaciones volcánicas que se elevaban del mar. En ese momento me acordé de mi amigo Giraluna, de los sobres, de su pregunta y aunque aún no hubiese encontrado una respuesta, esa noche quería estar a su lado, allí donde nadie nos pudiese encontrar.

Había pasado algún tiempo pero no podía olvidarme de él, ni siquiera esforzándome y dudo mucho que consiguiese hacerlo. Con los años te das cuenta que aquellas personas que te hicieron despertar algún tipo de sentimiento o emoción nunca se pueden olvidar.

El olvido no debería existir y mucho menos, aquellas enfermedades disfrazadas con guantes blancos y antifaz que un mal día se cuelan por una ventana para robarte poco a poco tu pasado y tus recuerdos, sin poder hacer nada para detenerla. Así van pasando los años robándote todo lo que aprendiste, el amor de las personas que quisiste, hasta que acaban llevándose lo único que te queda, la vida.

No me había olvidado de Giraluna, tan solo me bastaba con mirar al cielo para recordar que aún me quedaban muchas cosas por descubrir yo de él y posiblemente él de mí, así que no cesé en mi empeño por conocer cuántos misterios esconde ese girasol.

Cuando por fin encontré la salida de aquellas elongaciones volcánicas me separé unos centímetros de la barandilla, que había dejado mi pecho marcado con una franja roja de unos cinco centímetros de ancho. La miré, me bajé la camiseta y eché un último vistazo a mi alrededor... allí ya no quedaba nadie. Fue la luz giratoria del faro la que me indicó el camino de regreso al campo de girasoles.

Una sensación muy parecida a cuando te examinas fue lo que sentí después de arrojar por la ventanilla unos nervios que, aunque me hacían compañía, no me dejaban disfrutar del viaje, del siguiente encuentro con Giraluna.

No se me quitaba de la cabeza su pregunta ¿cuál es tu sueño? Intenté hacerlo soltando una mano del volante para subir el volumen de la música a su máxima potencia y lo único que conseguí, después de evitar un accidente, fue que los nervios

volviesen a colarse por la ventana. Cuando finalmente llegué al campo de girasoles con más dificultades que en otras ocasiones, todo parecía estar en orden... todo menos mi interior.

En tan corto período nunca antes había ocupado nadie tanto espacio en mi cabeza, ni tanto tiempo en mis pensamientos. Así del mismo modo que el amor llega sin avisar, Giraluna empezó a formar parte de una vida a la que no había sido invitado, la mía.

Estuve varios minutos observándolo, apoyado en el capot del coche con las luces apagadas y la música encendida. Temblaba por dentro y por fuera. Disimulé mirando al cielo, cerrando los ojos y respirando profundamente pero no sirvió de nada, ya me había comido todas las uñas de las manos.

Mientras él miraba al cielo, a la luna y los demás descansaban, yo no me reconocía. Fue la misma estampa de siempre pero con más nervios que nunca... Hubiese deseado, en ese momento, disponer de una armadura de metal para esconderme dentro ella y enfrentarme a la pregunta de Giraluna, quizás así no sentiría los nervios, ni temblaría, pero me daba miedo no hacerlo por lo de la letra de aquella canción del capítulo dos.

Tardé en decidir que pie debía poner en marcha en primer lugar, el valiente o el cobarde. Elegí el prudente por no saber que podía pasar. No entendía qué era lo que me estaba pasando para reaccionar así. Caminé con mucho temor, que a mitad de camino lo guardé junto a mis manos en uno de los bolsillos del pantalón... la otra mitad la hice inventando sueños, ensayando en voz baja respuestas a sus posibles preguntas y cuando finalmente llegué a su lado ocurrió lo que menos esperaba, nada.

¿Quién eres?

Me encontraba de pie a su lado tan cerca como para que pudiese oír los latidos de mi corazón, pues fue lo único que perturbaba tanto silencio. No fui capaz de hacer subir por mi garganta una sola palabra, aunque tampoco insistí demasiado. Fijé la mitad de mi atención en el brillo de la luna, la otra mitad la dediqué a mirar de reojo a Giraluna intentando encontrar algo en él que hiciese romper ese silencio.

El temor al tartamudeo, a no ser capaz de vocalizar ni decir una palabra, hizo que mis dientes inconscientemente mordiesen mis labios para que no dejasen escapar una voz desconocida para mí. Fue una situación incómoda de cruce de miradas sin palabras. Resoplé, me dije a mi mismo esa frase tan utilizada en las situaciones en la que ya todo da lo mismo «Que sea lo que Dios quiera...» y grité:

—¡Buenas noches, amigo! —dije alegremente consiguiendo ocultar mis nervios.

Segundos después respondió:

—¡Buenas noches, amigo! ¿Cómo va todo? Hacía mucho tiempo que no te veía por estos lugares ¿dónde has estado metido?, ¿a qué se debe esa ausencia tan prolongada? ¿Has estado enfermo, viajando...?

No respondí. Algo me decía que esas preguntas no esperaban ninguna respuesta. Continué observándolo, esperando esa pregunta...

Continuó:

—¿Quizás te molestó la pregunta que te hizo huir? Seguí sin responder...

—¿Necesitabas tiempo para encontrar una respuesta?... Esta vez sí respondí, con una caída de párpados al mismo tiempo que agaché la mirada hacia el suelo, como hacían el resto de girasoles. No pronuncié una palabra, mis gestos hablaron por mí.

Giraluna no esperó una respuesta y prosiguió su monólogo:

—¿Sabes? Voy a confesarte algo. No me resulta nada fácil tener que decir estas cosas, me cuesta más de lo que puedas llegar a imaginar. Pero reconozco que en todo este tiempo que has estado perdido, ocupado o lejos de aquí, no ha pasado una noche en la que no te haya echado de menos.

No quise interrumpirle. Respiré profundamente, levanté lentamente la mirada y la clavé en él...

Continuó:

—Aunque también debo decirte que me entristece saber que has perdido tu tiempo divagando sin rumbo y que aún sigas sin saber cuál es tu sueño.

Siempre me ha molestado aquellas personas que creen saber todo de ti sin apenas haber cruzado una palabra contigo. También las que te ametrallan a preguntas sin

dejarte tiempo para responder entre unas y otras. En esos casos es cuando a partir de la cuarta pregunta me quedo sordo, a propósito, hasta volver escuchar el silencio...

Reaccioné un tanto irónico y molesto:

—Perdona, pero... ¿Te importaría volver a repetirme las preguntas?, pero esta vez, si es posible, de una en una por favor.

Giraluna era especial para mí, hasta ese momento. No iba a permitirle que me clavara puñales en forma de palabras en mi corazón, sin saber siquiera quien soy. El hecho de que dijese que estuve divagando sin rumbo hizo que mostrase esa parte de mí que nunca quise enseñar en las primeras citas...

Continué:

—¿Amigo? ¡Te atreves tú a llamarme amigo!... ¿No fuiste tú quién me pediste que te hiciese solo una pregunta y ahora vienes acribillándome sin dejarme tiempo para responder?, ¿realmente esperas que te responda a tus preguntas o simplemente lo haces por tocarme las narices? ¿Crees que te creo?, ¿quién eres tú para echarme de menos si ni siquiera sabes mi nombre? ¿Te crees tan listo como para afirmar que aún no sé cuál es mi sueño? ¿Por qué no me dices tú cuál es y así me ahorro tener que buscarlo?

Durante unos segundos solo se escuchó el silencio. El remordimiento se sentó en uno de mis hombros y no dejé de hacerme preguntas del tipo: ¿Quizás me excedí?, ¿fui demasiado agresivo verbalmente?

La situación se volvió tensa e incluso empecé a sentirme incómodo allí.

Los segundos de silencio se fueron alargando a medida que me alejaba de él. Fue como asistir al duelo de un difunto donde no había nadie a quien despedir.

Fue él quien se encargó de quebrar un silencio que di por zanjado.

—No te marches amigo, por favor. No quiero que te enfades conmigo. No tienes ningún derecho a hablarme como acabas de hacerlo. Noto cierto rencor en tus palabras y tan solo quiero ayudarte, solo eso. Tú me ayudaste en su día y te debo corresponder...

Me paré, di media vuelta y me dirigí hacia él mientras le contestaba:

—¿Ayudarme a qué? ¿Acaso te he pedido ayuda? No tienes que devolverme ningún favor. Estamos en paz. Qué pases buena noche —con ello di por finalizada la conversación.

Insistió, esta vez utilizando un tono apacible:

—Puedo ayudarte a que tus sueños se hagan realidad. Sé cómo hacerlo.

Resoplé con violencia, esa respuesta me molestó aún más que las anteriores y volví a retomar una discusión que creía haber dado por zanjada.

—Parece que no me escuchas cuando te hablo. Te vuelvo a repetir por última vez ¿Alguien te ha pedido ayuda para cumplir mis sueños? ¿Tú... tú eres quien sabes cómo hacer mis sueños realidad?, por favor no me hagas reír... aprende primero a darte cuenta que el tuyo es imposible de cumplir y luego si quieres hablamos... ¿quién te crees que eres para ayudarme?, ¿se puede saber quién eres? Seas quien

creas o quien seas... solo te pido una cosa y espero que nunca la olvides... ¡olvídame!

Con esa palabra prohibida zanjé la conversación. Empecé a caminar con las manos metidas en los bolsillos. Estaba alterado, molesto, incómodo... no me sentía nada bien. Regresar a aquel campo de girasoles había sido un tremendo error. Nunca pensé que todo acabara con un «olvídame».

—¡Eh! —Escuché desde la distancia.

Ese grito hizo que me detuviese y me girara hacia él. Clavé mis ojos en Giraluna. Él nunca supo cruzarme una mirada. Negué con la mirada, luego con la cabeza y esperé unos segundos antes de partir. Sabía que lo miraba, que le escuchaba y que había logrado llamar mi atención. Fue entonces cuando empezó a vocear.

—A la primera pregunta: No; a la segunda: Sí; a la tercera: Nadie; y a la cuarta: No creo que quieras saberlo.

Me dejó sin palabras y se llevó toda mi atención. Me hizo rebobinar el tiempo unos segundos y fui pasando lentamente por mi mente cada pregunta que hice. Me sentí ridículo. Suspiré, su respuesta hizo que todo volviese al punto de partida, aquel en el que estaba apoyado en el capot del coche con las luces apagadas y la música encendida.

Pasado, presente y futuro

Aquella noche presumía que iba a ser bastante larga. Aprendí que cuando no tienes nada bueno que decir es mejor ¿huir?, no... creo que era callar y guardé unos segundos de silencio. Después no quise alargar más la noche. Sin decir nada, ni un simple adiós, dejé a Giraluna contemplando el brillo de la luna y posiblemente esperando algo de mí... Di media vuelta para regresar a casa por el mismo camino por donde había llegado.

Mientras caminaba encontré en uno de mis bolsillos del pantalón una pequeña piedra. No estaba en condiciones para pensar cómo había llegado hasta allí, tan solo caminé. Otra vez una voz voceó desde la distancia, pero no logré entender lo que decía. Me giré hacia él, que se encontraba a unos veinte metros de mí y le pregunté alzando la voz:

—¿Decías algo?

Y cuando me dispuse a continuar mi camino, Giraluna continuó:

—Sé todo de tu vida, amigo. Por favor, déjame ayudarte, solo tienes que confiar en mí. Conozco todo de ti, de tu pasado, de tu presente y qué será de tu futuro. Sé donde naciste, cuál es tu número favorito, el color que mejor te sienta, incluso tu comida preferida. Sería capaz de decirte, sin equivocarme, el nombre de tu primer amor de verano, incluso de la última chica a la que besaste, de aquellas de quienes te enamoraste y de las que perdiste.

Reconozco tus miedos al igual que tus deseos e ilusiones, podría decirte quiénes son tus amigos y quiénes se disfrazaron de ellos, las veces que has llorado no solo por amor y las que has reído, podría decirte cuánto echas de menos a quienes están lejos de ti y a quienes ya no están. Podría ayudarte a sacar esa espina que llevas clavada bajo la piel desde hace ya unos años... podría decirte todo lo que quieras saber de tu vida.

Conforme me hablaba me fui acercando a él, con la boca entornada, un atasco en mi garganta y los ojos empapados...

—Amigo, hace ya algunos meses que vienes visitándome cada noche desinteresadamente a este lugar vacío y oscuro. Has pasado frío y miedo en alguna ocasión. Te has empapado con la lluvia y con tus ojos. Has pasado penurias durante una mala época, también te has llegado a ilusionar... ¿Y sabes? Sin darte cuenta me ayudaste a seguir intentando hacer mis sueños realidad. Solo te pido que confíes en mí, solo eso. Cuando te pregunté aquella noche cuál era tú sueño supe, desde el mismo instante en que te vi, que no me responderías, realmente no lo sabes y

tristemente sigues sin saberlo. Sé que no es fácil creerme, pero también sé que puedo ayudarte. No te estoy diciendo que tus sueños se vayan a cumplir, porque eso solo depende de ti, pero al menos deberías intentarlo.

Mi escepticismo no daba crédito a lo que estaba escuchando. Mucho antes de terminar de hablar ya estaba a su lado. Acaricié mi barbilla, miré a la luna, suspiré y dije:

—Me halagan tus palabras —dije con la boca pequeña. ¿Debo sentirme privilegiado por ayudarte a seguir intentando alcanzar tus sueños aunque sean imposibles de cumplir? —Esto último solo lo pensé—. No tiene ningún mérito, ni creo que merezca tanto agradecimiento. Lo hice inconscientemente. Hablar es muy fácil y más cuando no dices nada... Dices que «podrías esto... que podrías lo otro...», si le dices eso mismo a cualquier otra persona y nada hubiese cambiado. No me pidas confianza y gánatela sin venderme señales de humo ¿te parece? Dices que podrías decir cuál es mi color favorito y no lo dices, de nada vale que me digas que podrías decir cuál fue mi primer amor de verano si no sabes su nombre, y qué decir de las veces que he llorado si no sabes los motivos ¿quién no lloró alguna vez?, y de nada me vale que digas a quién echo de menos si no le conoces... Gracias, de verdad, por todo. Ahora debo marcharme. Se está haciendo ya muy tarde.

Bajé el telón a la noche haciéndola más oscura a base de palabras afiladas. Cuando quise dar por finalizada aquella función, sin ovación, escuché entre bambalinas la voz de Giraluna que aún no había dicho la última palabra:

—Me duelen tus palabras tanto como esa desconfianza hacia mí. Perdóname si te he molestado, no volverá a ocurrir... pero permíteme un último consejo antes de marcharte: «Nunca pongas en dudas las palabras de alguien que te quiere. Nunca».

Me giré hacia él con la misma violencia en mi voz como en mis gestos:

—¿Tú eres quien me quieres?, ¿me quieres por atar un simple cordón a tu tallo o porque puedes seguir viendo el brillo de la luna? ¿Piensas que debo creerte? ¡¡Por Dios!! Es muy tarde para escuchar estas milongas. La próxima vez que nos veamos, si es que nos vemos, piensa un buen motivo por el que deba creerte...

Antes de marcharme insistí por última vez:

—¿Quién eres para quererme?

Le miré con una mirada silenciosa pero que lo decía todo. Acababa de poner el punto y final a la conversación. Me marché cantando en mi interior una bonita balada para una triste despedida. Solo escuché el cantar de los grillos, un suspiro distorsionado, seguido de una voz decidida y segura:

—Podrías haber nacido en cualquier ciudad pero lo hiciste en la ciudad de las cuatro culturas, en Melilla, donde perdiste la inocencia. Podrías haber crecido en cualquier otra región pero lo hiciste en Andalucía, allí perdiste tu juventud. Podría haber sido cualquier número favorito pero elegiste el seis. Podría ser cualquier otro color del círculo cromático pero el verde te sienta mejor. Podría ser cualquier comida del mejor restaurante de tres tenedores pero es la paella. Podría ser el nombre de

cualquier chica, pero aquella mujer de Móstoles se fijó en ti y tú en ella. Podrías tener miedo a la oscuridad, a los reptiles o a la soledad, pero tu miedo es a volar. Podría decirte cuál es la espina que tienes clavada, pero sería violar una intimidad que tanto escondes. Y ahora te pregunto querido amigo: ¿Vas a confiar en mí?

Me desarmó por dentro y por fuera. Nunca antes unas palabras habían sido capaces de hacerme llorar hincando las rodillas en el suelo y tapando la cara con mis manos.

Moqueé, la voz estaba estrangulada y era imposible mirar a Giraluna sin ver todo empañado. Hice un gran esfuerzo para tan solo decir:

—¿Quién eres? —Volví a desarmarme.

Giraluna esperó mi último lamento antes de contestarme...

—No llores, me duele verte así. Por favor, ponte de pie, seca esas lágrimas. Te ayudaré a conocer tus sueños.

Esperé que mi cuerpo dejase de temblar para seguir sus indicaciones. Una vez en pie dije:

—Pero ¿me dirás quién eres? —pregunté mientras secaba con la manga de la camisa las últimas lágrimas que me quedaban...

—Te lo diré cuando conozcas tu sueño —respondió pausado y sin dejar de mirar el brillo de la luna.

—¿Seguro que me dirás quién eres? —Repetí la misma pregunta porque no sabía ya que decir.

—¿Confías en mí? —respondió.

—Confío —sonreí levemente.

—Pues no perdamos más tiempo ¿Cuánto tiempo tienes?

—¿Para qué?

Su pregunta me acababa de descolocar.

—Para hacer tus sueños realidad.

—Tengo toda una vida por delante... pero ¿por qué me preguntas eso?

Después de una carcajada que no entendí pero imité, continuó hablando:

—Pues no perdamos ni un segundo más. Lo primero que tenemos que hacer para encontrar tus sueños es que me hables de él.

—¿De él? ¿De quién? —Arrugué la nariz y levanté las palmas de mis manos haciendo un gesto de no saber muy bien a qué se refería.

—Empezamos mal. Tienes que ser sincero conmigo ¿de acuerdo? Tenemos que empezar desde el principio sacando fuera aquellas piedras que no te dejan caminar. La espinita que tienes clavada en tus sentimientos hay que extraerla, te hace enfermar. ¿Quieres que te ayude? —Lanzó la pregunta esperando que yo la recogiese.

—Sí, pero...

Me interrumpió.

—No hay «pero» que valga... ¿quieres que te ayude? —te repito por última vez.

—¡Sí!

Fue un «sí» rotundo, asintiendo con la cabeza, con los ojos y con la voz...

—Pues háblame de él...

Tardé en reaccionar el tiempo que los recuerdos empezaron a despejarse en mi memoria. No estaba muy convencido de que la persona en la que yo estaba pensando fuese la misma de la que Giraluna quería que le hablara. Aun así acepté:

—Está bien, te hablaré de él —miré al cielo, trague saliva y resoplé.

Los hombres no lloran

Había pasado más de una década desde que emprendió un viaje sin maletas. Siempre lo admiré por su forma de vivir, sobretodo cuando tomó la decisión de que sus días fuesen cada vez más cortos pero placenteros. Los médicos para no agravar más su enfermedad le prohibieron aquellos placeres que le habían acompañado desde su temprana juventud, su cigarrillo de liar o su trago de vino de cartón... No quiso despedirse de ellos, sino con ellos...

Hice una pausa... Un nudo en la garganta me impedía continuar. Un sombrero de tela gris comprado en una tienda especializada fue la única recomendación que siguió de aquellos médicos. Nunca iba más elegante para estar en casa que con un fino pantalón de pijama celeste, una camiseta interior de mangas sisas un tanto amarillenta y unas zapatillas marrones de cuadros descubiertas por el talón. El Sol solo podía sentirlo desde el sofá asomando la mirada tras una ventana medio cerrada. Por las noches salía de casa a regalar su sentido del humor entre los vecinos. Era entonces cuando se transformaba en quien siempre fue, un *dandy*, como su colonia. Elegante, con sombrero ligeramente ladeado en su cabeza, camisa clara abrochada hasta el penúltimo botón, pantalones de pinzas oscuros, cinturón de piel negro, zapatos relucientes, cigarrillo de liar entre sus labios y una mirada de interesante, hacían de él su mejor versión. Luego, después de su pose, con una mano en el bolsillo y la otra alejando el cigarrillo de sus labios, dejaba salir el humo desde sus pulmones... y cuando solo expulsaba aire soltaba: «Soy yo “mu”, “mu”, “mu” bonito»...

Volví a hacer otra pausa para recoger una lágrima que se había precipitado por mi mejilla.

—¿Estás bien? —aprovechó esos segundos de desahogo para preguntar.

Con una tímida sonrisa, sin acabar, fue de la única forma que supe responder. Me sentí lo más cerca que pude de Giraluna, donde sus hojas podían abrazarme. Luego eché mis brazos hacia atrás y dejé caer mi peso sobre ellos. Tenía la mejor perspectiva de una luna que ya no pude dejar de mirar.

Continué:

—Recuerdo todo como si fuese ayer, como si el amor se encargase de acortar el tiempo. Aquellas mañanas de domingo estaban reservadas, como las mesas de los restaurantes, para compartir momentos especiales. Aprender de los viejos es un privilegio de los jóvenes y cada mañana me levantaba deseando ir a verle y escuchar atento cada batalla de su vida que escondía una lección. Lecciones que no se aprenden con los codos hincados en la mesa...

Siempre te recibía alegre, fumando y sentado en su sofá de piel marrón. Le costaba incorporarse aunque se esforzaba por hacerlo. A su lado, un inseparable cenicero de pie repleto de colillas de tabaco de liar, a los que dedicaba más tiempo en preparárselos que en fumárselos... sus manos temblaban y no era por temor. A su izquierda un antiguo mueble de madera oscura, de apenas un metro y medio de ancho por uno de alto, servía de apoyo para un teléfono rojo de rueda, de aquellos en los que metías el dedo en los números y te quedabas embobado viendo la rueda girar... El espacio libre que quedaba lo reservaba para el cartón de vino tinto y sus tragos... sus momentos especiales.

También recuerdo ver siempre sobre aquel viejo mueble un bolígrafo dorado por fuera y azul por dentro junto a una pequeña libreta. En ella apuntaba los números premiados en la lotería primitiva aunque no participase, quizás esa fuese su forma de llamar a la suerte, apuntando su número.

—¿Cómo eres capaz de recordar esos detalles? Interrumpió Giraluna.

—Olvidarlo no me lo perdonaría, ni yo ni él —dije desde mi posición privilegiada.

—Ja Ja ja... —Se escapó una carcajada de su boca—. ¿Pero cómo te atreves a decir tal tontería? Parece mentira... es como si no lo conocieses. Te perdonaría eso y todo lo demás...

—¿Tú lo sabes todo, verdad? Ahora va a resultar que lo conoces mejor que yo ¿no? —Respondí irónicamente sin hacer caso a sus palabras.

—...

Tenía el cabello del color de los años de vida... había perdido su tono natural. Bajo sus ojos marrones dos bolsas envejecían su mirada. Su piel estaba castigada por los efectos de la enfermedad, sus labios superpuestos sólo se separaban cuando reía o era atacado por la tos, sus brazos delgados solo tenían fuerzas para abrazar y unos lóbulos inflados guardaban quizá su último deseo en vida, «no decir adiós sin antes ver una familia unida...».

Era de aquellas personas que son protagonistas de cualquier situación y cuando no están en el reparto se les echan de menos. Solía intercalar entre sus travesuras de adolescente y su fama de conquistador, chistes tan largos como los recuerdos que me quedan de él. Es cierto que no eran muy buenos pero su carisma, sus muecas y sobre todo su empeño por vernos sonreír, hacían que riésemos a carcajadas aunque fuésemos pequeños para entenderlos...

—¿Recuerdas alguno de esos chistes? —Giraluna parecía estar muy atento a todo lo que le contaba aunque no dejase de mirar a la luna.

—¡Claro que lo recuerdo! Pero no pretendas que te cuente alguno...

—¿Por qué? Venga cuéntame uno que sea «mu», «mu», «mu» bonito. ¡Ja! ¡Ja! —Volvió a reír a carcajadas...

De golpe me giré hacia él. Fruncí el ceño, sorprendido por su forma de responder.

—¿Cómo dices?, déjalo ¿vale?

—¡Ey! No te enfades conmigo. Solo quería arrancarte una sonrisa.

—Pues la próxima vez hazlo con un chiste bueno porque no ha tenido gracia. Con ello zanjé esa improvisada discusión.

—¿Continuas? —Preguntó dubitativo.

—...

Los fines de semanas cenaba temprano, mucho antes del primer telediario de la tercera edición. Sentado en su sofá esperaba caer el Sol apurando las últimas caladas de un cigarrillo que tanto tiempo dedicó a preparar. Cuando llegaba el momento de encender las luces de casa, se levantaba, se vestía de domingo y se marchaba. Con los reflejos olvidados, conducía muy despacio un Peugeot 105 blanco, sin ningún tipo de extras, camino de la Asociación de Vecinos. Allí se reunía con personas de su misma edad y otras más jóvenes. Estas últimas eran a quienes dedicaba sus mejores piropos. Pasaba varias horas jugando al bingo, entre copas de vino, risas y pocas partidas ganadas... Mi abuela nunca le acompañaba achacando su ausencia a que ella era una señora de la casa y estaba feo estar a esas horas en la calle y menos en un sitio como ese... Muchas veces le escuchábamos decir que «se había enamorado de él por su gracia y no por su belleza»...

—¡Qué bonito! A eso le llamo yo amor sincero —exclamó. Pues sí, hacían una muy bonita pareja... —pensé.

—...

Nos quedamos unos segundos en silencio. Después Giraluna me lanzó un dardo pero sin veneno:

—¿Les echas de menos, verdad?

No me hizo falta responder. Mi mirada puso sonido a mi voz... Continué:

—Nunca entendí otra forma de querer que no fuese para toda la vida y a veces pienso que cuando ya no están se acentúa ese sentimiento. Me enseñó que la belleza de las personas no se mide por lo que aparentan sino por lo que significan y su marcha significó un antes y un después en mi vida. Lloré su marcha casi tanto como una «no despedida» que nunca llegué a entender.

Un día te levantas piensas que todo va a seguir siendo igual que ayer y, la vida va y te sorprende, te pone a prueba y te derrumba... No fue fácil asimilar que ya no habría más mañanas de domingos especiales, ni batallas que contar, ni chistes malos para reír...

Negar que después de todos estos años, en su cumpleaños, en las noches de San Juan, en navidades o en el aniversario de sus viajes no se me haya escapado una lágrima es tan falso como decir que no le echo de menos...

—Pero si los hombres no lloran... —me cortó Giraluna cuando a punto estaba de dejar caer una perla de agua por mis ojos.

—Pues entonces debe ser que tengo una parte sin desarrollar a pesar de mis treinta años, porque desde que se marchó no he dejado de hacerlo.

Giraluna continuó:

—«Los hombres no lloran» ¿quién inventó tal mentira?... Uno no deja de ser más hombre por tener sentimientos, el problema está cuando no los tienes que te conviertes en un pez muerto. Seguro que él se siente orgulloso de ver esas lágrimas que caen de tus ojos al recordarlo, aunque seguro que prefiere verte sonreír. Eso fue lo que te enseñó, sonreír a la vida, haciendo buenos los malos chistes. Cada lágrima dejan a relucir un sentimiento y son muchas que caen de tus ojos, aunque te tapes con las manos: sentimiento de afecto, respeto, admiración, felicidad, cariño, amor y también el de tristeza por no tenerlo contigo. A veces los sentimientos no se pueden explicar con palabras y salen a relucir envueltos en lágrimas. ¿Estás bien amigo?

Antes de que empezara a hablar Giraluna ya había dejado caer mi cuerpo en mis manos y había agachado mi cabeza entre mis rodillas ocultando unos ojos empapados entre mis manos...

—Estoy bien —dije con una voz rota, poco convincente y moqueando— pero necesito llorar —me sinceré.

Durante unos minutos solo se escuchó en aquel campo de girasoles un llanto desamparado pero no lo quise compartir con él, con nadie...

Instantes después, cuando los grillos volvieron a ponerle sonido a la noche continuó:

—¿Guardas algún recuerdo con especial cariño?

Mientras secaba las lágrimas y descubría mi rostro, le contesté con una media sonrisa:

—¿Recuerdos? Son muchos los que guardo pero no puedo contártelos todos porque se haría de día y no estarás para escucharlos. Aunque te puedo contar uno de ellos que recuerdo con especial cariño...

—Soy todo oído.

—Como cada domingo solíamos ir a visitarle. Nunca faltaban las batallas de su vida ni tampoco esa pregunta que pasó de generación en generación: «¿Quién sabe más el maestro o tú?». Siempre le mentía respondiéndole que yo, pero mi respuesta le hacía feliz... Cuando nos marchábamos siempre nos obsequiaba con veintiún duros (unos sesenta céntimos de euro) para repartir entre mis dos hermanos y yo, toda una fortuna para tan pequeña pensión.

Giraluna seguía muy interesado en todo lo que le contaba, sin perder de vista a la luna. Me dio la impresión de que ya lo sabía todo. Continué respondiendo a sus preguntas intentado descubrir hasta donde quería llegar.

—¿Algún consejo que te haya dado?

—¡Muchos! Y no solo a mí sino también a mis hermanos ¿no dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo? Las personas mayores tienen las respuestas a las preguntas que no aparecen en los libros. Nos dio muy buenos consejos que por aquel entonces no llegaba a entender. Siempre insistía en que fuésemos los números uno en todo lo que hiciésemos en la vida, que fuésemos luchadores y no rendirnos nunca ante las adversidades. ¿Sabes?, en eso me recuerda mucho a ti. Nunca te rendirás

hasta ver la cara oculta de la luna, ¿verdad?

—Dame un buen motivo para hacerlo y te daré mil razones para convencerte. Nunca me rendiré... y ¿sabes qué es lo mejor de todo?, mi sueño se cumplirá y tú serás testigo de ello.

Sonreí con ironía y contesté:

—Siento decirte que dudo mucho que llegue a ser testigo de tal acontecimiento. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuántos vive un girasol? ¿Cuántos tienen que pasar para que eso ocurra?...

—Venga anda, no cambies de conversación. Estamos hablando de ti, no de mí.

Insistí:

—¿Sabías que la media de vida humana es de setenta años?... lo que quiere decir que me queda poco más de media vida más por vivir. Siendo sincero y honesto debo decirte que tu sueño nunca se cumplirá, pero si eres feliz viviendo de ilusiones... Le di la vuelta a la conversación, ahora era yo quien llevaba el timón.

Giraluna sonrió:

—Me da igual la media de vida, lo que te quede por vivir, que seas sincero u honesto... Mi sueño se cumplirá y punto. ¿Cuándo comenzaste a jugar al fútbol?

Giraluna cambió radicalmente el rumbo de la conversación con esa pregunta fuera de lugar. Supongo que le había molestado que intentase saber cosas de él, pero tenía que hacerlo para averiguar quién era y sobre todo por qué sabía tantas cosas de mi vida.

No quise seguir insistiendo y dejé que llevase el timón de la conversación. Me limité a responder a sus preguntas...

—¡Uf! Pues empecé de muy mayor, casi con veinte años...

—¿A qué juegas? —Me interrumpió.

—¿Perdona? No entiendo —respondí extrañado de su pregunta.

—No me vuelvas a mentir ¿de acuerdo?

Me dejó perplejo. Supe en ese momento que no iba a ser nada fácil jugar a sacar verdades a base de mentiras... Volví a encauzar la conversación, por la orilla de la verdad.

—No te enfades. Solo fue una broma para ver si estabas atento o te habías dormido... No recuerdo cuando me regalaron mi primer balón de fútbol, pero supongo que fue en ese instante cuando todo empezó. Lo que si recuerdo es que con apenas cinco años empecé a jugar en un equipo llamado A. V. Convivencia. Allí me podías ver bajo los palos de la portería, con la indumentaria del mítico portero de la selección española Arconada pero varias tallas más pequeñas y sin alcanzar el larguero. Pensé que empezando de portero cumpliría con uno de los consejos de mi abuelo de ser el número uno, pues mi camiseta así lo indicaba en la espalda. Los años fueron pasando y entendí que esa relación nada tenía que ver con la realidad. Apenas me sacaban a jugar cuarenta y cinco segundos...

—¿Segundos? —Interrumpió Giraluna.

—¡Sí!, he dicho segundos en cada partido...

—Acabaría agotado, ¡ja!, ¡ja! —Rompió a reír Giraluna.

Ni siquiera contesté. Acepté la broma y proseguí.

—Quizás esa demarcación me quedase demasiado grande, no llegaba a tocar el larguero ni cogiendo carrerilla y era el más bajito del equipo. El entrenador decidió que lo mejor para mí y para el equipo era la de posición en el campo, buscar una donde la altura no influye tanto y me convertí en el número dos (lateral derecho). Decían que me parecía a José Antonio Camacho, pero yo creo que lo decían por la seriedad y el genio. Poco a poco me fui sintiendo más cómodo de defensa y me convertí en el número uno, no porque fuese el mejor, sino porque así me sentía. Algunos consejos que me daba mi abuelo podían parecer violentos pero me sentía orgulloso de él, de ellos «O pasa el hombre o pasa el balón» entendí que era la forma de ser respetado en tu parcela del campo y lo cumplí a rajatabla. Alguna vez lo podías ver sentado en las gradas viendo algún partido y recordándote esos consejos, alzando el dedo pulgar en cada jugada donde yo era el protagonista. Me sentía observado y con una carga de responsabilidad mayor. Sabía que debía hacer bien las cosas, lo mejor posible, para no defraudarle. Por la tardes solíamos jugar en la puerta de su casa al balón y otras tantas emulábamos auténticas corridas de toros en el salón de su hogar. Echábamos las cortinas de tela roja que separaban la cocina del salón de su hogar. Mi abuela hacía el sonido de trompetas para dar comienzo la corrida y desde los toriles salía un servidor hacia el salón como un toro bravo. Los dedos índices los ponía en las sienes emulando ser afilados cuernos y corría alrededor del salón intentando llevar al torero, mi hermano, a la enfermería. Nunca logré alcanzarle y siempre salía a hombros por la puerta grande. Nos reíamos mucho, lo pasábamos muy bien por aquel entonces... hoy todos esos recuerdos me inundan los ojos con un cóctel de sentimientos, de alegría, de tristeza y sobre todo de añoranza...

Giraluna volvió a interrumpir, con una frase acertada:

—El mayor tesoro que nos queda de las personas que se han ido son sus recuerdos y la mayor tristeza es el olvido. Olvidar a las personas que quieres, que han significado algo en tu vida es un trago difícil de digerir. No tener recuerdos es como no haber tenido pasado, y el pasado es lo que nos ayuda aprender a afrontar el presente y enfrentarnos al futuro. Sé que estás muy orgulloso de él y me consta que él también de ti.

Le corté la conversación, intentado buscar otras respuestas a esas preguntas:

—¿Cómo sabes que está orgulloso de mí? ¿Tienes algún contacto con él, de algún tipo? ¿Me vas a decir quién eres?

Volví a acribillarlo a preguntas sin dejar tiempo para responder...

Giraluna respondió:

—Lo siento, amigo. Es muy tarde y pronto va a amanecer. Tengo que descansar. Ha sido una noche fantástica pero tú también debes estar cansado. Deberías marcharte a casa y dormir un poco. —Esas palabras me recordaban al cuento de la

Cenicienta, en el cual cuando suenan las doce campanadas se acaba todo el encanto.

Continuó:

—Déjame decirte una última cosa para no dejarte con mal sabor de boca y que puedas marcharte tranquilo. Te aseguro que él se siente muy orgulloso de ti y de tus hermanos... Eso debe darte las fuerzas suficientes para seguir haciendo tu camino y para empezar a buscar tus sueños.

—Está bien. Qué descanses amigo.

Me levanté aceptando esa despedida. Me sacudí los pantalones y después de un «hasta la próxima» empecé a caminar muy despacio hacia el coche. Tardé tanto en llegar que los primeros rayos de Sol me adelantaron. Volví la mirada atrás y vi, por primera vez, como Giraluna inició un movimiento lento pero elegante de su flor desde el cielo a la tierra. Fue un acontecimiento único, indescriptible, de esos que no te atreves a contar para no acabar atado a una camisa blanca en una habitación con rejas... nunca antes había visto nada parecido.

Pero ahí no quedó la cosa, en ese mismo instante el resto de girasoles se despertaron imitando los mismos movimientos, pero buscando los primeros rayos de Sol con su mirada... Me quedé boquiabierto en medio de ese campo de girasoles. De pronto corrí despavorido al escuchar una gran explosión. Fue un estallido ensordecedor. No sabía de donde provenía. De repente continuó un sinfín de explosiones que hizo tirarme al suelo, taparme los oídos y esperar que mi temor se fuese. Cuando todo acabó me incorporé, miré en mi entorno tratando de averiguar de dónde venían esas explosiones, tenía dudas de si eran disparos de cañones o tan solo fueron unos petardos excedidos en pólvora... pero en un parpadear de ojos me desperté de aquel precioso sueño.

Me encontraba tumbado boca arriba en la cama sin compañía, tapado con una colcha hasta la altura de los ojos medio abiertos y medio empapados. Miré a un lado de la cama y allí solo había una ventana cerrada, al otro un cuadro colgado en la pared... respiré profundamente, me froté los ojos y entendí que todo había sido un extraño sueño. Me resultaba difícil diferenciar cuánto tenía de realidad y cuánto de ficción... Aquellos petardos que me hicieron salir huyendo del campo de girasoles seguían explotando, pero esta vez al otro lado de la ventana.

Me incorporé de la cama y, cuando pude abrir los ojos del todo, me topé de frente con aquel cuadro repleto de girasoles. Empecé a creer que todas esas señales, casualidades o como quieras llamarlo, debían tener algún significado aunque, por aquel entonces, fui incapaz de descifrarlo.

Entendí que a partir de ahora debía caminar con los ojos bien abiertos y atento a todo lo que ocurría cerca de mí para poder encajar todas las piezas de este puzle en el que, sin querer, me encontraba inmerso... ¿No os ha pasado alguna vez, justo después de un sueño profundo, despertarte y no saber bien dónde estabas, ni distinguir si lo que estás viviendo forma parte del sueño o es real? Pues esa misma sensación fue la que tuve al abrir los ojos.

Descalzo fui al cuarto de baño, me miré al espejo y volvió a decirme otra verdad. Me mojé la cara, mojé el espejo pero él seguía insistiendo. Mientras intentaba saber cómo funcionaba esa maldita ducha con grifos por todas partes, recordé las distintas actividades que ofrecía ese lugar y previamente había estado mirando por internet. De pronto un chorro de agua fría, muy fría, impactó sobre mi pecho, luego en los ojos, después en el estómago y empecé una trifulca con una ducha que no dejaba de mojarme. Pasados unos segundos logré controlar la situación y disfruté de aquellos chorros, esta vez de agua caliente, que mezclé con unos pequeños botes de gel y champú que estaban allí por cortesía. Fue uno de esos baños que solo disfrutas cuando no eres tú quien pagas la factura del agua. Estuve el tiempo suficiente como para aclarar el pelo, el cuerpo y lo más complicado de todo, las ideas... Entre las actividades que me apetecía hacer ese fin de semana estaba pasear a caballo y barranquismo, en ese orden, así lo decidí.

Salí de la ducha, me vestí, me peiné y me pareció escuchar un silbido procedente del espejo. Levanté una ceja, no podía ser, sonreí y abandoné la habitación. Bajé al salón donde ya estaban sirviendo los desayunos. Otra vez las mismas prisas, los mismos camareros que anoche gritaban pidiendo chorizos y longanizas, hoy lo hacían pidiendo cafés y tostadas, y tal y como ocurrió anoche haciéndome el mismo caso, ninguno. Una vez en la calle principal del pueblo mi estómago pedía clemencia, le pedí que aguantara y dejó de pedir... Tomé dirección río abajo, como hacían el resto de coches y turistas que había por la calle. Apenas estuve andando cinco minutos, sabía que la cuadra de caballos no debía andar muy lejos y no porque lo viese sino porque se olía...

No suelo preguntar cómo se llega a un sitio cuando no tengo prisas por hacerlo, me parece más emocionante descubrir el camino por mi mismo y sobre todo me apasiona perderme, aquello siempre fue una salida a los problemas... Estuve parándome en cada puesto de artesanía que encontraba a mi paso, desde los de pulseras de cuero, los que leían el futuro en unas cartas manoseadas, hasta los que ofrecían grabar tu nombre en una piedra atravesada con un fino cordón marrón que acabaría colgado de tu cuello. No compré nada en ninguno de ellos, tan solo me limité a observarlos... Conforme el Sol matinal empezó a golpearme, sin gorra ni cremas para protegerme, el olor a granero de caballos comenzó a hacerse insoportable. Utilicé mi mano derecha como mascarilla, como filtro, pero no sirvió de nada.

Cuando dejé el centro del pueblo a escaso un kilómetro de mí, observé al lado izquierdo de la carretera un amplio descampado de tierra batida o albero donde había varios coches estacionados. Un poco más al fondo vi el establo repleto de enormes y preciosos caballos. Habría aproximadamente catorce caballos, quizás más. Estaban todos atados a una barandilla de madera unos al lado de otros. Se les notaban un poco nerviosos, supongo que sabían que había llegado la hora de empezar a trabajar y eso requiere un tiempo para asimilarlo. Entre todos los caballos del establo había uno más

alejado del resto, se le veía tranquilo. Tenía el pelo marrón oscuro y aunque suene raro, tenía cara de buena gente... Me acerqué hasta donde él se encontraba, lo miré desde el otro lado de la barandilla, levantó la cabeza y me miró. Acerqué indeciso mi mano hacia su cara hasta que empecé a acariciarlo, no rechazó mis caricias. Ya no sé si fue a raíz del sueño que tuve le hice una pregunta en voz muy baja, casi como un susurro, no quería que nadie me escuchara:

—Hola amigo ¿Quieres que demos un paseo lejos de aquí?...

Esperé algún gesto por su parte como respuesta, un guiño, un relinche, no sé... esperaba algo que no llegaba. Después agachó la cabeza y observé cómo en una de las tiras de las riendas que llevaba atada a su cuello, había un nombre grabado en letras mayúsculas, «LUNA». Ese nombre no dejó de sorprenderme...

Como quien sabe que no está haciendo nada bueno, me disfracé de un bandido en chanclas y sin antifaz, miré rápidamente de un lado para otro, salté la barandilla que nos separaba y, sin que nadie se percatase de mis intenciones, subí en la silla que tenía sobre su lomo y salimos de allí a galope ...¿hacia dónde? Daba igual donde ir. Me dejé llevar donde quisiese luna, al fin y al cabo conocía ese lugar mejor que yo.

El calor se estaba haciendo insoportable, el Sol estaba quemando mi piel y aún no habíamos conseguido adentrarnos entre los árboles. Fue un agradable paseo de poco más de una hora, entre ríos, troncos de madera, paisajes indescriptibles y sobre todo inolvidables. Poco después de una hora, justo después de entrar en el establo, bajarme de ella, desearle un buen día y acariciarle la cara, la solté y salí corriendo de aquel lugar. Cuando me alejé unos metros volví la mirada atrás. Vi como luna dio media vuelta despacio, entró en el establo y se fue directamente a los bebedores para hidratarse. Era increíble la bondad que transmitía aquella yegua. Me quedé de pie con los brazos cruzados, sin apartarle la mirada y segundos después me marché carretera abajo.

Presumía ser una mañana bastante larga de sofocante calor, preciosos paisajes y aventuras garantizadas. Pronto mis chanclas empezaron a pegarse al asfalto y a derretirse por el camino. Me desvié de la carretera en busca de sombras, senderos, pozas y *jacuzzis* naturales de los que tanto había oído hablar y tanto había visto leer.

Lejos quedó aquel olor desagradable que intentaba evitar con el filtro de mis manos. Respirar hondo se convirtió en un privilegio para quienes viven en un ambiente contaminado tanto por la polución como por la corrupción. Pronto encontré un cartel donde indicaba que había un sendero con su nivel de dificultad, el tiempo estimado de la ruta y los parajes que encontraríamos en forma de animales y de vegetación.

Inicié una ruta de tres horas de duración. Apenas llevaba cinco minutos de camino cuando hice la primera parada. Me senté en una enorme piedra que parecía estar allí esperándome para descansar. Desde ella contemplé cuánta belleza había a mi alrededor y disfruté del sonido que la naturaleza me regalaba. Me perdí en mi mente recordando el sueño que tuve la noche anterior, cuando Giraluna hizo mención

a mi pasado y a las personas que lo compartieron conmigo. Me apetecía dedicarle un tiempo en seguir recordándolo.

A veces me parece increíble ver cómo pasa el tiempo sin poder hacer nada para detenerlo, otras en cambio me lamento por las cosas que dejé sin hacer y no puedo hacer nada para acabarlas. ¿Alguna vez os habéis preguntado qué es el tiempo?

Si te sobra tómate parte de él para pensar la respuesta. Cada etapa de la vida tiene ligada una serie de experiencias que tienes o debes hacer en ese período, porque si no lo haces en ese instante, después solo te queda lamentarte. Algunos momentos especiales de la vida suelen venir acompañados por la melodía de una canción, esa que solo ella es capaz de hacerte revivir aquellos maravillosos años.

Mi niñez la recuerdo al escuchar la canción de la BSO de la película *La Guerra de Papá*, aquellas primeras vacaciones, con uso de razón, en la costa de Málaga no podían tener mejor sintonía que la de la serie *Verano Azul* y cómo olvidar aquellos interminables viajes a Madrid acompañados del romántico por excelencia, José Luis Perales... Esta sierra de Cazorla me acerca el recuerdo de las noches de magia en el campamento de la Parroquia San Pio X (Madrid) siempre ambientadas con los discos de Extremoduro y quién se olvida de «tu canción», «su canción», «nuestra canción» esa que pone el sonido al inicio de una relación, esa que cuando la escuchas te acuerdas de aquella persona que tanto amaste o amas y esa que cuando suena te hace temblar de tristeza o de emoción... Una vida sin canción no es más que una vida sin emoción.

Si ya te has tomado el tiempo necesario y aún no has sido capaz de responder a la pregunta «¿Qué es el tiempo?», te recomiendo leer un cuento de Jorge Bucay *El Buscador*», posiblemente sea una de las historias más bellas que haya leído referente a eso, al tiempo. El tiempo es incansable, nunca se toma un respiro. Una de las tantas cosas imposibles que siempre deseó el ser humano fue echar el tiempo atrás y nunca nos paramos a vivir como si mañana nunca fuese a llegar. El tiempo nos hace crecer, madurar al menos por fuera, cumplimos la mayoría de edad y es entonces cuando tenemos que decidir qué queremos hacer el resto de nuestra vida.

Sin duda, esa cuestión me recuerda mucho a la pregunta de Giraluna ¿Cuál es tu sueño?, aunque distinguir entre un sueño y lo que quiero en la vida se me antoja complicado.

Mi mente volvió conmigo, nos sentamos en esa piedra. Miré como se elevaba el estrecho camino de tierra por la montaña. Sabía que unos kilómetros adelante encontraría esas preciosas pozas —las había visto en las imágenes de Google— en donde se podía saltar al vacío desde una altura de hasta doce metros.

Pasaron delante de mí varios montañistas bien equipados, con una mochila a sus espaldas, botas altas, bastones, gorras, gafas de sol e incluso cada uno llevaba unos cascos donde posiblemente escuchasen las canciones de su vida... Caminaban en fila india, de uno en uno, con un paso demasiado acelerado como para unirme a ellos. Tan solo tuve tiempo de mirarlos, saludarles elevando el brazo y deseándole una buena

ruta. Ninguno me saludó, ni con el brazo ni con la voz.

Me puse en pie molesto, enfadado por el desprecio y me dispuse a seguirlos con la intención de adelantarlos, sin decirles una palabra, ni desearles un buen regreso, simplemente quería demostrarles que puedo hacer lo mismo que ellos incluso con una vestimenta inapropiada. Empecé con buen ritmo, decidido y convencido de que lo conseguiría pero las chanclas jugaron en mi contra para lograr tal hazaña... besé el polvo en más de una ocasión... en apenas unos metros vi, desde el suelo, como se alejaban demasiado de mí como para tratar de darles alcance.

Entonces pensé que lo mejor sería continuar haciendo la ruta a mi ritmo y llegar hasta donde yo quisiese hacerlo.

Casi dos horas y media después, con alguna magulladura en los pies, todo hacía parecer que no debía andar muy lejos de mi destino, la poza. Aún no había sido capaz de verla pero se escuchaba, a lo lejos, los gritos de las personas que saltaban al vacío e instantes después el sonido del agua al impactar contra ella. Después todo eran aplausos y ovaciones.

Unos metros después conseguí alcanzar la cima. Caí exhausto de rodillas, con la respiración descontrolada pero con la satisfacción de haberlo logrado.

Cuando finalmente pude recuperarme, levanté la cabeza y el paisaje que había frente a mí era... no sé ni cómo explicarlo. Las fotos que vi por internet no reflejaba la pureza de tanta belleza. Me parecía tan increíble aquel paisaje que pensé que las flores se encenderían al pasar por su lado, como en la película de Avatar. Solo aquellas escenas eran comparables a la belleza de la Sierra de Cazorla, quizás fuese el paraíso lo más parecido a aquello. Caminé hacia donde se encontraban un grupo de saltadores de todas las edades. No quise perder detalle de todo lo que me rodeaba. Me asomé con mucho respeto hacia el barranco y sentí el miedo de quien teme a las alturas. Un escalofrío subió por mi estómago hasta quedarse en mi pecho. Di varios pasos atrás, hasta colocarme el último de la fila. Me senté en el suelo y sin dejar de mirar como aquellos valientes iban saltando me preguntaba ¿qué se siente al volar?

Una chica morena con el pelo corto, de no más de treinta años estaba organizando los saltos. La escuché atentamente, desde mi posición cobarde, dando las instrucciones sobre cómo había que realizar el salto. Había que seguir unas reglas básicas que enumeraba en voz alta y rotunda, haciéndome recordar a un sargento de la Legión:

1.º) Si tenéis dudas o miedo, no saltáis.

2.º) Saltáis cuando yo os dé la orden «Un, dos, tres ¡¡salta!!». Si no lo hacéis en ese instante, regresáis andando.

3.º) Tenéis que fijar la mirada en un punto que yo os indicaré y saltar hacia adelante con la intención de alcanzarlo.

4.º) Os apoyáis con un pie en el suelo, el que te da el impulso, y el otro lo adelantáis como si dieseis un paso gigante hacia delante. No podéis dejaros caer. Debéis impulsaros con fuerza.

5.º) Los brazos tenéis que cruzarlos y llevarlos pegados al cuerpo. Las piernas extendidas y juntas.

6.º) Durante el salto no se despegan los brazos del cuerpo ni se abren las piernas. Podéis desequilibraros en el aire y las consecuencias podrían llegar a ser irreversibles.

Todas estas normas debíamos cumplirlas al pie de la letra. Saltárselas podría producir un grave accidente e incluso la muerte. Presté más atención que en las clases de historia. Luego me puse de pie convencido de que iba a saltar. Poco a poco la cola fue acortándose. Todos habían saltado sin ningún tipo de incidente. De nuestro grupo ya solo quedábamos dos por hacerlo. El chico que había delante se giró hacia mí y me dijo:

—¿Quieres saltar tú primero?

Respondí elevando los dos hombros. No fui capaz de decir una palabra, el miedo seguía presionándome el pecho. Muy despacio me fui acercando al filo del abismo. Puse mis pies al borde, respiré profundamente, cerré los ojos y recordé todos los pasos, en el mismo orden que nos había indicado la chica.

Cuando los abrí, miré hacia abajo y el corazón quiso escaparse de mi pecho golpeándolo bruscamente. Las piernas empezaron a temblar y sin pensármelo ni un segundo salí corriendo de allí sin echar la mirada atrás. El miedo pudo conmigo una vez más. Sentí vergüenza al ver que fui el único que no tuvo el valor de saltar.

Hay un dicho popular que dice: «Si hay que ir se va, pero ir para nada...». En parte tiene razón, pero ese dicho entraba en conflicto con otro que encontré en mi cabeza y me servía de excusa para eludir la vergüenza que estaba pasando: «Una retirada a tiempo siempre es una victoria».

A la sombra de un pino me quedé tumbado en el suelo, recuperándome y observando cómo el chico que me había cedido el salto también se negó a hacerlo y cómo clavó su mirada en mí. Sin darle la menor importancia le aparté la mirada que oculté detrás de unas oscuras gafas de sol. Cerré los ojos, ladeé la cabeza, crucé los brazos por delante de mí, apoyé mi espalda en el tronco de ese incómodo pino y dormí. Soñé.

Noche de San Juan

23 de Junio

El reloj del móvil marcaba las veintitrés horas con cuarenta y cinco minutos de la noche. Aquella noche me encontraba en un mirador de madera al que suelo acudir cuando lo único que me apetece es estar solo y no hacer nada, absolutamente nada...

Me siento afortunado al poder visitar cada noche ese lugar que se acerca unos metros del cielo y se aleja unos pocos del mar... Desde allí puedes divisar toda la costa almeriense, desde Cabo de Gata, pasando por Retamar, hasta Roquetas de Mar. Sin duda es el mejor lugar que conozco cuando la única compañía que necesito es la soledad y aquella noche quiso acompañarme.



Estaba tumbado boca arriba sobre un suelo de madera tan húmeda como la noche y un olor intenso a mar. Las manos descansaban sobre mi vientre y mis dedos cruzados entre sí. Mi único entretenimiento aquella noche fue contar estrellas fugaces. Vestía con una indumentaria que me caracterizaba en los meses de verano: unos bermudas anchos con cuatro bolsillos repartidos entre los lados y el trasero, una camiseta blanca sin mangas con un dibujo en el pecho de un tipo haciendo surf, los pies... iba descalzo. Las chanclas con las que había llegado las dejé junto a un solitario banco de madera.

Aquella temperatura hacía la noche más perfecta. Apenas se dejó sentir una

tímida brisa que se asomó entre los barrotes de la barandilla del mirador. El cielo era un mantón negro con adornos de brillantes estrellas y la luna se convirtió en la reina de la noche. Como con un largo vestido negro con lentejuelas plateadas parecía estar vestida la mar. Estaba preciosa...

Es en la noche de San Juan cuando se reúnen amigos y familiares provistos de sillas de plástico, barbacoas improvisadas hechas con carros de supermercados, palés de madera con los que encender la costa a la hora programada, verdaderos equipos de música que me atrevería a afirmar que incluso con banquillo para hacer cambios, bebidas de todo tipo: las que quitan la sed y las que quitan la vergüenza, y sobre todo... Es esa noche en la que el cielo se encapota de una nube de humo gris y donde el olor inconfundible del mar pierde su protagonismo en favor de un humo cuyo olor a carne, sardinas y muy especialmente a madera quemada transforma el ambiente embriagado de un especial sentimiento de compañerismo.

La ilusión con la que un adulto vive esa noche, solo es comparable a la del niño que espera la mágica noche de reyes.

Cuenta la tradición que es a media noche cuando empieza la magia de San Juan y con ella una cadena de rituales en cuyo último eslabón se encuentran los deseos. A las doce en punto se prenden las hogueras, el fuego sirve para quemar todo lo antiguo y te libera para poder empezar una nueva etapa. Después todos corren al mar para mojarse los ojos, la cara o el cuerpo... dicen que es ella quien purifica. Para finalizar hay que saltar por encima de la hoguera y pedir un deseo, al igual que hacemos con las campanadas de noche vieja, pero esta vez de verdad. Hay lugares en donde se escribe en una hoja de papel y después se arroja a la hoguera, bien para que se cumpla o bien para que desaparezcan los problemas. Tradiciones, rituales, agua y fuego, magia... así es San Juan.

Poder vivir desde el mirador esa escena tan contradictoria, de ver todo el litoral envuelto en llamas a escasos metros del mar, me hacía sentirme un privilegiado, no solo por vivirlo sino por lo que es más difícil poder elegir con quien. La elegí a ella porque fue a la única que pude sentir cuando al mirar a mi alrededor solo veía paredes.

Miles de hogueras, la misma tradición, los mismos rituales pero todas eran distintas... Están las de las familias que pasan unas horas jugando a las cartas, dominó o al parchís, la de los nóveles que viven esa primera noche en compañía de amigos y cuyo único deseo es acabar besando a la chica de la que se enamoró hace ya algún tiempo, incluso están las de los acalorados que se pasan la noche bebiendo en un vaso con dos cubitos de hielo cualquier bebida previamente comprada en un supermercado... Así es San Juan, una de las noches más mágicas de todo el año, repleta de sueños, risas, borracheras, abrazos y algún que otro beso.

Mientras todo eso ocurría yo seguía ahí tumbado contando estrellas fugaces... El sonido del crujir de las tablas me sorprendió. Miré hacia atrás. No pude distinguirlos, pero sus siluetas parecían ser de una pareja de mediana edad. Se asomaron a

contemplar una costa envuelta en llamas donde el bullicio, no solo del griterío sino también de la música, no fue motivo para que se comiesen a besos... Se miraron, juntaron sus pies, sus cuerpos, y empezaron a bailar un precioso vals donde el mirador se convirtió en un improvisado escenario y mientras, yo bailaba un tango con mi soledad. Escuché a aquella pareja de bailarines —ajenos al mundo— decir que el amor era como una enfermedad... ¡Qué pena que no se contagie! —pensé, ajeno a ellos—. No les importó que mi presencia pudiese perturbar ese momento, el suyo, que solo rompí con un sonoro aplauso al finalizar su función... ni siquiera se inmutaron. Parecían dos jóvenes que acababan de descubrir el amor. No quise moverme por varias razones: porque llegué primero, porque ese lugar es tan íntimo como personal para mí y porque un sitio tan encantador debe ser conocido y compartido por todo el mundo.

En todo el tiempo que permanecí tumbado había contado dos estrellas fugaces, las únicas que necesitaba esa noche. No pedí ningún deseo, al menos para mí. Seguramente esa noche, entre tantas hogueras, se habrían pedido miles de deseos no para que se hiciesen realidad sino porque necesitaban que así fuese.

Había pasado poco más de un cuarto de hora de la media noche y los rituales programados me los había saltado todos, uno por uno: no encendí una hoguera, no me mojé los ojos en el mar, no salté por encima del fuego, ni tan siquiera pedí un deseo...

Pensé que la mejor forma de pasar aquella mágica noche era recordando a quienes por algún motivo y en algún lugar han significado algo en mi vida.

Giraluna en mi último sueño me hizo recordar a esa persona que ya no está conmigo ni con mi familia, pues él decidió —por algún motivo que nunca voy a llegar a entender— que era el momento de marcharse. Desde ese día hasta la fecha, nunca antes había hablado con nadie de él, de lo que significaba para mí y de lo que significa ahora que ya no está.

Me apetecía volver a ver a Giraluna, revivir aquellos entrañables recuerdos del pasado y sobre todo tenía un enorme interés en saber quién se escondía detrás de ese girasol. Nadie sabía tanto de mi vida como él, dudo que ni yo mismo lo supiese.

Cuando decidí que era el momento de abandonar aquel mirador debía ser cerca de la una de la madrugada, ni siquiera me molesté en mirar el reloj. Me puse en pie, me estiré, crujieron mis huesos, busqué en la penumbra las chanclas que debían estar junto a uno de los bancos, las encontré, me las puse y me recreé contemplando la costa. Instantes después busqué con la mirada a la pareja de bailarines. Seguían abrazados, bailaban, se comían a besos... ajenos al mundo, inmersos en el suyo. Al marcharme pasé por su lado, les miré con disimulo y les sonreí. Apenas pude distinguir sus rostros entre tanta oscuridad. En aquel mirador las únicas luces que había eran la de luna, las estrellas y la del fuego de las hogueras. Era un lugar reservado para enamorarse, para jurarse amor eterno o incluso para una formal declaración de amor. No conozco otra mejor que aquella que nunca me atreví a decir:

«Déjame hacerte feliz».

Les deseé «buenas noches» aunque no recibí contestación por parte de ellos. No la necesité, a veces las sensaciones hablan más claro que las palabras y todo me hacía sentir que sería inolvidable para ellos.

Así es San Juan, cada uno hace de esa noche su mejor versión. Por mi parte procuro componer una nueva melodía y esta canción quería tocarla con Giraluna. Suponía que en una noche como esta no iba a poder faltar a su cita con la luna.

Me alejé del mirador, de los bailarines, del calor de las hogueras, del mar, de la magia de San Juan para perderme en un oscuro descampado arenoso repleto de enormes Pitas. Desconozco un lugar en el mundo donde existan más Pitas por metro cuadrado que en el Parque Natural de Cabo de Gata, o quizás sea que me falte mucho mundo por conocer...

Caminar en chanclas por un terreno tan irregular no presumía ser nada fácil. A pesar de la oscuridad, los tropiezos y del calzado semidesnudo estuve vagando sin saber muy bien el camino que debía tomar que me llevase al campo de girasoles. Hora y media después, todo me hacía creer que no debía andar muy lejos de mi destino, la carretera que había próxima al descampado era bien conocida por mí y escogí continuar por ese camino asfaltado. Necesitaba encontrar mis propias huellas para poder reencontrarme esa noche con Giraluna. Fueron unos pocos kilómetros más los que anduve, por el arcén del carril donde veía venir los coches de frente, hasta llegar a la plantación de girasoles.

Una vez allí, desde la distancia, vi cómo mi Giraluna no había faltado a su cita nocturna. No puedo negar que conforme iban pasando las semanas y los meses mi admiración por él iba en aumento, por su constancia, su persistencia y por la ilusión con la que vivía su sueño, aunque no lo compartiese debía respetarlo, al fin y al cabo era el suyo. Cuando me encontraba a unos pocos metros de Giraluna le pregunté:

—Buenas noches amigo, parece que hoy el brillo de la luna es más especial que cualquier otra noche ¿verdad?

Sin apartar la mirada al cielo respondió:

—Buenas noches, amigo. Nada más especial que cualquier otra noche. Que para ti lo sea, lo entiendo, pero no tiene por qué serlo para el resto de las mortales.

Continuó:

—¿Qué te trae por aquí? ¿Por qué no estás con tus amigos celebrando esta noche como se merece?

Resoplé antes de contestar:

—Estuve en un mirador de madera que hay cerca de la playa...

—Lo conozco. —Me interrumpió.

Lo miré, hice un gesto de negación con la cabeza al mismo tiempo que sonreía. Era como si viese reflejado en la luna todos mis movimientos. No quise darle más relevancia y continué:

—Me apetecía estar solo. Ni siquiera llamé a nadie, ni me preocupé por saber que

estaban haciendo. Me tumbé en el suelo, me puse a contar estrellas fugaces, llegó una pareja de bailarines, se comieron a besos y después me acordé de ti. Me preguntaba qué estarías haciendo en una noche como esta. Quería verte, saludarte y conversar contigo. La última vez llegamos a un acuerdo. He venido para decirte que quiero que me ayudes a conocer mis sueños aunque no puedo negarte que me inquieta más saber quién eres que descubrir mis sueños.

Giraluna después de una sonora carcajada prosiguió.

—Es cierto, llegamos a ese acuerdo, pero en el orden que yo te diga. Primero tendrás que preocuparte por conocer cuál es tu sueño antes de saber quien soy. No pierdas ni un segundo más de tu vida en saber quién soy y dedica todo tu tiempo en saber cuál es tu sueño ¿te ha quedado claro?

Asentí con la cabeza y posteriormente le contesté:

—De acuerdo, te haré caso. Si alguna noche me pongo plasta preguntándote quien eres no te molestes conmigo, para mí la paciencia nunca fue la madre de las ciencias. ¿Quieres que continuemos hablando por donde nos quedamos la última vez que nos vimos?

—No, sin antes acomodarte. Me da que será una noche muy larga. Siéntate o tumbate a mi lado, lo que prefieras, pero no te quedes ahí de pie. ¡Venga chico muévete!

—¡Voy!, ¡voy! —Exclamé mientras me dejaba caer a su lado.

—¿Recuerdas cuándo aprendiste a montar en bicicleta? —Preguntó.

—Mmm... no lo recuerdo muy bien. El único recuerdo que tengo es el de un pequeño accidente al caerme con ella e hincarme unos pinchos de palmera en la ceja...

—¡Ja! ¡Ja! Yo también lo recuerdo ¿dónde ibas tan rápido? No tenía muy claro si tenía que responder a esa pregunta. Me limité a elevar los hombros y apretar los labios.

—¿Por qué empezaste con cuatro ruedas, luego con tres y finalmente con dos?

Giraluna comenzó con un interrogatorio que no sabía muy bien a dónde quería llegar y lo peor de todo es que no sabía muy bien qué responderle. Tras varios segundos en silencio me pronuncié intentando ser razonable:

—¿Acaso hay otra forma de aprender? Si hubiese empezado de inicio con dos ruedas hubiese pasado más tiempo por el suelo y en hospitales que disfrutando del paseo.

—¡Exacto!, esa es la respuesta que esperaba oír. La vida no es más que un paseo en bicicleta, necesitamos estar preparados para ir cogiendo velocidad poco a poco. Si quieres empezar a vivir con dos ruedas debes valorar las consecuencias que te pueden llegar a causar antes de hacerlo, como accidentes, caídas, frustración... hacerlo después es tiempo perdido.

Necesité unos segundos para analizar ese paseo en bicicleta que guardaba un mensaje. Preferí no perder tiempo y lancé una pregunta directa al grano:

—¿Qué me quieres hacer entender? ¿Serías capaz de explicármelo de otra forma más clara?

Giraluna afirmó:

—Por supuesto que puedo. Vamos a volver de nuevo a tu pasado, creo que así lo entenderás.

—¡Vayamos al pasado! —dije haciendo un gesto con el brazo imitando a Joaquín Prats cuando decía al mismo tiempo en un programa de entretenimiento: «A jugar...».

—¡Eres un payaso!, ¡ja!, ¡ja!... Corría el mes de septiembre y esperabais sentados en unos de los bancos del instituto que pegaran en la puerta de la entrada las notas de los exámenes de selectividad Allí estabais los cinco magníficos (Raúl, Toni, Jesús, Paulino y tú) que tantos quebraderos de cabeza disteis a los profesores de química y de lengua ¿te sitúas?

—Sí, pero...

Me interrumpió:

—¿Recuerdas lo que ocurrió justo después de ver las notas? Tragué saliva, pero no fui capaz de responder.

—Nada más salir las notas salisteis corriendo chocando contra el cristal. Buscasteis vuestros nombres, mirasteis la nota y liberasteis toda la tensión contenida saltando de alegría, dándoos efusivos abrazos y gritando a los cuatro vientos que estabais aprobados... Después regresaste cabizbajo al banco desde donde esperabas que una nota, un número, cambiara tu vida...

No pude frenarla, aquella lágrima corrió casi tan rápido como lo hacía yo en mi bicicleta. La emoción de recordar aquellos momentos que fui capaz de ver y oler me dejó sin palabras...

No podía creer que Giraluna me estuviese contando eso. Aquella mañana, nadie, absolutamente nadie salvo los que nos encontrábamos en la puerta del instituto saben qué fue lo que pasó. Aun así tras varios segundos para recuperarme le contesté:

—Sí lo recuerdo. Fue un coctel de emociones desconocidas para mí. Mezclar tristeza y alegría de un solo trago acabó derrumbándome... ¿podemos dejarlo aquí?

—No me apetecía recordar ese momento.

Giraluna aún tenía cosas que decir. Continuó:

—Aún no hemos acabado. ¿Me puedes explicar qué camino decidiste tomar y por qué elegiste ese?

Me tomé un tiempo para coger aire antes de responder.

—Trataré de explicártelo, de la forma más breve posible, aunque no me resulte nada fácil. Decidí, quizás erróneamente, que debía marcharme a otra ciudad donde poder labrar un buen futuro aunque para ello tuviese que dejar a las personas que más quería lejos de mí.

Giraluna preguntó extrañado de mi respuesta:

—¿Erróneamente?, ¿por qué dices eso?

Me incorporé, estar tumbado de piernas y brazos cruzados dejó de ser cómodo. Empecé a andar sin sentido, con las manos metidas en los bolsillos, sin alejarme de Giraluna mientras le contaba:

—Ahora que el tiempo ha pasado puedo decirlo con conocimiento de causa. Creo que tal como tú me has querido explicar o yo he querido entender, antes de dar un paso debemos saber dónde queremos ir, valorar las consecuencias que esos pasos tendrán en nuestra vida y no hice ni lo uno ni lo otro... Tomé un *ferry*, atravesé el mediterráneo por la parte ancha del estrecho, hasta llegar a un puerto donde me esperaba un futuro, el mío, el que tenía que construir con apenas más herramientas que una maleta llena de temores, tristeza, añoranza, miles de consejos y un sinfín de recuerdos. Esos que me hacían ser menos débil y sobre todo recordaban que tenía muchos motivos para volver.

—¿Quieres que lo dejemos aquí?

Lo oí pero no le quise escuchar. Continué contándole algo que posiblemente ya sabía.

—Los comienzos de una nueva etapa nunca fueron fáciles y el mío no iba a ser una excepción. Los primeros meses en la facultad de ciencias no fueron duros, fueron peores. Llegar con el curso empezado, sin conocer a nadie o con los grupos de amigos formalizados, hizo que la adaptación a esa etapa fuese mucho más lenta que mis pedaladas. El ritmo de estudio de la facultad, examinarse de dieciocho asignaturas (a cuál de ella más fea), asistir a clase y no enterarse de nada... iban muy por delante de mí. A pesar de ello iba sacándome poco a poco las asignaturas, unas con más dificultad que otras. Cuando se aproximaban las fechas de los exámenes volvían los cócteles de sentimientos. Por una parte tenía ganas de comenzar, pues cuanto más pronto empezase, antes acabaría y posteriormente partiría de viaje rumbo a mi hogar. Por otro lado, el agobio de pensar que me faltaban horas de estudio para poder prepararme tantas asignaturas me frustraba, perdías más tiempo en contar horas que en estudiar. Lo que hice fue imprimir un calendario de Outlook con los doce meses del año en apaisado. Apuntaba cada día cuántos temas tenía que estudiarme hasta llegar a la fecha del examen, sin olvidar dejar una semana libre que la dedicaba a repasar todo lo estudiado... Al final siempre acababa llegando a la misma conclusión: me faltaban meses o me sobraban asignaturas. Era entonces cuando recurría a una técnica que llamábamos «Proceso de descartes» que decía algo así: «Si quieres aprobar alguna asignatura, tienes que ir descartando aquellas que no te va a dar tiempo a estudiar, dedicarle los meses de julio y de agosto para aprobarlas en septiembre». Al final te pasabas todo el año estudiando.

—¿Por qué no te sientas un poco? Me estás poniendo nervioso con tantas vueltas...

Sonreí al escuchar decir eso. Ni siquiera había apartado un solo segundo la mirada a la luna pero... ¡Buah! Es igual. Me senté a su lado y continué:

—Recuerdo aquellas navidades que volví a casa para pasarlas en familia y la que

era, por aquel entonces, mi novia. Tan solo nos separaban el Mar Mediterráneo y ocho horas de viaje encerrado en un barco, donde lo que más desagradable era el olor a petróleo, las noches de tormenta, los mareos y, como consecuencia, los vómitos. Pero esas no eran las únicas sensaciones que se experimentaban durante la travesía. También me alegraba saber que pronto estaría de vuelta a casa, en la ciudad que me vio nacer. Después de esperar una serpenteante cola de pasajeros, donde me quedaba mirando sus rostros cansados, tristes y algunos felices, de pasar por el arco de seguridad, de meter las maletas en aquel túnel de metal donde un guardia observa tu intimidad tras una pantalla y donde nunca se dieron cuenta que iba cargado de fardos, pero de felicidad... después de todo eso subía al barco, buscaba siempre en proa el patio de butacas, elegía un asiento donde no tuviese a nadie cerca, me abrazaba a la maleta que a veces la usaba de almohada y, sin moverme de él, esperaba tranquilo que zarpara. Pasadas unas horas era cuando más disfrutaba del viaje, de la oscuridad de la noche, de la amplitud del Mar Mediterráneo, de respirar aire fresco y con olor salino propio a mar, de un cielo pintado con miles de estrellas y cuál de ellas más brillante...

Aquellas travesías nocturnas se hacían muy largas. A veces tomaba una libreta, un bolígrafo y pasaba el viaje escribiendo canciones, poemas o cosas sin emoción. Así eran aquellos viajes por el Mar de Alborán. Cuando el día aún no se había levantado empezabas a ver los primeros pesqueros faenando y saludándote a tu paso. Se empezaban a divisar a lo lejos unas tímidas luces amarillentas a los pies de las montañas. Aquello era el inicio de todo un continente: África. Con ello era cuando la velocidad del barco disminuía considerablemente. Algunas veces pienso que era para que viésemos el amanecer, otras me producía dos sentimientos opuestos: por un lado me enfadaba al ver que podíamos estar en tierra hace horas, y por otro lado alegría, pues esa disminución de la velocidad significaba que estábamos próximos a atracar...

Cuando el reloj estaba próximo a marcar la hora del bizcocho, la sirena del barco empezaba a dar los buenos días con la entrada al puerto. Allí estábamos todos los pasajeros asomados a la cubierta, alzando los brazos, saludando a todas las personas que había en el muelle haciendo lo mismo y mientras tanto intentabas encontrar a los tuyos... Al final los encuentra y es entonces cuando te invade la emoción y dices: «mereció la pena».

—Me vas a hacer llorar —interrumpió Giraluna—. ¿Sabes? Me encanta oírte hablar así de aquellos momentos. Me consta que estaban cargados de emoción...

Continué:

—Sin lugar a dudas... Mi ciudad natal, Melilla, tiene un encanto propio. Conozco a pocas personas que se hayan tenido que marchar de allí sin lágrimas en los ojos, desde el militar que destinaron a hacer la mili, hasta el estudiante que inició su carrera universitaria, sin olvidar los que nacieron allí y tuvieron que partir.

—¡Cuánta razón tienes, amigo! Es una ciudad de la que te acabas enamorando casi sin querer... ¿Recuerdas qué ocurrió esas mismas navidades?

Me giré hacia él, frunciendo el ceño:

—¿Esas navidades?, ¿qué ocurrió?

—¿No lo recuerdas? —Insistió con la misma pregunta.

—Pues no, ahora mismo no recuerdo qué fue lo que pasó. Me acabas de dejar en fuera de juego...

—¿Quieres que te lo recuerde?

Pedir permiso para contar algo es como decir que te voy a hacer daño, pero no tengo la culpa.

Tardé varios segundos antes de decidir. Luego afirmé con dudas en la cabeza.

Continuó:

—Aquella navidad no la ibas a recordar precisamente por ser inolvidable, ni por ser las mejores...

—¡Lo sabía! —La expresión de mi cara cambió radicalmente nada más oír esas primeras palabras.

—Tranquilo, déjame continuar... —Intentaba relajarme usando un tono pausado.

Respiré profundamente, una, dos... así hasta en cinco ocasiones. Después pregunté:

—¿Qué pasó? Me estás asustando.

—Tranquilo —volvió a usar la misma palabra—, no te asustes ni te adelantes a los acontecimientos. No es nada dramático lo que ocurrió. Déjame continuar y si no te gusta lo que te cuente lo dejamos.

—Está bien. Continúa entonces... —dije algo más convencido.

—Era Navidad, celebrabais la nochevieja en casa. Mientras cenabais en la mesa grande del salón todo un manjar propio de esas noches, veíais en la televisión un programa de humor que emitían justo antes de la medianoche. Una cena donde no podía faltar la sopa de marisco, un redondo de ternera, jamón serrano cortado a cuchillo, vino, cerveza y macedonia de fruta para endulzar el fin de año. Lo más curioso y llamativo de aquella cena fue que sobre la mesa solo había una copa con doce uvas para cinco comensales justo enfrente de tu madre ¿por qué solo ella tomaría las uvas al son de las campanadas?, ¿acaso los demás no teníais deseos que pedir?, o ¿quizás fuese que tampoco supiesen cuales son sus sueños...?

—¡No me toques las narices! —dije en un tono ofensivo—. No te metas en un terreno que no te corresponde. No vayas de listo y menos cuando se trata de mi familia ¿lo has entendido?

—Lo siento, te pido mis disculpas. No debí haber hecho ese comentario. De verdad que lo siento.

—Vamos a dejarlo aquí. No quiero seguir con esto. Me volví a levantar, sacudí mis pantalones y justo antes de marcharme le dije:

—Quedas disculpado. Que pases una buena noche. Cuídate...

—Lo siento amigo, no debí haber hecho ese comentario. No volveré a hacer ninguna valoración personal. Es una pena que te marches, aún queda mucha noche

por delante y esas navidades fueron especiales para dejar de recordarla...

Agaché la mirada con los brazos a la defensiva, me sacudí la frente y después de iniciar una discusión con mi conciencia, no me quedó más remedio que darle la razón y dejar que Giraluna siguiese contándome esa historia. Me acomodé y escuché atento...

—Mientras cenabais, tu padre hizo un comentario que sentó como un terremoto: «posiblemente sean estas las últimas navidades que pasemos juntos». Justo después saltaron todas las alarmas, dejasteis de comer, se paró el tiempo y quedasteis unos segundos paralizados esperando el desenlace de esa frase...

Fue tu madre quien se encargó de quebrar esa tensión generada quitando hierro al asunto: «¿Por qué dices eso? No digas tonterías, anda sigamos cenando. Tu padre continúa: No penséis nada malo, tan solo lo digo porque los niños crecen y tienen que volar alto e ir haciendo su vida, su camino, tendrán sus familias a las que cuidar y dedicar su tiempo... Y nosotros estaremos siempre aquí para lo que necesiten...».

Sonreí, solo sonreí.

—¿Recuerdas ahora esas navidades?

—Cómo olvidarme de ella. Continúa por favor.

—Una vez pasado el terremoto, sin daños materiales ni personales, la cena continuó su curso natural. Fue en ese momento cuando abriste un debate sobre lo que significan las navidades para ti. Te parecía penoso que las familias se reuniesen dos veces al año en las fechas que exige un calendario pintadas de rojo. Eran dos noches con nombres muy dispares: buena y vieja. ¿Por qué solo en esas fechas se cenaban cosas que no habías probado el resto del año? ¿Por qué utilizar una cubertería especial exclusivamente para esas cenas? ¿Qué ocurriría si hiciésemos todo al contrario...? Seguramente nada, solo que disfrutaríamos más de los otros días del año en lugar de dos... Te parecía absurdo ver a tu madre durante toda la mañana, continuando por la tarde y apurando los últimos detalles hasta minutos antes de sentarnos a cenar, preparar una cena especial cuando para ti lo más especial era estar con ellos.

—Tienes toda la razón. En más de una ocasión le decía: «las próximas navidades de cena patatas con huevo». Ella sonreía, yo lo decía de verdad.

—Entonces recordarás aquellas navidades que pasasteis en Madrid y os sorprendió una nevada.

—Mmm... ¿te refieres a una nochevieja que fuimos a cenar a un McDonald's?

—¡Exacto! A esa me refiero.

—Fueron unas navidades entrañables. Me resulta tan extraño que sepas todas estas cosas... te mentiría si no se me ha pasado por la cabeza preguntarte otra vez ¿quién eres? Pero te prometí que no lo haría, así que no lo haré.

—Gracias, amigo. Los momentos especiales lo hacen las personas y el entorno solo ocupa su lugar. Deberíamos celebrar más nochebuenas un trece de enero, un veintiocho de diciembre o un trece de marzo porque sean fechas especiales para

nosotros y no para el calendario.

—Tienes toda la razón, pero hay algo que no termino de entender de todo esto. ¿Por qué me has querido recordar esas navidades? No creo que aquel comentario de mi padre haya que darle mayor importancia, fue normal e inofensivo desde mi parecer.

—El comentario no fue lo importante de aquellas navidades, sino lo que ocurrió días después...

Tarjetas de embarque

Cuando abrí los ojos no sabía muy bien donde estaba. Solo recuerdo que me tumbé bajo un pino, eché una cabezadita, y posiblemente en algún momento del sueño dejé de cubrirme el Sol. Babeé. Tenía la boca seca, el cuerpo sudado y la piel quemada. Sus tonos rojizos ofendían a la vista tanto como el roce de la ropa con la piel. Me froté los ojos, tomé aire, me estiré... sabía que acababa de surfear una ola pero no de las que te dan vida sino de las que la quitan, olas de calor. Segundos después recordé todo. Allí ya no quedaba nadie al borde del precipicio, ni la joven monitora, ni saltadores, ni montañistas, ni siquiera aquel muchacho que me cedió su turno y tampoco se atrevió a saltar.

De pronto escuché una voz justo al otro lado del pino.

—Menuda siesta te has echado amigo.

Giré el cuerpo, la cabeza, me sonaba esa voz. Era el chico que tampoco se atrevió a saltar. Se escondía bajo un sombrero de paja, llevaba unas botas de montaña, unos bermudas y una camiseta gris sin mangas. Me puse de pie, me acerqué a él, estiré mi brazo derecho, luego mi mano y dije:

—¡Hola! Me llamo Daniel.

—¡Hola, Daniel! Yo me llamo Albert ¿lo recuerdas?

—Mmmm... perdóname Albert, sé que me lo dijiste antes... pero es que soy muy malo para los nombres. Ya no se me vuelve a olvidar —me sonrojé y sonreí.

—Antes no te lo dije, pensé que te acordarías...

—¿Acordarme de qué? ¿Nos conocemos? —Me estaba empezando a meter en un laberinto y no sabía como iba a salir de él.

—Hace ya muchos años que... bueno es igual.

Me aferré a ese «bueno es igual» como una salida de emergencia.

—Bueno sí, es igual. Ya sabes como soy... siempre tan despistado ¿verdad?

—Pues no, no eres despistado pero insisto... es igual.

Se puso en pie, desenganchó de su bermuda una cantimplora con agua y me ofreció beber:

—Toma, bebe un poco de agua te vendrá bien hidratarte un poco. Está fresca. A ver si con ella refrescas también la memoria. Ese trago de agua me dio la vida. Mientras bebía intenté recordarlo... fue imposible. No quise insistir y le hice caso, daba igual. Intenté disimuladamente desviar el rumbo de la conversación:

—¿Cómo es que no has saltado, Albert? —Pregunté mientras cerraba el tapón de la cantimplora.

—¿Y tú? ¿Por qué no lo has hecho?

Me clavó sus ojos, que apenas pude distinguir bajo el sombrero, en los míos. Me intimidó.

—Pues porque me da miedo la altura. Pensé que una vez llegado hasta aquí sería capaz de hacerlo pero ya has visto que hay miedos que no desaparecen... ¿tú también sufres ese miedo?

—No, no tengo miedo —contestó seguro de su respuesta.

—¿Entonces? ¿Por qué no has saltado? —Insistí.

—Ya lo hice una vez...

—¡Genial! ¿Y qué tal fue la experiencia?

—No debería haber saltado —respondió agachando la mirada.

—¿Por qué dices eso? ¿Tan mala fue?

—No debería haber saltado —dijo esta vez al suelo y en voz baja.

—Pero ¿por qué?

—...

No respondió, tan solo vi un sombrero negar de un lado para otro y decidí dar por zanjada la conversación.

—Bueno... Es igual.

—Tengo que marcharme, Daniel. Me quedan unos kilómetros por hacer. Te deseo un buen viaje. Ha sido un placer volver a saludarte, cuídate amigo.

Se dio media vuelta, sin tan siquiera apretarme la mano, ni mirarme a la cara y desapareció entre la arboleda... Me quedé observando como se alejaba e intentaba recordar de qué lo conocía. Luego pensé que ya daba igual.

De pequeño nos educan repitiéndonos una y otra vez que no debemos hablar con desconocidos y de mayor aprendes que es la única forma de conocer gente.

Aún me quedaba por hacer el camino de vuelta. Podía atajar saltando desde los doce metros. Me acerqué al precipicio, cerré los ojos, respiré profundamente, recordé uno a uno los pasos previos al salto y solo fui capaz de quedarme en el punto uno: «Si tenéis dudas o miedo, no saltáis». Así que di media vuelta y volví por el mismo sendero por donde llegué. Mientras caminaba hacia el hostel fui recordando el sueño que había tenido. Traté de buscar entre mis recuerdos qué fue lo que pasó a los pocos días después de esa nochevieja para que Giraluna la mencionara. Fui incapaz de recordarlo.

Una vez en el restaurante, subí a la habitación y me di una ducha con agua caliente, esta vez controlando todos los chorros. Con la toalla atada a mi cintura me senté en la cama y me quedé mirando fijamente el cuadro de los girasoles. Dedicué diez minutos a observar detenidamente cada pincelada del mismo. Traté de encontrar en esos trazos la respuesta a todos los sueños que estaba teniendo. Dudaba entre cuánto tenían de ficción y de realidad. Desistí, era absurdo.

Recogí la ropa, el neceser y saqué la maleta amarilla que estaba bajo la cama. Abrí la cremallera superior y vi que en uno de los bolsillos de su interior había varias

tarjetas de embarque, algunos resguardos de billete de avión y un par de auriculares (en su caja original), de esos que te dan cuando viajas en tren... Eran viajes del pasado, billetes caducados. Los cogí, los ojeé uno por uno, las fechas, los destinos y casi sin darme cuenta vino a la memoria los motivos por los que realicé esos viajes... La mayoría de las tarjetas de embarque me producían nostalgia, eran con destino a Melilla, para visitar a la familia y sobre todo para llenar de fuerzas el corazón. Encontré un billete con destino Tenerife. Ese viaje fue para visitar a mi amigo Mario (otro PTLV) y a su inseparable mujer, siempre estuvo enamorado de ella, de su tabla de surf. Visitamos algunas playas, surfeamos en algunas y sobre todo hicimos que fuese un viaje de aquellos que decimos ¡Hay que repetirlo!

Las cajas de los auriculares las recuerdo con especial cariño, una caja para la ida junto a Jaime, José del Águila y Francis... y la otra para la vuelta (aunque la hiciese solo). El motivo de aquel viaje fue intentar levantar el ánimo de José. Había roto con su pareja, o mejor dicho al revés, después de compartir casi diez años. No levantaba cabeza, estaba inmerso en un mar de tristeza. Una mañana de febrero tocamos el portero de su casa, nos abrió y le dijimos que preparase rápidamente una maleta con pocas cosas, para un par de días. Nos marchábamos a Granada y perdíamos el tren. No había tiempo para explicaciones, se las daríamos por el camino. Nos costó convencerle. Nuestro equipaje no iba más lejos que una mochila, unos timbales africanos y una guitarra española. Pasamos todo el viaje cantando, riéndonos y recordando otros tiempos, viejas hazañas... Recuerdo que en el asiento de enfrente había una señora de mediana edad que no paraba de reírse, al principio con disimulo tapándose la boca, girando la cabeza a otro lado... luego a carcajadas mostrando una perfecta dentadura y sujetándose la barriga mientras se «partía» de risa. La mujer se mostró muy simpática, tanto que en el último tramo del viaje empezó a hablarnos de su pueblo natal, que tuvo que abandonar aunque no quiso contarnos más, tan solo vimos como se emocionó al contarnos que el motivo de volver a su pueblo era ver a sus hijas. Las carcajadas, las bromas y las risas cambiaron de vagón en ese mismo momento. Empezó a hablarnos de ellas, de cuánto las echaba de menos, nos enseñó fotografías y al verlas nos miramos los cuatro y le dijimos, intentando borrar esa expresión de tristeza, que a nosotros también nos gustaría verlas y que no nos importaba cambiar el destino... Conseguimos arrancarle una sonrisa mientras dejaba caer alguna lágrima...

La siguiente parada era la suya. Nos despedimos con dos besos, un abrazo y diciéndole que no se olvidara de decirle a sus hijas que tienen una madre maravillosa.

Aquella señora ya no borró su sonrisa. Conforme el tren se alejaba de la estación empezó a lanzarnos besos de esos que, a pesar de no habernos tocado la piel, aún soy capaz de sentirlos... Recuerdo con mucho cariño aquel viaje. Pasó de todo y cuando digo todo me refiero, todo. Me saltaré los detalles del fin de semana... El domingo acabamos en una plaza de Granada tirados alrededor de un banco, tocando la guitarra, cantando como buenamente sabíamos y con una gorrilla delante de nosotros deseando

que se llenase de monedas para poder regresar a casa. Gestionamos muy mal el dinero del fin de semana o quizás fueron las copas. Al final conseguimos juntar dinero para volver.

Ellos regresaron en el último tren, yo preferí quedarme una o dos noche más...

Tener todos aquellos billetes en una maleta era una bonita forma de llevar siempre contigo los recuerdos.

Recogí la habitación, llené la maleta, salí y justo antes de cerrar la puerta, entré de nuevo, me puse frente al cuadro de los girasoles y dije señalándole con el índice:

—Tú tampoco te vas a librar de mí.

Di media vuelta, cerré la puerta y marché de aquel bonito lugar.

Te echo de menos

Habían pasado unos días desde que regresé de Arroyo Frío. Aquella mañana de sábado la dediqué íntegramente a ordenar la casa y más concretamente el garaje que hacía tiempo que me olvidé de él. Abrí las puertas del coche, puse la música alta y cuando miré a mi alrededor no sabía por dónde empezar. Las herramientas estaban fuera de su caja, las tablas de surf no descansaban en su estantería y otras cosas que prefiero no recordar... ni siquiera aquella triste bombilla que colgaba del techo fundida tuve tiempo de cambiarla.

Fueron muchas horas de limpieza, de fregar, de mancharme para finalmente poder mirar el hogar del coche sin sentir vergüenza de tal desorden.

En los días anteriores de mi regreso del viaje solo tuve tiempo a darle vueltas a mi cabeza, tratando de recordar que ocurrió aquellas navidades... Aún no encontré una respuesta.

Estábamos a finales de agosto, uno de los meses más calurosos de todo el año. La ciudad celebraba sus fiestas patronales en honor a la Virgen del Mar y con ella se despedía de un verano al que aún le faltaba muchos días de Sol, de chapuzones y de noches en vela. Los pueblos costeros empezaban a notar la ausencia de los veraneantes, los chiringuitos reducían sus plantillas al igual que sus clientes, los empresarios hacían balance de una campaña que estaba a punto de llegar a su fin y en las playas solo quedaban los recuerdos de las últimas noches de moragas, de historias de amor y de besos robados...

La capital volvía a recuperar el tráfico en las horas punta, y en los rostros de los ciudadanos se reflejaba que la rutina regresó a sus vidas para quedarse con ellos durante los siguientes once meses.

A pesar de vestirse la ciudad de lunares y volantes, de salir la música a la calle sin límite de decibelios, de encontrarte improvisadas barras de chapa por allá donde caminaba y de toparme con miles de personas bailando o intentándolo... me alejé de todo el tumulto.

Nunca me gustaron las aglomeraciones, ni los empujones, ni tomar una copa donde lo más claro que puedes llegar a escuchar es «Disculpa» justo después de un pisotón, empujón o haberte derramado parte de su copa sobre ti... Así que poco a poco me fui alejando de la fiesta hasta que dejé de oír música. Doblé por una bocacalle donde había una señal que indicaba que no había salida. Fue allí donde aparqué mi coche, porque esa señal vertical tan solo era una mentira. Subí al coche,

encendí el radio-cd, me puse el cinturón y salí por el mismo sitio por donde había entrado. Fue fácil encontrar la salida y mucho más el destino.

Después de veinte aburridos minutos conduciendo por la autovía, decidí tomar la primera salida que encontré y continué por una carretera nacional. Todo un lujo cuando no te acompañan las prisas. A partir de ese momento todo comenzó a ser más entretenido... un carril para cada sentido con los peligros de adelantamientos que ello supone, los radares fijos que ya casi formaban parte del paisaje del litoral, los animales que se tiraban al asfalto sin a penas darte tiempo para esquivarlos, y las ventanas totalmente bajadas mientras cantaba canciones guarras de los amigos de Pereza. Nada había cambiado respecto a otros viajes por esa misma carretera, quizá lo único distinto fue que al mirar por el retrovisor todos los coches se alejaban y al hacerlo de frente se acercaban.

Minutos más tarde me encontraba en pleno corazón del Parque Natural de Cabo de Gata. En él, dependiendo de la época del año, se pueden divisar cientos de especies de aves, ya que es una escala obligatoria en su ruta hacia África. Esa tarde-noche la charca que había a escasos cincuenta metros de la carretera estaba plagada de flamencos. Continué la carretera, dejé a la espalda la iglesia, el pueblo pesquero llamado La Almadraba de Monteleva, hasta que me dispuse a subir una estrecha carretera de curvas muy cerradas en donde solo cabe un coche, de barrancos vertiginosos y también de unas vistas inolvidables, de esas que te paras, te bajas, te haces unas fotos y lo compartes en Facebook con tus amigos.

Una vez llegado a los pies del faro, me quedé sentado en unos escalones de piedra poco ergonómicos pero disfrutando de lo que la naturaleza me ofrecía en privado, solo para mí. Esperé para ver como el cielo cambiaba de color, como se sumergía el Sol por el horizonte y como minutos después la noche empezaba a amanecer...

La luna ocupó su lugar, mientras yo seguía allí sentado. Instantes después me asomé, por la barandilla donde colgaban los candados, y contemplé el Arrecife de las Sirenas iluminado tan solo por el brillo de la luna y la luz giratoria del faro. Cuando me fui a dar cuenta la noche se me había echado encima. Me metí en el coche y emprendí el camino de regreso. No me apetecía ir a casa, tampoco quería ir a la feria, no sabía que quería hacer en ese momento. Después de haber dejado atrás el faro, la Almadraba y la Iglesia, paré el coche en el arcén derecho de la carretera. Me bajé, estaba todo demasiado oscuro. Me adentré en un camino de tierra que llevaba a una caseta de madera sin cristales en las ventanas, desde donde se podían observar los Lagos de las Salinas, apenas tardé un minuto en llegar. Allí me quedé sentado en la penumbra, contemplando el paisaje, pensativo y me di cuenta que lo único que quería era regresar al campo de girasoles. Echaba de menos a Giraluna. Volví al coche, conduje veinticinco minutos con la música no muy alta y mi voz acoplando. Cuando llegué a la plantación todo seguía igual que la última vez, las otras solo fueron ensoñaciones. Aquellos enormes girasoles descansaban y a lo lejos mi amigo Giraluna firme clavando su mirada en el brillo lunar.

Me acerqué a él como en anteriores ocasiones, con respeto, admiración y sin alboroto, como el que llega a un sitio y nadie advierte de su presencia. Me quedé en pie a su lado, casi medíamos lo mismo, para hacerle compañía... ¡qué diablos!, en verdad fue para sentirme acompañado. Imité su postura, firme y erguido. Intenté mirar la luna desde su punto de vista, dejando de mirar lo que mostraba e intentando encontrar lo que ocultaba... dediqué varios minutos a contemplar, pero mi cabeza se distraía tratando de ordenar preguntas sin respuestas. Fui incapaz de hallar una explicación. Los sueños, solo son eso, y quedaban bastante lejos de mi realidad... Arrojé la toalla de la voluntad. Desistí.

Me alejé unos metros de Giraluna. Divagué sin rumbo, me perdí en mis pensamientos... Habían pasado algunos meses desde que me sorprendió aquella noche de tormenta y todo seguía igual que antes. Dudaba entre dedicar más tiempo a Giraluna o dejar de perderlo...

Cuando me encontré, volví a su lado, me senté y me sorprendió ver un detalle que no había visto minutos antes. Separé sus hojas y encontré un sobre escondido entre ellas.

—¡Otra vez el mismo sobre de siempre! La sorpresa pronto se convirtió en decepción.

Todo se repetía, el mismo paisaje, el mismo girasol y el mismo sobre verde que ni siquiera me molesté en abrir. En los últimos meses mi vida pasó a convertirse en un bucle, en una misma rutina... Dejé el sobre a mis pies, ni siquiera me molesté en abrirlo, para romper con la rutina, para no caer en ella.

A veces, como en el amor, la magia desaparece sin poder hacer nada para impedirlo. Aquella mágica noche de San Juan estaba empezando a llegar a su fin. Conté dos estrellas fugaces. La pasé con quien quise, primero con la soledad y luego con Giraluna. Quizás le faltó algo, no sabría decir qué, pero no fue suficiente para que aquella noche fuese especial y me marché. Cogí el sobre del suelo, lo miré, golpeé un par de veces mi mano contra él, clavé la mirada en la luna y volví a perderme en mis pensamientos.

Me vi sentado en el coche, había lanzado el sobre en el asiento del acompañante y la nota voló de su interior. Quedó boca abajo en la alfombrilla del copiloto. Busqué en la guantera, un cd que me apetecía escuchar. Tenía escrito con un marcador negro «Canciones de mi vida»... lo puse, cerré los ojos, volé con la luz de la voz de Casal, viajando en su canción «pero te dejé marchar...» al abrirlos clavé la mirada en aquella nota mientras los recuerdos seguían en forma de canciones. Estiré el brazo, flexioné el tronco, la alcancé con dos dedos y al girarla me reencontré.

Estaba de pie, junto a Giraluna, con la nota en mi mano. Dudaba entre darle la vuelta o leerla. Al final decidí ser valiente.

—Te echo de menos.

Cuatro palabras que leí varias veces. Palabras que duelen, para quien la escribe, para quien lo lee y para quien abraza. Aquella chica debió estar atravesando un mal

momento... Supe desde la primera la primera «T» que quien lo escribió era una mujer. Ese tipo de letra tan legible, alineada y de trazos curvos es inconfundible. Además un hombre nunca utilizaría un bolígrafo de gel morado.

Aquella carta única similitud que tenía con las anteriores era que carecía de remitente y de destinatario. Tampoco estaba firmada.

La noche acababa de dar un giro inesperado, empezó a ser especial. No dejé de leer esa nota. Buscaba a mi alrededor a esa mujer que en algún momento de la noche debió dejarla sin percatarme de ello. No la encontré. Solo fui capaz de sacar en claro que aquella mágica noche de San Juan no fui el único que visitó ese campo de girasoles y que, posiblemente, para esa chica Giraluna también debía ser especial.

Quizá fue su comportamiento, al igual que a mí, lo que le había llamado la atención o quizá fue que estuviese atravesando un mal momento en su vida y utilizara esas cartas para desahogar las emociones, quizás... solo eran suposiciones indemostrables. Esperaba, sin demasiada convicción, que en cualquier momento apareciese esa mujer que imaginé guiándome por la descripción del trazado de su letra. Debía ser hermosa, eso me decía la elegancia de la primera «o»; de mediana estatura que lo deduje de una bajita «T»; delgada como esa «d» sin barriga: con el cabello claro al ver el brillo de una luna menguante en la «c»; de ojos marrones como las piedras del acueducto de la «m» y con una enorme expresión de tristeza al ver una lágrima en la segunda «o»... así la imaginé. Así de bonita.

Las horas pasaban y eso fue lo único que pasó. El cansancio intimó conmigo y caí rendido a los pies de Giraluna. Tumbado en el suelo, esperé que me venciese el sueño. Supuse que si esa chica regresase a este lugar se acercaría donde me encontraba, la escucharía llegar y descubriría quién es. Minutos después, me dormí y soñé.

Caja de Cristal

La tarde empezó a despedirse demasiado pronto. Por el este, se levantó con bastante pereza la noche que aún debía espabilar... La brisa de levante soplaba con sutileza, era incapaz de peinar la alborotada arena de una sospechosa playa. La temperatura era perfecta para mí, para dormir con la única colcha de un manto de estrellas. Aquella cala virgen, escondida entre montañas, estaba casi desierta. Mi presencia, junto con un islote de piedra a pocos metros de la orilla, impedía que lo fuera del todo... Estiré mi toalla en un extremo de la cala. Allí sobresalía una cornisa natural de piedra erosionada.

Cuando la noche se hizo dueña del cielo, aquella cala se convirtió en un lugar fantasmal y a su vez encantador.

Aquel lugar era extraño. Creía que conocía todas las playas del litoral pero en ella nunca estuve o quizá solo fuese que no la recordase en ese momento. La cala estaba envuelta por gigantescas montañas y sin duda lo más sorprendente de ella fue la vegetación. Solo había Pitas.

Traté de imitar a aquellos artistas anónimos capaces de hacer con la arena imposibles esculturas propias de los mejores museos. Qué pena que el único reconocimiento que tengan sean unas pocas monedas de céntimos tiradas, que en el mejor de los casos, caen dentro de una gorra. Amontóné un puñado de arena con las manos. Intenté que se pareciese lo máximo posible a una almohada, no en su forma, sino en su confort. Solo pude llegar hasta donde importa, la intención. Luego oculté mi intento de almohada bajo la toalla, me tumbé sobre ella y dejé descansar la cabeza en la parte más ergonómica de mi escultura.

Por un momento aquella escena me recordó a Tom Hanks en la película «Náufrago», con la diferencia de que yo no quería que me encontrasen y de que él no estaba solo, hablaba con Wilson, su pelota.

Cuando fui capaz de formar un surco en la arena con la forma de mi cuerpo, me puse a contar estrellas fugaces que dejaban pintada su estela durante varios segundos. En apenas unos minutos había perdido la cuenta. Aquella noche hasta el cielo era extraño para mí. Ahora sí que estoy seguro de que nunca antes estuve en ese lugar, sin el «creo», es una afirmación rotunda sin titubeos, «nunca estuve aquí».

Sin duda lo mejor de aquella noche fue escuchar un relajante silencio perturbado por el sonido del mar. Quise gozar de ese placer con todos los sentidos. Me incorporé para ver como aquellas pequeñas olas barrían la orilla, me acerqué para saber si aquel aroma inconfundible del mar era natural o de laboratorio, llené mis manos de agua

que la lancé contra mi cara relamiendo unos labios con sabor a sal, y por último me adentré unos metros para observar qué era aquello que brillaba en el fondo del mar. Tomé aire y me sumergí. A pesar de la oscuridad de lo profundo, pude coger una caja de vidrio que no dejaba de brillar.

Salí del agua con ella en la mano, me arrodillé en la orilla, la coloqué frente a mí. Estaba repleta de arañazos, manchada de arena, con restos de algas y un candado dorado que brillaba con el reflejo de la luna. Rápidamente la limpié con mis manos y me sorprendí al ver que en su interior había una nota doblada por la mitad.

Era todo irreal. Parecía que de pronto me había convertido en el protagonista de una película de piratas, donde debía descubrir dónde se ocultaba el tesoro y para ello tenía que descifrar un mapa que estaba dentro de una caja de cristal...

Pero volvamos a la realidad. En mis manos tenía esa caja de cristal cerrada con un candado y mi mayor deseo era que la llave no estuviese donde dice la canción «matarile, ríle, ríle...». Sería imposible encontrarla. Obviamente la idea de buscarla allí la descarté de inmediato. Quizás golpearla con una piedra fuese una solución. Tuve paciencia por una vez en mi vida y la guardé hasta que supiese la forma de abrirla sin tener que romperla.

Deshice la cama de esa noche, al secarme con la toalla roja. Puse a prueba todos mis sentidos y quise saber si el de la orientación seguía intacto. Después de esa inmersión nocturna el poco sueño que pudiese tener había desaparecido. Cogí la caja de cristal y me puse a caminar ¿a dónde?... no tengo ni idea. Como os he dicho anteriormente nunca había estado allí así que no podía perderme. Caminé sin parar, me alejé de la playa y fui adentrándome en una zona muy arbolada, en donde todos los sentidos volvieron a aparecer aunque ninguno se asemejaba a las sensaciones que se tienen cerca del mar.

Aquel lugar empezó a darme miedo, esos sonidos de animales eran desconocidos tanto como esos olores. De vez en cuando me sobresaltaba al ver los matorrales moverse o cruzarse alguna liebre... El corazón latía con más intensidad a medida que me adentraba en ese bosque. Llevaba casi dos horas caminando, solo veía sombras y árboles, sombras y árboles... Instantes después vi a lo lejos del camino que había resquicios de luz y corrí hacia ella. Cuando llegué me encontré con algo que no esperaba. Me paralizó. Tomé aire, volví a tomarlo, hasta que mis pulmones y mi corazón volvieron a recuperar su ritmo normal. Frente a mí tenía el mayor campo de girasoles que haya visto en toda mi vida. No era el que había visitado en tantas ocasiones, pero se le parecía bastante. No tardé un solo segundo en mirar al cielo. Me aseguré que la luna estuviese allí. Me pregunté ¿Y Giraluna estará aquí?

Quizás tenía la misma dificultad encontrar las llaves del candado donde dice la canción, que encontrar a Giraluna en esa plantación. Tenía que decidir entre mar o tierra. Difícil decisión. Opté por la más vaga, la que me pillaba más a mano, la tierra.

Con la caja de cristal entre mis manos entré en aquella plantación. Fui con mucho cuidado de no despertar a los girasoles. Poco duró ese silencio. Minutos después

empecé a cantar esa canción pero cambiándole un poco la letra «¿dónde está Giraluna matarile, ríle, ríle...?». Lo peor de todo era que ni siquiera sabía si estaba. Quizá hubiese sido mejor buscar las llaves ¿no? ¡Joder! ¡Qué lío! Ahora sí que puedo decir que estaba totalmente perdido, pero de la cabeza...

Cuando di todo por perdido, cuando los grillos enmudecieron mi canción, cuando el siguiente paso era quebrar las rodillas me encontré con Giraluna. Quizá me he precipitado demasiado al afirmarlo. Retomo la frase, quise decir que me encontré con un girasol muy parecido a él. Era el único que había encontrado mirando a la luna, aunque también es cierto que había miles de girasoles por todas partes. Me quedé a su lado, mirándolo de reojo. Busqué con disimulo algún sobre entre sus hojas o apoyado en su tallo pero no, no había nada. Tosí a propósito, intenté llamar su atención pero fui muy mal actor... ni se inmutó. Miré a mi alrededor, quería asegurarme que nadie me espiaba. Creo que allí estaba solo. Me acerqué muy lentamente a la flor de ese girasol y me sobresalté al escuchar que decía:

—¡Quieres dejar de hacer el tonto!

Unas inocentes palabras me noquearon, caí de espaldas en el suelo. Me levanté a toda prisa. Con una enorme sonrisa y con el corazón aún alterado por el susto pregunté:

—¿Eres tú Giraluna?

—¿Me preguntas? Pues bien pronto te olvidas de los amigos ¿no? —Dijo con un tono que rozaba la ironía, pero no sé hasta que punto.

—No, no es eso. Solo que no te esperaba encontrar por aquí —me excusé con una verdad convincente. Hay otras que generan dudas.

—Bueno, cuéntame ¿qué ocultas en las manos?

—¿Esto? —Estiré mis brazos mostrándole la caja—. Estaba en la playa, me bañé, la vi en el fondo del mar.

—¡Para! —Me interrumpió, dándome un alto tan seco como el guardia que te multa—. No me des detalles, no te los pedí ni tampoco los necesito. Veo que es una caja de vidrio con una nota en su interior y hay un candado que te impide abrirla ¿cierto?

—¡Cierto! —afirmé con la voz y la cabeza al mismo tiempo.

—¿Y qué pretendes hacer para abrirla?

Esa pregunta cayó como una bomba atómica... Ojalá supiese la respuesta —me dije a mi mismo—. Había conseguido hacer pleno, dos de dos sin responder. Pensé que lo mejor sería responder con una pregunta, muchas veces ayuda cuando no sabes qué decir...

—¿Alguna recomendación? —Le solté como si nada. Crucé los dedos para que su respuesta no me produjese otro quebradero de cabeza.

—¿De veras quiere saberlo?

Justo en ese momento dejé de cruzarlos. Otra vez esa maldita pregunta.

—Por supuesto —respondí con tanta seguridad que ni quiera me di cuenta que

realmente quería saberlo, sin importarme en absoluto la pregunta anterior.

—Está bien, pero para ello debemos regresar a lo que ocurrió aquellas navidades. Solo así sabrás qué se esconde dentro de esa caja. Pero antes de nada permíteme darte una última recomendación...

Esperó unos segundos antes de decir:

—No dejes de luchar por tus sueños.

Sonreí, esperando que continuara.

—¿Quieres que te recuerde qué pasó aquellas navidades?

—Estoy deseando saber cuál es mi sueño, conocer qué mensaje hay en esta caja, me muero de ganas por saber quién eres, aunque ya te dije que no te lo volvería a preguntar y, por supuesto, me apetece saber qué ocurrió esas navidades. —Me arranqué a responder, sin soltar la maneta de acelerador y solté todo de carrerilla...

Giraluna, sin apartar un solo instante la mirada a la luna, comenzó a contarme:

—Aquellas navidades iban a ser especialmente emotivas, cargadas de emociones, despedidas y de campanadas en el corazón, corazonadas.

Era domingo y, como de costumbre, ibas a casa de tus abuelos a visitarlos. Aquella mañana pasaste antes por casa de tu novia. A ella la conociste cuando comenzastes los estudios de COU. Estabais destinados a llevaros mal. No sabíais vivir sin meteros el uno con el otro. La primera vez que os peleasteis fue el mismo día que os presentaron... ¿para qué esperar más tiempo, verdad?

Consiguió arrancarme una sonrisa con esa absurda reflexión. Recuerdo perfectamente aquella pelea, aunque no la encasillaría en el rango de pelea, solo fue una disputa por una gorra.

En ese momento todos tus amigos lo tenían claro, vosotros también: nunca acabaremos juntos. Esa primera noche os fuisteis cada uno a casa con la misma sensación, que solo le contasteis a la almohada: le odio. Por suerte, todo había acabado mucho antes de empezar, no dolió, ni a ella ni a ti. Tampoco pasaría mucho tiempo para poder olvidaros, ya no volveríais a discutir por una gorra, ni por nada. Días después, quizás añorando la «disputa» o quizás echándoos de menos, comenzasteis a quedar.

Al principio no os atrevíais a quedar solos. Siempre lo hacíais con el grupo de amigos. Después... después fueron varios años de noviazgo...

Bueno, continuo que a veces me desvíó del tema central. Como te iba contando, pasaste a recogerla por su casa. La esperaste abajo, en el portal. Su madre insistía por el portero que subieses, pero subir cuatro pisos sin ascensor después de un sábado por la noche era una hazaña para unos pocos valientes y... mejor no haré valoraciones personales.

—Sí, mejor —interrumpí.

Apenas pasaron un par de minutos, cuando salió del portal. La recibiste con un beso que no dejó marca de carmín en tus labios y no porque no fuese intenso sino

porque su belleza era sin pintura... Fuisteis agarrados de la mano caminando hasta llegar a casa de tus abuelos.

—¿Sabes? A veces pienso que el amor desaparece a medida que se alejan nuestras manos. No hay imagen más tierna que ver pasear a dos ancianos dando pasitos pequeños y agarrados de la mano. Cuando los veo siempre pienso que eso es el amor... Perdona, continúa...

—...

Hubo un silencio prolongado.

—¿Estás bien? Te noto especialmente sensible —observó Giraluna.

—Sí, estoy bien. Continúa por favor...

Solo había pasado cinco minutos desde que salisteis cuando llegasteis a su casa. Era poco más de la una de tarde y desde el otro lado de la puerta olía a comida. Golpeaste con los nudillos el cristal de una pequeña ventana que había en una vieja e inflada puerta de madera. Al otro lado se escuchó la voz aguda y anciana de tu abuela preguntar: ¿Quién es?... siempre respondía así ante cualquiera que tocara su puerta. Tus padres bromeaban cada vez que la escuchaban decir esas dos palabras con ese tono tan peculiar... —Giraluna advirtió:

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás así? ¿He dicho algo que te haya molestado? Por favor, si es así dímelo. No era mi intención hacerte pasar un mal rato...

Usé mi mano derecha de visera para ocultar unos ojos empañados. No pude evitar dejar caer una lágrima que se paró en mis labios. La lengua la escondió en el paladar...

—No pasa nada. Solo que aunque haya pasados muchos años, los sentimientos, los recuerdos están intactos y claro... es inevitable emocionarse al saber que no van a volver. Fue una etapa en mi vida, muy bonita, quizá la más bonita y daría lo que sea por poder volver a vivirla... lo que sea.

—Creo que eso no es posible. Al menos eres capaz de recordarla y sobre todo de sentirla. Vamos a dejarlo amigo, vamos a dejarlo aquí...

—¡No! Continúa, por favor... continúa —le rogué.

Giraluna suspiró, pero no fue un suspiro de los que sueltan aire... no, no fue de esos. Me giré hacia él y fue en ese momento cuando supe que las plantas también sienten, en silencio, pero sienten. Observé como por debajo de su flor caía una gota que descendió por su tallo hasta tocar mi dedo índice, que le esperaba allí para recogerla. La cogí, la llevé muy despacio a mi boca y supe que esa gota era de lágrima. Tenía el mismo sabor que la mía... No quise decir nada, solo me quedé mirando a la luna. Mientras tanto, él seguía contándome...

—«¡Soy yo abuela!» —contestaste.

Segundos después de escuchar una patada al otro lado de la puerta, de parecer que se iba a venir abajo, la puerta se abrió. Te recibió con una sonrisa tan grande como sus «dos besos», esos que te aplastan la cara entre las manos, dejándote con boca de pez y son como seis o siete besos seguidos en cada lado de la mejilla... ¿Lo

recuerdas?, pues del mismo modo saludó a tu novia, solo que a ella le dio dos besos en cada mejilla. Luego os invitó a entrar usando la expresión: «Venga entrad no os quedéis en la puerta que hace mucho frío».

Una vez en el interior, giraste la mirada a la derecha, y en el sofá de piel marrón estaba él, tu abuelo, viendo la televisión y entre los dedos de una mano temblorosa sujetaba su cigarrillo de liar. Vestía con su indumentaria de estar por casa. Al veros entrar os recibió con una sonrisa, le sonreíste, te acercaste a él, te inclinaste y le diste dos besos, no como los que te dio tu abuela. Os sentasteis en el sofá de al lado, de tres plazas. En un extremo estaba tu abuela, en el centro tu novia y en el otro, el que estaba más cerca a tu abuelo, tú. Empezasteis a hablar tendidamente sobre los estudios, sus vidas, las vuestras... Y entre tantas siempre contaba algún chiste. Nunca faltaba la pregunta: «¿Cuándo te vas a casar?», aunque siempre respondías con una expresión que aprendiste de él: «cuando las ranas tengan pelos...», esa respuesta servía para torear ese tipo de preguntas. Pero la realidad era bien distinta, deseabas que cuando llegase ese día estuviesen presentes. Tu abuela se levantó, fue a la cocina y desde allí insistía que os quedaseis a comer con ellos. Tú apenas tenías hambre, habías trasnochado, desayunaste tarde y sabías que a tu novia le daba mucha vergüenza. Así que por sendas razones rechazaste la invitación que aceptaron con buen gusto. Le ayudasteis a poner la mesa y antes de que se dispusieran a comer decidisteis que era el momento de marcharse. En realidad no existe los buenos momentos para las despedidas, pero a veces hay que elegir el menos malo. Distes dos besos a tu abuela y ella te correspondió con los mismos dos besos de la bienvenida... diciéndote una y otra vez lo mucho que te quería y que te cuidaras. ¿Recuerdas ahora qué ocurrió en el momento de despedirte de tu abuelo?

En ese momento no me salían las palabras solo lágrimas que inundaban mis ojos y encharcaron mi corazón. Intenté responder, casi ni yo mismo me entendía, fue imposible vocalizar sin dejar de llorar. Tragué más lágrimas que saliva y procuré mantener un ritmo normal de respiración. Poco después lo volví a intentar:

—¿Cómo olvidarme de aquel momento? Nunca lo olvidaré. Me acerqué a él, que seguía sentado en su sofá. No quise decirle adiós. Eso suponía una despedida al completo. Cruzamos las miradas. Pude ver más allá de unos ojos marrones. Le di dos besos y cuando me alejé de él, el corazón dio una vuelta y me golpeó. Volví a mirarle a los ojos, le hablé con ellos... Solo él supo lo que le dije pero su respuesta me llenó de tristeza, no la quise aceptar. Me di media vuelta, no sin antes invitarles a visitarme cuando ellos quisiesen... Posteriormente cerré la puerta. Fue un portazo seco, frío y con rabia... aún retumba en mi memoria. Me quedé unos segundos en la puerta de su casa sin levantar la mirada del suelo. Le hice un comentario a mi novia: «Me acabo de despedir de mi abuelo como si no lo volviese a ver más». Luego no pude hablar más...

Me respondió agarrándome de la mano:

—No digas eso. Claro que lo vas a volver a ver. Cuando vuelvas en Semana Santa

y no falta tanto para eso, luego me abrazó. Fue tan fuerte aquella corazonada que no tuve más remedio que volver de nuevo a tocar la puerta. Entré rápidamente en la casa, le di un fuerte beso a mi abuela y un enorme abrazo a mi abuelo, no pudo ver que mis lágrimas cayeron sobre su camisa de mangas sisas amarillentas, pero pudo sentir su humedad. Al separarnos sus ojos eran el espejo de los míos. Aún recuerdo ese último cruce de miradas. Sus ojos cristalinos se estaban despidiendo de mí y yo le aparté la mirada, no quería escucharlos. Me rompió el alma, no pude aguantar esa situación. Me marché sin volver a mirar atrás y sobre todo sin decirle adiós. Estuve andando junto a mi novia camino de casa, sin decir una sola palabra, tan solo intentaba recordar como era su risa. No pude.

Fue un paseo frío, vacío, roto por el silencio y angustioso por todo lo que pasaba por mi cabeza. Nunca le conté a nadie lo que ocurrió esa mañana en casa de mis abuelos salvo a ella, que estaba allí presente conmigo. Las despedidas formaban parte de mi vida, pero no me acostumbraba a ellas y menos a estas. Han sido tantas despedidas en aeropuertos, puertos, estaciones de tren que pensé que tenía superado ese temor a decir «Hasta la próxima».

Nunca pensé que despedirse de una persona a la que posiblemente no volviese a ver fuese tan duro. Ni siquiera sé si lo hice bien o mal. Nadie me enseñó a decir adiós. Qué se dice en estos casos: «¿Hasta la vista?», «¿Hasta la próxima?», «¿Nos vemos a la vuelta?», ¿o simplemente «Cuídate, nos volveremos a ver»?...

Hay muchas preguntas que nunca sabré responder y en este caso, mientras él seguía sentado en su sofá, lo único que pude decir con la mirada fue: «No te vayas...». Él lo entendió.

Giraluna seguía mirando a la luna, continuaba llorando... No quise referirme a ello y continué cambiando el rumbo de la conversación.

—¿Me pregunto qué tiene que ver todo esto con la caja de cristal?

Tardó varios segundos en responder. Lo comprendí, necesitaba componerse...

—Ten paciencia. Lo descubrirás por ti mismo. ¿Seguimos?

—Por favor. Contesté...

Admirar a los valientes es una postura de cobardes

—¿Serías capaz de recordar el mes de febrero de ese mismo año?

—Creo que soy capaz de recordar todo lo que ocurrió desde esa despedida hasta la fecha de hoy. ¿Quieres que sea yo quien te cuente que ocurrió ese mes de febrero? ... aunque supongo que sería contarte algo que ya sabes ¿verdad?

—Supones bien... ¿te sorprenderías si te dijese que sé todo de tu vida?

No le contesté. En verdad es que no dejó de sorprenderme desde la primera vez que lo vi...

—Si intentas cambiar tu historia sabré que me mientes. Quiero poder confiar en ti, así que prefiero que tú me cuentes qué pasó ese mes de febrero para que fuese una fecha señalada —me cedió el turno de palabra con un prolongado silencio...

Continué:

—Por aquel entonces, los meses de febrero siempre tenían dos caras: una buena y la otra mala. Empezaré por la buena, las malas noticias siempre se dejan para el final... Ese mes todos los días del calendario de Outlook estaban repletos de anotaciones que iban desde fechas de exámenes, repasos de última hora, hasta tardes libres para desconectar. Lo mejor de esos calendarios era aquel día marcado con un círculo rojo en cuyo interior solo escribía una palabra: «Vacaciones» y que el último día del mes mi madre cumplía vida.

—Ahora me toca contar las cosas malas. Ese mes llegaba cargado de emociones, a pesar del ser el más corto del año. Los nervios de jugarte en un solo examen el trabajo de todo un año era demasiado cruel... nervios que te robaban el sueño, te quitaban el hambre y te cambiaban el humor...

Recuerdo una tarde de domingo justo antes de empezar la semana de exámenes. Estaba en casa estudiando con mi buen amigo Tin (otro amigo PTLV). Es de esos amigos que se parten la cara por ti. Él lo hizo una noche de sábado. Acabó con veinte puntos de sutura en su cara y yo con apenas unas magulladuras sin importancia...

—Llevábamos todo el fin de semana en casa «encerrados» estudiando. Aquella mañana de domingo nos despertamos bien temprano intentando alargar las horas de estudio. No sirvió de mucho, teníamos la cabeza saturada de tanta información, apenas avanzábamos. Necesitaba un apoyo moral para poder continuar. No quería tirar la toalla sin haber empezado la pelea. Mientras él seguía estudiando en la mesa del comedor, cogí el teléfono fijo y marqué sin pensar el número de mis abuelos. Uno, dos, tres... dejé de escuchar ese tono prologando y al otro lado solo pude oír toser. Las únicas palabras que pudo decir fueron «te paso con la abuela...». Fue una

llamada vacía. Faltaban sus carcajadas, los chistes malos convertidos en buenos, sus vivencias, sus lecciones, la pregunta ¿cuándo te vas a casar?, e incluso llegué a pensar que le faltó el cigarrillo entre sus dedos... Cuando terminé de hablar con mi abuela, colgué el teléfono y con ello la esperanza de volverlo a escuchar, daba siempre comunicando.

Tin se dio cuenta de todo, aunque no había levantado ni un solo instante la cabeza de sus apuntes.

—¿Nos tomamos un descanso? No puedo más —dijo mientras se estiraba.

Yo tampoco podía más, aunque en otro sentido. Salimos al jardín y allí le dije que el día menos pensado sonaría el teléfono diciéndome que mi abuelo se había marchado... Para no volver. Tin agachó la mirada, luego apoyó su mano sobre mi hombro y me dijo clavando sus ojos azules en los míos: «Si por desgracia ocurre eso, no esperes de mí ese día que te dé el pésame...». Asentí con la cabeza, que poco tardó en mirar al suelo. Lo entendí perfectamente, acepté sus palabras y después nos abrazamos. Hacía muy buena tarde a pesar del mes de febrero, apenas soplaba una pizca de aire y el Sol daba luz a ese lado de la casa. Me levanté para preparar un poco de café, solo con hielo para él, bombón para mí. Mientras nos lo tomábamos se asomó al balcón de enfrente, Elisa. Ella es la madre de Miguel, del que ya os hablé en el capítulo uno, hacía algunas funciones de madre en ausencia de la mía, sobre todo preocuparse porque estuviese bien. Nos preguntó cómo llevábamos los estudios y la verdad es que la respuesta no fue muy positiva, algunas asignaturas se nos estaban atragantando... Cuando acabamos el café volvimos a empezar todo de cero. Hicimos las cuentas de las asignaturas que podíamos sacar ese curso. Organizamos la jornada de estudio y de descanso, llegaría con la excusa de ver los partidos de fútbol de la liga de española.

Giraluna me interrumpió:

—¿Qué me responderías si te pregunto por el veneno de la avispa?

Me sorprendió mucho esa pregunta. Expresé una sonrisa y por dentro pensé: ¡qué hijo de puta lo sabe todo! Creo que esto nunca supo que lo pensé...

—Pero ¿cómo puedes saber eso?

—...

No respondió a la pregunta. Continuó contándomelo todo. No perdí detalle de su narración...

Era mediado de febrero. Solo te faltaba un examen por hacer. No era uno más, ni tan siquiera el último sino el EXAMEN, en mayúsculas. Había llegado la hora de enfrentarse al hueso más duro de todo el curso e incluso de la carrera: Orgánica.

—Quizás fue ese el motivo por el que dejaron ese examen para el final. Supongo que para no rendirnos nada más empezar —interrumpí.

—Quizás, quizás, quizás... —repitió Giraluna con el tono de esa canción del compositor cubano Osvaldo Farrés.

Aquella mañana del examen, nada más entrar en el aula, sentiste cómo tus nervios se unieron a los que ya habían allí sentados en los bancos repasando, los que se apoyaban en la pared con los apuntes bajo el brazo, los que ocupaban todas las escalones confesando que no habían estudiado suficiente, y los que sacaban café aguado de la máquina. A pesar de no encontrar un lugar donde poder sentarte, fuiste incapaz de ver a nadie. Aquel aula estaba repleto de nervios disfrazados de personas...

Cuando dieron las nueve en punto abrieron las puertas del aula. Saliste corriendo, chocándote y empujando a todo aquel que se cruzaba en tu camino. Querías coger un sitio al final de la clase, en el lado izquierdo y pegado a la ventana, no por superstición, sino porque desde allí era el único sitio desde donde se podía ver el mar y eso te relajaba... Ocupaste tu sitio, sacaste varios bolígrafos, los apuntes e intentaste dar un inútil último repaso.

Pronto te diste cuenta que fue inútil, te habías quedado en blanco, como si los últimos cuatro meses de estudios no hubiesen servido para nada. Respiraste profundamente, intentaste recordar aspectos básicos como tu nombre y apellidos. Supiste que no fue tan grave, aún los recordabas. Mientras el profesor repartía los exámenes fuiste recordando poco a poco todo lo que habías estudiado. Mirar al mar fue como sacar tu «chuleta».

—Es cierto, que mientras lo miraba me olvidaba de donde me encontraba y podía recordar todo lo que había estudiado. No le cuentes a nadie que esa era mi mejor chuleta. Nunca me pillaron... Sonreí.

—No te preocupes, quedará entre nosotros.

Justo después de repartir el último examen, el tuyo, escuchabais al profesor dar las instrucciones amenazantes. Os hacía poner aún más nervioso si cabe.

—Acabé aprendiéndomelas de carrerilla —continué imitando al profesor—. Me puse en pie, saqué barriga, cambié mi tono de voz por uno más grave y con un dedo índice apunté al resto de girasoles como si fuesen mis alumnos...

«Señores, el examen consta de veinte preguntas teórico-prácticas. Son las nueve de la mañana. Acaba de empezar el examen. Tenéis hasta la una en punto para acabarlo, ni un minuto más, hasta la una. Dejen todos los apuntes en el suelo. En la mesa solo quiero ver un bolígrafo y nada más. Repito, nada más. Si veo a alguien copiando ni encomendándose a la Virgen María aprueba la asignatura conmigo. Podéis dar la vuelta al examen. Suerte».

Cuando acabé de imitarlo, pensé que la imagen que tenía de todos esos girasoles debía ser lo más parecida a la que él debía tener de sus alumnos. Todos con la cabeza agachada sin levantar los ojos del examen y sin decir una sola palabra.

Cuando di la vuelta a ese folio, estaba lleno de interrogantes, de palabras y de fórmulas imposibles por todas partes. Lo llegué a poner de canto para asegurarme que no hubiese nada escrito por allí. Me cuesta recordar el color del folio, si es que tenía color... Lo ojeé por encima y lo primero que me pregunté fue: «Pero este examen ¿de

qué curso es? Si no tengo ni puta idea de lo que me está preguntando. ¿Dónde viene en el libro algo sobre el veneno de la avispa?». En ese momento me quería morir, que ese veneno saliese del folio y acabara conmigo, era la mejor forma de huir de allí sin tener que sentirme culpable.

Respiré profundamente, conté hasta diez y volví a leer el examen detenidamente. Esa misma sucesión de movimientos repetí en un par de ocasiones más. En la tercera incluí una variable determinada, contemplar el mar, pero no sirvió de nada. Levanté la cabeza, busqué entre cientos de alumnos, algún aliado que tuviese mis mismas intenciones: «salir cagando leches de allí», lo encontré. En estos casos, no me gustaba ser el primero. Me daba vergüenza entregar el examen sin ni siquiera haberlo intentado. Pero las convocatorias corrían y esta asignatura no se podía aprobar con el factor suerte, ni encomendándose a la Virgen María, o eso dijo el profesor. Admirar a los valientes es una postura de cobarde, esa mañana lo fui. No podíamos hablar, solo fueron unas miradas cómplices las que decían: «Quien esté libre de pecados que tire la primera piedra». De las primeras filas, alguien se levantó y tiró la primera. Antes de dejar el examen sobre la mesa del profesor, el resto de los compañeros nos levantamos y también la «apedreamos»... Desfilamos con desorden y sin estilo unas cien personas más, a cuál de ellas más rápido. Fue como una estampida de búfalos en la película de Jumanjy, pero en lugar de animales salvajes corrían alumnos que acababan de perder la ilusión por aprobar. Pronto el aula se quedó vacía como el sombrero del vagabundo que nadie vio. Apenas unas veinte personas, veintiuna con el profesor, sobrevivieron a aquella enorme estampida.

Al cerrar la puerta del aula, no solo fui yo quien salió del examen sino también se fue aquella sensación tan angustiada que me acompañaba desde antes de las nueve. Después, segundos después, volví a sonreír. Mi vino a la cabeza la imagen de mi calendario de Outlook y sobre todo aquella palabra escrita dentro de un círculo rojo, «vacaciones».¡¡¡Se habían acabado los exámenes por ese cuatrimestre!!! ¿No dicen que una retirada a tiempo es una victoria?...

Giraluna me interrumpió:

—No te equivoques amigo, no todas las batallas se vencen huyendo —dijo con tono serio y seguro de ello...

—¿Ah no? Me puedes decir un caso en el que no sea así...

—¿Qué crees que deberían hacer aquellas personas que les diagnostican una enfermedad crónica?

Ni siquiera respondí. Asentí con la cabeza, habiendo aprendido otra lección...

Tengo algo que contarte

Se acabaron los exámenes por ese cuatrimestre. Las noches sin dormir pasaron a formar parte de un pasado reciente. Los cafés aguachinados esperarían unos meses para volver a ser el aroma de noches de codos hincados en la mesa, y las drogas de diseño naranja para estudiantes, que podía adquirir en cualquier farmacia, dejé de consumirlas por un tiempo. Drogas que según su prospecto, te mantenían despierto o dicho de otro modo te robaban horas de sueño. En mi caso el único efecto primario que produjeron esas pastillas en mi cuerpo fue que la orina pasó a tener un color fluorescente. De los secundarios ni siquiera me acuerdo. Nunca nos acordamos del segundo...

Pero no fue lo único que se acabó. También me despedí de los inútiles repasos de última hora mientras conducía por la carretera de la costa camino de la Universidad, intentando autoconvencerme de que las preguntas que no me había estudiado no podían caer en el examen, sería injusto, sería tener muy mala suerte... Se acabó el ir al bar después del examen a debatir qué habías contestado en cada pregunta y por último también acabó la incertidumbre o la agonía que sientes cuando suena tu teléfono y te dicen: «¡Han salido las notas!!». Justo después de forma automática tu respuesta es: «¡No me las digas, prefiero ir a verlas en persona!». Una mentira más que sale al exterior en forma de autodefensa. En ese momento estás deseando escucharle decir que has aprobado... Con los años, los exámenes y la observación, saqué mi propia teoría que siempre se cumplía.

Si al descolgar el teléfono te decían directamente: «¡Hemos aprobado!» no había lugar a las dudas, pero cuando te decían: «Han salido las notas», preguntar «¿he aprobado?» y responderte: «No lo sé, me han dicho que habían salido pero aún no he podido ir a verlas» entonces tampoco había lugar a dudas, estaba claro «habías suspendido».

En este último caso, el trayecto desde el lugar donde te encontraras hasta el tablón de corcho era tenebroso y oscuro. Una vez en la universidad, aquellos pasillos parecían no tener fin. Te adentrabas en ellos viendo cómo los fluorescentes del techo parpadeaban y escuchabas en tu interior la canción «uno y dos viene a por ti, tres y cuatro cierra la puerta, cinco y seis coge un crucifijo...». Se me pusieron los pelos de punta con solo recordarlo. Caminabas a un ritmo acelerado, como las pulsaciones que iban por delante de ti. Rezabas cuatro avemarías y siete padrenuestros muy rápido, sin vocalizar, a pesar de mi ateísmo. De algún modo buscaba cómo encomendarme a algo para poder ver mi nombre seguido de una línea de puntos suspensivos y la

palabra: APROBADO. El nombre de esos puntos lo decía todo, generaba suspense hasta el último punto. A veces pienso que hubiese sido mejor poner el nombre, una fecha y nota: APROBADO.

Una vez delante del tablón los nervios son incomparables al que sufres el día del examen, se multiplican por mil. Si miraba a mi alrededor solo veía paredes llenas de folios clavados con chinchetas. El mar quedaba demasiado lejos de esos muros de hormigón. Respirabas hondo primero, volvías a respirar después, luego buscabas tu nombre, con el dedo índice seguías la línea de puntos suspensivos hasta finalmente ver la calificación: APROBADO.

La felicidad en ese instante es plena ¿cómo una palabra puede cambiar tanto un estado de ánimo? De repente, por arte de magia o vete tú a saber por arte de quién más, se te olvida todo lo que habías estado estudiando durante los cuatro meses anteriores. Es como formatear el disco duro de tu cabeza cuando lees esa palabra en mayúscula: APROBADO. Creo que si tuviese que repetir ese mismo examen en aquel preciso momento, el resultado hubiese sido muy distinto...

Después de los saltos de alegría, de llamar a toda la familia, de recorrer el mismo pasillo desde otro estado de ánimo y de regresar a casa, te das cuenta de que ha acabado otro capítulo de tu vida y, como todos los finales, cuando algo acaba, inevitablemente algo nuevo empieza. Otro curso, otras asignaturas, algunos compañeros nuevos y distintas emociones...

Giraluna me interrumpió, reafirmando lo que le decía:

—Tienes mucha razón cuando dices lo que dices. Tendrás que aprender a darte cuenta de cuándo se acaba una etapa antes de empezar a vivir otra.

—¿Cómo dices? No entiendo qué quieres decir con eso...

—¿Recuerdas qué pasó justo después de finalizar los exámenes?...

Su pregunta me había descolado totalmente. Odio que me respondan con preguntas y Giraluna tenía el don de sacar lo peor de mí...

—No, no lo recuerdo. Yo ya he hablado bastante esta noche, si quieres cuéntamelo tú y si no, lo dejamos. Es muy tarde. Quizás es el momento de marcharme —le dije buscando una excusa para irme de allí, pues ni siquiera sabía qué hora era.

—Cómo quieras amigo. Nadie te retiene a quedarte aquí. Eres tú quien tienes que tomar esa decisión, fuiste tú quien vino a buscarme, quien me pidió ayuda para abrir esta caja de cristal, y te recuerdo que ha pasado media noche y aún sigue cerrada esa caja... ¿Hasta la próxima?...

Sus palabras me hicieron pensar. No sabía que quería hacer, pero no quería despedirme.

—No, hasta la próxima aún no. Continúa.

Me tumbé con los brazos por detrás de mi cabeza. Dejé la caja de cristal apoyada en mi vientre, la veía elevarse y bajar al ritmo de mi respiración. Fijé la mirada en la luna y me invadió una placentera sensación de paz. Cerré los ojos y me limité a

escucharle...

—Cuando acabaste los exámenes pasaste la tarde en tu habitación ordenándola y escuchando música. Había libros por todas partes, apuntes que pasaron a formar parte de la historia del estudiante, folios en sucio que abarrotaban la papelera y bolígrafos de todos los colores esturreados sobre el escritorio. Mientras esperabas saber las notas de los últimos exámenes, guardaste los apuntes en una caja de cartón pensando que con un poco de suerte no tendrías que volver a abrirla (al menos eso pensabas...). Organizabas una carpeta forrada con fotos de playas paradisíacas, olas enormes, surfistas y mujeres de reducidos bikinis. Pegabas con un *post-it* el nombre de las nuevas asignaturas encima de las que acabaron con el mes de febrero. Después preparaste con cariño una maleta, amarilla, que te acompañaría durante las próximas semanas.

Luego sonó el teléfono de casa. Te pareció extraño que llamasen a esa hora. Normalmente estaba reservada para vendedores de telefonía, del banco para informarte de las ventajas de hacerte otra tarjeta de crédito y, en otras ocasiones, te sentías afortunado al haberte tocado un viaje en un concurso en el que nunca participaste. ¡Eso sí era tener la suerte de tu lado, amigo!! También, en algunas ocasiones, preguntaban por el padre de familia para venderte un seguro de vida y en el peor de los casos de defunción.

Sabiendo todo eso, ni siquiera te molestaste en responder a la llamada. Segundos después volvió a sonar y ese segundo timbre rompió con todas tus teorías referentes a esas llamadas. Bajaste a toda prisa la escalera, cuatro tonos, un número conocido en la pantalla y el corazón a mil. Ese número solo sonaba por las noches, sabían que era cuando te encontrabas en casa.

Descolgaste:

—¿Sí?, No fue como el resto de los «sí» de tu vida, este «sí» estaba cargado de temor, sin fuerza, de incertidumbre. Fue un «sí» entregado... Al otro lado la voz tu madre preguntó:

—¿Qué tal hijo? ¿Has terminado ya los exámenes? ¿Cómo ha ido todo? Con una voz que no era eso lo que quería decirme, lo supiste antes de descolgar... Tantas preguntas seguidas sin dejarte tiempo para responder te hacían pensar lo peor. Esperaste unos segundos antes de responder, a veces en el silencio escuchas lo que no se atreven a decir... Ella no sabía por dónde empezar y mucho menos cómo continuar. No fue fácil para ella. Sabías que no te había dicho todo, o mejor dicho, ni si quiera había empezado. Su tono de voz roto había hecho efecto en tu corazón, se encogió.

Después respondiste con la mente en otro sitio:

—Creo que los exámenes han salido bien, menos uno, Orgánica. No fui capaz de hacer el examen, era demasiado difícil. A pesar de haberle dedicado muchas horas de estudio ha sido imposible, parecía como si el examen fuese de otro curso, no sabía ni por dónde empezar, así que me he levantado y no lo he realizado para que no me

corriese convocatoria. Trataste de buscar mil excusas, en este caso ciertas, para no defraudarla.

—Te animó, te entendió y te dijo: «no te preocupes, seguro que en septiembre la apruebas».

Luego continuó cuatro o cinco segundos de silencio, quizás los segundos más largo de toda tu vida. Después de dos suspiros, el primero de ella y el segundo tuyo te dijo:

—Tengo que contarte algo.

En ese momento se paró tu mundo y con ello tu respiración. Intentaste prepararte para escuchar lo que tu corazón ya sabía, pero nadie nos enseña esas cosas. Dejaste de intentarlo...

—¿Ha pasado algo? —Preguntaste para romper con ese silencio que te estaba empezando a ahogar.

—Sí, ha pasado algo... El abuelo ha muerto.

Fue en ese momento cuando supiste que la soledad era como un barranco, tú necesitabas un abrazo y no tuviste donde agarrarte...

Los minutos más duros de tu vida acababas de empezar a vivirlos. Lloraste en silencio mientras escuchabas a tu madre...

—Se encontraba bien en su sofá. Apagó su último cigarrillo y se levantó despacio para ir al baño. Retiró las cortinas de la cocina y fue cuando se desplomó. Murió entre los brazos de tu tío.

De todo lo que te contó solo escuchaste «El abuelo ha muerto». Esas palabras llenaron de vacío un triste salón, donde estabas de pie, pegado a un teléfono y tapándote la cara con la mano. Nunca habías llorado tanto como aquella tarde, esa larga noche en vela, como lo haces cada vez que te acuerdas de él y como lo estás haciendo en este preciso momento.

Escuchar a Giraluna me noqueó. Por suerte ya estaba tumbado en el suelo. Fui reviviendo todas esas escenas en el brillo de esa luna. Nunca he necesitado tanto un abrazo como cuando oí esas palabras, porque fue muy duro estar solo en ese difícil momento. Cuando te dicen que una de las personas que más quieres en tu vida no la vas a volver a ver, ni volverás a tener una conversación inocente o promiscua con ella, ni vas a volver a reír con los mismos chistes de siempre, ni vas a poder volver a abrazarla, tan solo... tan solo podrás echarla de menos... cuando te dicen todo eso te derrumbas.

Siempre preferiste pasar los malos momentos en soledad. Nunca quisiste ver a las personas que te quieren verte sufrir.

—¿Estás bien? —Preguntó Giraluna.

—Sí, estoy bien —dije entre lágrimas y con una sincera sonrisa de oreja a oreja. Tenía el privilegio de poder recordar todos los momentos vividos con añoranza y eso... eso es muy bueno.

Cuando recuperaste la compostura, entre las pocas palabras que pudiste articular,

le preguntaste a tu madre:

—¿Cuándo lo entierran? Quiero ir a despedirme de él.

—Lo enterramos esta mañana. No tiene ningún sentido que vengas. Quédate con los buenos momentos que has vivido y con esa imagen que tienes de él. Sabes que te quería mucho y estaba muy orgulloso de ti.

Tan duro fue escuchar que había fallecido como saber que se había marchado sin despedirse. Ya no podrás mirarle a los ojos y decirle: «Gracias. Hasta siempre...». Cuando colgaste, tu llanto se escuchó hasta en el otro lado del Mediterráneo.

Pasaste varios días, algunas semanas e incluso unos primeros meses moribundos. No fuiste capaz de encontrar el significado de la vida, si es que significa algo... y mucho menos encontrar el sentido que tiene la muerte. Buscar un culpable era una salida y dejaste de creer en Dios. Después de aquello, ya no creías en nada que tus ojos no fuesen capaces de ver, quizás ese fuese el motivo por el que tanto has tardado en confiar un poco más en mí, aunque aún no lo hagas del todo...

Aquellas últimas horas de clase se te hacían interminables. No tomabas apuntes, ni siquiera lo copiabas del compañero de al lado, tampoco prestabas atención a las explicaciones sobre la teoría de relatividad de Albert Einstein, pasabas las horas intentando escribir una canción que tuviese un sentido, al menos para ti... la dejaste sin acabar.

Al salir de la facultad, antes de anochecer, cogías el coche y paseabas despacio por la carretera de la costa con las ventanas bajadas. Solías escuchar canciones tranquilas que iban desde Ismael Serrano y Joaquín Sabina, hasta una balada de Platero y tú, *Al cantar*, que ponías una y otra vez sin cansarte de oírla. Pensabas que cuando Adolfo escribió esa canción debió estar viviendo algo parecido a lo tuyo. Esa canción te hacía sentirte menos débil, llevar mejor los malos momentos, y te sentías muy identificado con ella. Después de recorrer varios kilómetros de costa, de darle varias vueltas al mismo cd y de gastar por el camino algunas lágrimas de tus ojos... aparcabas el coche donde nadie pudiese encontrarte y te acercabas andado a la playa. Allí te descalzabas para sentir el frío de la arena. De esa forma te sentías vivo. Te sentabas tan cerca de la orilla que las olas del mar llegaban a mojar te. Luego mientras tu mirada se perdía en el horizonte buscando respuestas, el Sol se marchaba dando paso a la noche...

Aquella noche, volviste al coche, cogiste la carpeta, sacaste el folio con la letra sin acabar, tomaste un bolígrafo negro y regresaste a la orilla. Allí cerraste los ojos y empezaste a escribir lo que el brillo de la luna te contaba. Minutos después tu canción estaba acaba. La metiste en una caja de cristal que encontraste cerca de la orilla. Tenía un candado dorado abierto sin ningún grabado. Lo cerraste. Le distes muchas vueltas entre tus manos sin dejar de mirarla. Te pusiste en pie. Con rabia y fuerza la lanzaste lo más lejos que pudiste. Desapareció en el aire de tu campo de visión, solo pudiste escuchar el impacto contra el agua. Después yació en el fondo del mar...

Pensabas que las corrientes la arrastrarían por todo el Mediterráneo y que con el

paso de los años alguien encontraría esa caja de vidrio en cualquier país del mundo y en cualquier playa. Una década después esa caja apareció y regresa a las manos de quien la arrojó. El mar ha querido ser justo contigo y te ha devuelto lo que te pertenecía... Querido amigo ya sabes qué hay dentro de esa caja de cristal, ¿verdad? ¿Es necesario abrirla?

—No es necesario. Lo recuerdo perfectamente. Es la letra de una canción que le escribí, por aquel entonces, para él. Para que su marcha tuviese un sentido para mí. Me puse de pie para seguir hablando con Giraluna.

—Lo sé. Te sorprenderías si te dijese que sería capaz de cantártela. Sé que después le pusiste música... ¿Quieres que la cante?

Me giré hacia él, le sonreí y dije:

—No, no es necesario. La guitarra la tengo en casa, además no quiero que se encapote esta noche tan agradable... Te creo.

—Mejor. Estaba deseando que me dijese que no. Cantar nunca se me ha dado nada bien —continuó aliviado por mi respuesta.

Te costó entender la decisión de tus padres al no decirte antes que había fallecido. Que decidan por ti es algo que nunca te ha gustado. Te quedaste con esa espina de no poder decirle en vida lo muy orgulloso que te sentías de él, que fue todo un ejemplo de bondad, que fue un maestro en tu vida al que aún le faltaban muchas clases por dar y sobre todo por no haber podido decir adiós cuando emprendió ese largo viaje...

Le interrumpí:

—Han pasado unos años desde entonces. Es ahora cuando me doy cuenta que fui yo quien no obró correctamente al no decir todo lo que sentía cuando tuve la oportunidad de hacerlo.

«Estimado lector: si llegado a este punto del libro tienes alguien a tu lado a quien quieres, quizá deberías decírselo ahora, porque despertarás en ella o en él una hermosa sonrisa y posiblemente, si lo sientes de corazón, se te pongan los pelos como escarpas al escuchar de su voz decir ‘Yo también’».

Giraluna continuó:

—Bueno amigo, creo que ha llegado el momento de despedirnos...

—¿Despedirnos? —Sus palabras me sentaron como un puñal en el pecho.

—Sí, despedirnos. Por mi parte no puedo ayudarte más. Ha sido un placer tu compañía todas estas noches, recordar esos buenos y malos momentos vividos... Gracias por compartirlos conmigo. Se está haciendo muy tarde y pronto va a amanecer. Me tengo que marchar...

—Pero... ¿Dónde están mis sueños? ¿No eras tú quién me ibas a ayudar a encontrarlos? ¿Quién eres? ¿Por qué me haces esto? —Pregunté alterado y alzando la voz contenida en rabia...

—Creo que te he ayudado a encontrarlos, lo tienes muy cerca de ti. Luego sabrás quien soy...

Miré de un lado para otro, con rapidez, sin perder el tiempo, pero no encontraba

nada cerca de mí. No dejé de gritar ¿pero... dónde? ¿Dónde está mi sueño? ¡No lo veo! ...¡no me mientas!

Mientras buscaba por todas partes, Giraluna continuaba impasible mirando la luna ajeno a mi desesperación que crecía por momentos. Cuando ya no pude más, caí arrodillado frente a él y le rogué con las palmas de las manos unidas:

—Por favor, no te vayas así...

Esperé sin apartarle la mirada unos segundos hasta que se pronunció:

—Antes de despedirme de ti me gustaría hacerte una petición.

—Lo que quieras. Dime qué tengo que hacer —encontré una salida a la esperanza en su petición.

—Tengo que pedirte algo que seguramente nunca llegues a entender, pero debes hacerlo —dijo rotundo y seco, sin lugar a una posible respuesta.

Ese «debes» exigía una obligación. No podía negarme, estaba condenado a entenderlo aunque no lo comprendiese. No sabía qué era lo que tenía que pedirme y me incomodaba esa situación.

Aun así no quise responder. Dejé que continuara hablando...

—Solo te pido una cosa, amigo: no quiero que vengas más a visitarme. Tu compañía ha sido muy grata para mí, pero se agota el tiempo. No puedo seguir hablando contigo. Han sido unos meses fantásticos, me ha encantado conocer esa parte de ti que tenías escondida. Tengo que seguir mi camino, seguir luchando por mis sueños y tú debes hacer lo mismo...

Otra vez volvió a utilizar la palabra «debes». Me hacía sentirme más pequeño al escucharla y dos veces seguidas me convertía en enano, a pesar de tener la misma altura.

—Pero, no lo entiendo, Giraluna...

—Ya te dije que no lo entenderías —me interrumpió.

—Pero... ¿No dijiste que me ayudarías a alcanzar mis sueños? ¿No dijiste que cuando lo supiese iba a encontrar respuestas a todas mis preguntas? ¿Por qué se agota tu tiempo? ¿Por qué me abandonas justo ahora que confío en ti?

—Me tengo que marchar amigo. Todas las respuestas están en tu cabeza. Lo siento pero debo dejarte ya, no sin antes hacerte una última petición.

—¿De qué petición se trata? —Contesté con desánimo...

—Estás muy cerca de descubrir tu sueño. Solo quiero pedirte una última cosa, cuando sepas cuál es tu sueño me gustaría que volvieses a este campo y me lo contarás ¿te parece?

Esta vez no usó la palabra «debe», no estaba obligado a tener que volver aunque a mí también me gustaría regresar a ese infinito campo de girasoles...

Sonreí y poco más que esto pude decir:

—Ya veremos... Cuídate. Adiós.

—Adiós...

Tan solo me miraba

Me di media vuelta y me perdí nuevamente entre medio de aquella oscura arboleda. De pronto asomó detrás de mí una voz en forma de susurro que me dijo al oído:

—Te echo de menos.

Los pelos de la piel se erizaron, mi corazón se aceleró y giré lentamente la cabeza hacia atrás. Cerré los ojos, al volver a abrirlos me desperté de ese sueño que empezó, cuando el cansancio intimó conmigo y caí rendido a los pies de Giraluna esperando que aquella preciosa chica que imaginé, apareciese dejando escondida una nota entre las hojas de Giraluna. Desperté de aquella cabezada muy confundido, no sabía bien distinguir entre qué era sueño y qué realidad. Hacía unos segundos que Giraluna se despidió de mí, me había hecho una petición y cuando me desperté, me encontré tumbado en medio del campo de girasoles usando las manos como almohada. A mi derecha Giraluna continuaba en su posición «natural» y a mi izquierda en la tierra el sobre con la nota en su interior. Tenía muchas dudas, no sabía si debía marcharme de ese lugar para nunca volver o quedarme en él para no marcharme nunca de allí...

Me froté los ojos con los puños. Las pestañas estaban demasiado pegadas, apenas podía abrir los ojos de par en par. Me encontraba algo aturdido, cansado y perdido. La chica que imaginé no vino esa noche, o no supe si lo hizo. Aquel sueño fue tan profundo que ni el estallido de una caja de petardos me hubiese despertado. Me tuve que pellizcar varias veces para asegurarme que estaba despierto, del todo.

Fue como ese tipo de sueño en el que tu único deseo es que nunca se acabe... Recuerdo aquella cala virgen, aquel cielo irreconocible, perderme contando estrellas fugaces, paisajes imposibles... luego, cuando desperté, no pude dejar de pensar en todo lo que había vivido mientras dormía.

Muchas veces soñar puede resultar fascinante. ¿Quién no soñó alguna vez que volaba? O ¿que te persiguen, y el miedo que sientes no permite huir porque te tiemblan las piernas?... ¿Quién no se despertó con su propio grito?, o ¿quién no sufrió la angustiada pesadilla de ver su propio entierro? Los sueños pertenecen a otra dimensión. Puedes vivir sensaciones, sentimientos, experiencias que quizás nunca vayas a poder vivir en la vida real. Por eso creo que cuando soñamos debemos disfrutar esas emociones porque nunca sabremos si podremos vivirlas despiertos.

Retomemos aquella noche de San Juan. Me quedé dormido en medio de aquel campo de girasoles, con una carta entre mis manos, con un interrogante más que sumar a todas las que ya tenía, que empezaron a formar parte de mi propia colección: ¿quién era esa chica y a quién echaba de menos?

No tenía mucho sentido estar más tiempo allí, pronto iba a amanecer y Giraluna me había lanzado un mensaje, como un puñal, en mi sueño. Me pidió que no volviese más a aquel campo de girasoles. Lo acepté y me marché, sin volver la mirada atrás pero mi cabeza regresó a aquel sueño que hizo que el camino de regreso lo hiciese con los ojos empañados de lágrimas...

¿Quién es?

Cuando llegué a casa, aún no había empezado a amanecer. Salí al jardín y me senté en el único banco de madera que había. Dejé el sobre con la nota en la mesa que había justo delante de mí haciendo juego con el banco. Encendí unas velas de los farolillos situados uno en cada esquina del patio. Quería estar a oscuras, pero no del todo. Empecé a recordar...

Alguna vez leí en algún libro o en algunas personas, que en esta vida solo conseguirás lo que te propongas si luchas por ello... Sonreí nada más recordarlo. Nunca quise dar explicaciones a nadie, sobre cuál es mi sueño o porqué dejé de luchar por conseguirlo. ¿Quién iba a entender que la batalla estaba perdida antes de empezarla? Tendría que dar explicaciones que no deseaba, tratar de convencer a algunas personas que era absurdo pelear por nada, y sobre todo lo que nunca quise hacer, fue contar a nadie cuál es mi sueño...

Me levanté, entré en el salón, puse música relajante y volví al banco de madera. Cerré los ojos y viajé al son de esa música por aquel campo de girasoles, recordé ese primer encuentro la noche de tormenta, el día que lo até con los cordones, los sobres en su tallo, el brillo de la luna, los sueños, mi pasado y su palabra antes de despertar, adiós.

Nunca pensé que echaría de menos escuchar esa palabra que tantas veces me acribilló el corazón en estaciones marítimas. Pero esta vez, me faltó oírla de la boca de mi abuelo. Daría lo que fuese por tener una segunda oportunidad de revivir aquella mañana de navidad... Quizá hubiese sido igual de cobarde, quizá no; quizás no me hubiese atrevido a despedirme, no lo sé, lo único que aprendí esa mañana es que a las personas que quieres, no hace falta decirles adiós porque nunca se marchan del todo, y a veces los vuelves a ver cuando menos te lo esperas.

Fueron pasando los años y todo seguía siendo como antes. Su última voluntad en vida no se pudo consumir. Recuerdo que tras su marcha tuve una serie de sueños que se repetían continuamente. Sueños que no se olvidan. Sueños de los que deseas no despertar...

Para que podáis entenderme mejor os contaré uno de ellos.

Era finales de junio. Acababa de finalizar el curso, ya me faltaba un año menos para acabar en todos los sentidos, la carrera, las rutinas de organización de mi habitación, de los apuntes, como también los viajes en *ferry* a casa. También se pondría fin a las despedidas...

Cuando llegué a casa, fue la emoción lo que más me costó subir por las escaleras, la maleta casi ni me enteré que la llevaba. Al entrar nada había cambiado respecto a la realidad, la misma decoración, los mismos cuadros y las mismas habitaciones. La mía continuaba al final del pasillo, con la diferencia que la encontré con más guitarras eléctricas, amplificadores y otros instrumentos que mi hermano mayor adoptó en mi ausencia. Apenas quedaba sitio donde deshacer mi maleta. Era imposible encontrar mi cama, pero no me importó.

Sobre las cuatro de la tardé sonó el portero. Era un viejo amigo, Emilio. Nos avisó para jugar un partido de fútbol con los chicos del barrio de la Victoria. Esos partidos eran míticos, no podías negarte a jugar. Durante muchos años atrás cada sábado a esa hora se disputaba ese encuentro, donde no estaba permitido el empate. Siempre había vencedores y vencidos. Recuerdo que aquellos partidos sabíamos cuando empezaban pero nunca cuando finalizaban. Cuando eres un niño no necesitas reloj, no, aún no tienes desarrollada la noción del tiempo y por ello la duración de los partidos se medían en goles: «a los diez cambio de campo y a los veinte campeón...». A veces el campeón no se sabía hasta pasados dos o tres fines de semana... Así era como pasábamos las tardes de sábado, siempre entre amigos y haciendo un poco de deporte.

Las noches eran mucho más tranquilas. Nos juntábamos sobre las nueve tres amigos para ir a cenar. Siempre íbamos a la misma hamburguesería a comer, sorprendentemente, raciones y raciones de patatas fritas con alioli. No es que no nos gustasen las hamburguesas de allí, no es eso, sino que aquellas patatas estaban riquísimas. Ese sitio aún existe, se llama *Disco Burger*, pero ahora que lo pienso debería llamarse de otro modo, quizás «Patatoli», haciendo alusión a su plato por excelencia. Así pasábamos la noche de los sábados.

Los domingos, como solía hacer desde mi niñez, iba a visitar a mis abuelos pero esa vez fui solo. Golpeé con los nudillos dos veces el cristal de la pequeña ventana de la puerta. Al otro lado escuché a mi abuela decir con su mismo tono agudo y casi cantando:

—¿Quién es? ...

A ello le respondí:

—Soy yo, abuela. Ábreme.

Después de varias patadas a la puerta, de temblar hasta parecer derrumbarse, consiguió abrirla. Me recibió con una enorme sonrisa, luego me aplastó la cara con sus manos y me comió a besos mientras me repetía: ¡te quiero mucho! Luego me invitó a pasar.

Era la primera vez que entraba en su casa, desde que mi abuelo se marchó. Me

cuesta explicar que sensación tuve en ese momento. Sabía que esta vez cuando mirase hacia la derecha solo vería un sofá vacío, un cenicero sin humo y un viejo mueble sin el cartón de vino tinto. Saber que algo que no deseas que pase vaya a ocurrir es difícil de digerir.

Di dos pasos, uno para cada escalón, cerré la puerta con cuidado y cuando me di media vuelta no tuve más remedio que mirar el sofá. Tenía que asegurarme de que él, tristemente, ya no iba a estar allí. Me giré muy despacio, con la cabeza vencida... lo primero que vi fueron unas zapatillas marrones de cuadritos, mi corazón empezó a bombear sin control. Luego observé un pantalón de pijama celeste, no me lo podía creer. Después una camiseta interior amarillenta y cuando elevé totalmente la mirada, vi su rostro tal y como lo recordaba la última vez. Tenía el pelo blanco, dos enormes bolsas bajo sus ojos, la piel marcada de heridas por la enfermedad y entre sus dedos su cigarrillo de liar.

Era él, estaba allí sentado mirándome. Tuve que secarme los ojos para poder mirar a los suyos. Fue increíble... Él me miraba, tan solo me miraba. No hacía una sola mueca con la cara, ni una sonrisa, ni un mal chiste, ni un guiño, ni tan siquiera me contaba nada... tan solo me miraba.

Así pasamos los primeros segundos, mirándonos el uno al otro, yo tampoco fui capaz de decir nada. No podía estar viviendo ese momento. No era real. Supe que era un sueño aunque hubiese deseado que no lo fuese, pero lo fue.

Sin apartarle la mirada me senté en el sofá grande que había situado al lado del suyo. Mi abuela mi miraba con una expresión de tristeza en su mirada mientras me hablaba de él. Se reía cuando decía lo canalla que era, pero también se le saltaban las lágrimas al decirme cuánto le echaba de menos: «Se me hace muy difícil vivir en su ausencia. No hay noche que me acueste sin escucharle salir a jugar su partida de bingo. Siento su beso en mi mejilla cuando vuelve y sus carcajadas no dejo de escucharlas al cocinar. Cuando cierro los ojos lo veo por todas partes. Lo he querido mucho, mucho, mucho y siempre lo querré, fue un buen esposo...».

Mientras ella me hablaba, yo intentaba no derramar una sola lágrima pero no podía evitar que mis ojos se humedeciesen al sentir cuánta tristeza sentía al no tenerle a su lado, al perderlo de un día para otro. Supe que se querían, se quieren y se querrán... De vez en cuando mi abuela fijaba la mirada en el sofá individual donde se encontraba él mirándonos fijamente, sin decir ni una sola palabra, ni hacer ni un solo gesto...

Me preguntaba a mi mismo si ella también lo veía, pero no me atrevía hacerlo en alto.

Es complicado describir el sentimiento, era una mezcla de tristeza por no poder hablar con él, alegría por verlo tan cerca y perplejidad por no saber qué estaba sucediendo esa mañana, qué significaba aquello...

Así fue como pasamos la mañana de domingo, recordándolo y él siendo testigo en primera persona de lo que hablábamos de él y de todo lo que allí estaba ocurriendo.

Mi abuela quiso invitarme a quedarme a comer, pero estaba empañado de emociones. Lo único que me apetecía en ese momento era salir a caminar y derramar las lágrimas que me había estado guardando durante toda la mañana. Era necesario hacerlo.

Cuando me despedí de ella con dos besos enormes y un fuerte abrazo, mi abuelo continuaba allí sentado y me miraba, tan solo me miraba. No me despedí de él. Cerré la puerta y me marché. Así fue uno de los sueños que tuve esa noche. He intentado buscar algunas respuestas en él pero no he sido capaz de encontrarlas.

Bingo

Me levanté, apagué las velas, recogí el sobre y me senté en el sofá del salón con las piernas sobre la mesa. Acababa de amanecer... Volví a coger el sobre, le di varias vueltas antes de abrirlos. Saqué la nota y leí: «Te echo de menos». La letra con la que estaba escrita esa nota me transmitía ternura, cariño y también tristeza. Ojalá nunca se tuviese que echar de menos a nadie, pero si no lo haces creo que no eres persona. Yo echaba de menos a mi abuelo y esa chica echaba de menos a no sé, a alguien...

Antes os conté que tras su marcha tuve varios sueños que se repetían, que no se olvidan, que me hubiese gustado no despertar. Creo que ha llegado el momento de contar cual fue ese que hizo que pudiera entenderlo todo.

Me levanté, puse la BSO de Pearl Harbor, volví a acomodarme en el sofá y lo recordé a la perfección...

Era invierno. El mes de diciembre era muy frío en la ciudad, no por las temperaturas que no bajaban de los diez grados sino por la humedad que se colaba entre los abrigos. Esa noche además de hacer un viento insoportable también llovía pero a mis padres les apetecía ir a la Asociación de Vecinos de la Paz, a jugar unas partidas de bingo con los vecinos y tomar unas cervezas siempre acompañadas de una buena tapa.

De vez en cuando me gustaba acompañarles. Me encantaba escuchar, después de cantar «¡BINGO!», a los desafortunados quejarse, enfadarse e incluso buscar un culpable en la sala para que no hubiese cantado nada en toda la noche. A veces la suerte se queda en casa esperándote a que llegues para besarte y dormir a tu lado...

Al llegar a la asociación tuvimos que esperar en el bar unos minutos a que acabase una partida que había empezado. Mientras tomábamos unas cañas se podía escuchar las bolas que iban cantando, y sentir la emoción de los últimos números que se cantaban con más tiempo de silencio entre unos y otros, a veces roto por alguien que preguntaba: ¿Ha salido el catorce? A lo que respondía media sala: No, no ha salido... Esas preguntas también ayudaban a romper la tensión contenida pero poco duraba, después todo eran nervios...

Lo cierto es que se respiraba un ambiente bastante agradable. Recuerdo que cuando acudía de más niño con mi abuelo a esa asociación, no paraba de contar chistes entre cartón y cartón, tampoco dejaba de piropear a toda mujer que pasara cerca de su mesa. Él era así, se hacía querer y se hacía notar. Pero volvamos al sueño.

Cuando al final nos dieron permiso para poder entrar en la sala, esta estaba llena

de gente. A primera vista fue difícil encontrar una mesa libre. Fuimos adentrándonos en la sala hasta que al fondo vimos que, cerca de la puerta que da salida a un pequeño patio, quedaba una mesa vacía. Nos acercamos a un paso acelerado y nos sentamos en ella. Pero no estaba vacía del todo, en una de las sillas estaba él, mi abuelo, jugando su partida tal y como le gustaba hacer las noches de sábado. Fue extraña esa sensación. Hacía años que había decidido marcharse pero esa noche estaba allí, sin hablar, sin hacer ruido, tan solo estaba allí jugando su partida... Miré extrañado a mis padres, que elegían el cartón con el que iban a jugar. No podía creer que no se saludaran. Era como si no pudiesen verle, tan solo lo veía yo.

No me atrevía a pronunciar una sola palabra, ni un saludo, ni un «¿Cómo estás?». Estaba perplejo por la situación y lo miraba, tan solo lo miraba. Cuando empezaron a cantar las bolas, me quedé mirando su cartón. Veía cómo iba marcando los números que iban cantando. Todo concordaba, estaba jugando esa partida. En realidad no los marcaba. Él jugaba «a la inglesa», es decir, va arrastrando una moneda en las casillas opacas del cartón conforme cantan sus números, de modo que cuando quedan pocas bolas por salir muchas veces no sabes cuál es el número que te falta para cantar bingo... Aquella partida fue la más emocionante que recuerde en toda mi vida, no creo que nunca juegue otra igual.

Habían sacado cerca de treinta bolas pero la línea se hacía de rogar, unas pocas bolas más bastaron para que con el número catorce se escuchara gritar: «¡LÍNEA!». Y como era de suponer solía venir acompañado de un murmullo mezcla de enfado, resignación y envidia de las de verdad. Sonreí al escuchar el tumulto de la gente, busqué en la mirada de mi abuelo complicidad, pero su imagen seria borró mi sonrisa. Miré a mis padres que se frotaban las manos, a la vez que decían: «venga vamos al bingo que es para nosotros...». Les sonreí tímidamente y volví a clavar los ojos en su cartón.

Se escuchó a la jefa de la sala decir: «La línea es correcta. Vamos para bingo».

Ya estaban todos preparados, menos yo. Conforme seguían cantando las bolas, el ambiente se hacía cada vez más tenso, sobre todo en nuestra mesa. Observaba a mis padres cómo se hacían gestos con los dedos y hablaban flojito diciendo: «Me quedan solo dos». Mi madre cruzaba los dedos de las manos y mi padre apoyaba una moneda de canto sobre la mesa con sus dedos que la hacía girar sobre ellos. Debía ser dos formas distintas de llamar a la suerte. Lejos quedó apuntar los números en una libreta con un bolígrafo dorado por fuera y azul por dentro... Mientras, mi abuelo seguía jugando su partida a la inglesa. Sabía que solo le quedaba un número para cantar bingo pero desconocía cuál era. No entendía muy bien esa forma de jugar, lo único que sabía era que cuando la última moneda cayese fuera del cartón había completado el bingo.

Miré las mesas de mi alrededor y todos tenían los cartones casi enteros tachados. La suerte debía estar a una o dos bolas de allí.

De pronto se escuchó una voz ebria a los lejos, en el bar, que dijo: «¡Mueve las

bolas que no me has dado nada en toda la noche!»). Esa frase fue seguida de una carcajada unánime en la sala, menos en él.

No debía quedar más de quince o dieciséis bolas por salir y yo... seguía mirándolo. Él no decía nada, me miraba, tan solo me miraba...

De pronto, cuando cantaron el número seis, vi cómo mi abuelo desplazaba su dedo sobre la última moneda que le quedaba sobre el cartón y lo quitaba del mismo, hasta ponerlo sobre la mesa, y fue en ese instante, me puse en pie, levanté los dos brazos al aire y empecé a gritar como un desesperado:

—¡Bingo! ¡Bingo!

Me puse a gritar por dos veces más:

—¡Bingo! ¡Bingo!

No me importa que piensen que exageraba porque no era así.

Estaba emocionado, nervioso, habíamos cantando bingo pero no sabía si era correcto o no. Cogí el cartón, se lo acerqué a la mesa de la chica que cantaba y tras comprobarlo dijo al micro:

—El bingo es correcto.

—¡Siiiiiiiií! Volví a levantar los dos brazos y brinqué. Desde allí me quedé mirando con una sonrisa irrepetible. Él me miró a los ojos, tan solo me miraba, pero esta vez me regaló una sonrisa, también irrepetible, como la que siempre había recordado y me guiñó su ojo derecho.

No os imagináis cuantas emociones recorrieron mi cuerpo en ese momento. Las lágrimas que tenía en mis ojos eran imposibles de secar, venían desde muy adentro... Le respondí del mismo modo guiñando un ojo y sin decir una sola palabra, no hacía falta. Los dos sabíamos qué significan esos gestos.

Me giré hacia la mesa de la jefa de la sala para recoger el dinero del premio y el cartón que nos había dado la suerte. Cuando volví a la mesa él ya no estaba allí, se había ido... solo estaban mis padres sentados en esa mesa mirándome con una sonrisa. Me senté, me derrumbé, dejé las monedas en la mesa, me escondí tras mis manos... Cogí ese cartón, me marché de la sala, empecé a correr sin sentido por la calle encharcada y donde la lluvia no me dejaba ver. Me senté en el suelo, debajo de un puente por donde pasaba un tren. Allí intenté recuperar la respiración que había perdido. Cogí ese cartón mojado del bingo y acaricié el número seis. Luego, después de haber pasado unos segundos, giré el cartón y en la otra cara pude leer una palabra escrita con un bolígrafo de color azul: «Adiós»...

En algún lugar

Así fueron aquellos sueños. Nunca llegué a saber cuánto tenían de real...

Ahora que han pasado algunos años desde que caí desplomado en el terreno de juego, creo que es un buen momento para contar que pasó justo después. Y digo «creo» porque no estoy seguro de que existan buenos momentos para contar ciertas cosas...

En todo este tiempo atrás, no conté a nadie mis encuentros con Giraluna. No me atreví. Quedó como un secreto entre nosotros. La última vez que nos vimos me pidió que no volviese por allí hasta que no supiese cuál era mi sueño. En aquel instante me pareció demasiado tiempo. Unos años después me lo sigue pareciendo...

Nunca me gustó que me dijese lo que tenía o no que hacer. Preferí estrellarme por mi mismo que buscar un culpable. Las hostias duelen menos cuando no tienes a quien señalar. Era cierto que teníamos un pacto entre nosotros pero...

29 de marzo de unos años después...

Eran las diez menos cuarto de la noche. Estaba en el salón de casa frente a una repisa de cinco baldas. Ordenaba todos los libros que ya había leído, poniendo en primer lugar el que más me había gustado y dejando al final los que casi ni me hablaron... el estante de abajo lo reservé para los que aún tenía pendientes de leer...

Después puse música, prendí un incienso, me senté en el sofá y traté de hacer lo mismo con mi cabeza. Hacía tiempo que no la ordenaba. Cuando terminé con los últimos cuatro años descansé. Fui directo hacia la cocina, abrí la nevera, tomé la botella de agua y salí con ella dando tragos al jardín. No me hizo falta encender las velas, la luna brillaba con tanta intensidad que deberían apagar todas las luces de las farolas...

... Y claro, esa luna llena me trajo el recuerdo imborrable de Giraluna ¿cómo es posible que un simple girasol me haya marcado tanto? Mi vida giró en torno a él en estos últimos años...

No me voy a dispersar, ni me iré por las ramas. Seré franco y claro ahora que este libro está a punto de acabar...

Debía verle. Así fue y por eso utilicé ese verbo. Fue una obligación impuesta por mí mismo. Era la mejor excusa para romper con nuestro pacto. Dejé el resto de los años desordenados por el jardín. Supe que volvería a ellos en otro momento...

No cogí nada, más bien lo contrario... Dejé todo, bajé las escaleras, entré al garaje, subí al coche, puse la radio, arranqué el motor y encendí las luces. No sabía como iba a reaccionar Giraluna al verme, ni siquiera sabía si después de tanto tiempo seguiría estando allí... lo único que tenía claro era que, posiblemente, ese viaje fuese el último que haría a ese campo de girasoles. Después todo cambiaría, nada volvería a ser como antes...

Mientras conducía por aquella solitaria carretera nacional próxima a la costa, intentaba sintonizar alguna emisora de radio, pero desde que me robaron la antena era difícil encontrar ninguna que se escuchase por aquel lugar... Abrí la guantera, saqué el estuche de los cd, busqué un disco de guitarra clásica que grabó mi padre y puse una bonita canción compuesta por el melillense Antonio Catalá, *La danza arabesca*...

Dicen que la música amansa a las fieras y en mí hizo eco. Con las ventanillas bajadas, sentí cómo el aire alborotaba mi pelo, escuchar esa melodía relajante, con la mirada puesta en la carretera y la cabeza en el campo de girasoles, hizo que instintivamente levantara el pie del acelerador. Decidí disfrutar de ese viaje, el más largo que hice en los últimos tiempos...

Cuando llegué, dejé el coche aparcado en el arcén de la carretera, con las luces de los cuatro intermitentes encendidas y con el motor parado. Me quedé unos minutos más dentro de él con las manos puestas en el volante, como si estuviese conduciendo, pero solo esperaba que acabase esa última canción... Justo antes de saltar el siguiente cd, apagué la radio, miré a mi derecha, por primera vez esa noche, y supe que Giraluna hacía tiempo que me esperaba.

Bajé despacio del mismo modo que cerré la puerta. Me quedé de pie apoyado en el capot de brazos cruzados. Dedicué los primeros segundos a observar todo lo que había a mi alrededor y no tenía movimiento. Aquella noche me recordó la del último sueño que tuve... Las emociones que empecé a sentir quebraron un estado de paz que me acompañó durante todo el viaje. No entendí de dónde salieron esos nervios, no recuerdo haberlos traído conmigo.

Cuando finalmente me dispuse a dar el primer paso, aquel campo me pareció demasiado tenebroso. Tardé varios segundos en dar el segundo... Aquella noche ese silencio me asustaba, presumía ser un lugar demasiado vacío... Fue estremecedor sentir que lo único que se escuchaba allí eran los latidos de mi corazón acelerado. Caminé con unos andares extraños. Fui incapaz de dar pasos seguidos sin pararme a pensar si debía continuar o regresar a casa.

No sabía si Giraluna se encontraba allí, ni si estaría mirando a la luna o si todo este tiempo era suficiente para echarme de menos. Yo a él sí.

A veces pienso que el tiempo se encarga de borrar aquellas amistades que se quedaron a mitad de camino... Creo que eso no me importó demasiado.

Quizás lo que más me preocupó fue lo que pensé en ese preciso momento: volver a ese campo no había sido una buena idea. Acababa de romper un pacto.

Después de los siguientes treinta pasos, de pararme y de pensar, me senté unos minutos en el suelo, siendo observado por miles de girasoles. Agaché la cabeza, cerré los ojos y valoré las consecuencias que tendría tomar una decisión u otra.

Tras escuchar debatir al ángel bueno de un hombro con el malo del otro, me decanté por el refrán del ángel malo que dice: «Si hay que ir se va, pero ir para nada...». Tenía razón. A veces hasta los malos tienen cosas que enseñarnos...

Una vez convencido me levanté y continué caminando. No volví a pararme en el paso treinta. Seguí caminando muy despacio, con las manos escondidas en mis bolsillos para reservar mi intimidad, a quien dice que es capaz de ver tu vida en ellas... no lo creo, pero por si acaso las oculté. Me fui guiando por la sombra de mis pasos. No tuve prisa por llegar. Tampoco quise levantar la mirada hacia donde presuntamente debería estar Giraluna, aún no, era demasiado pronto... Intuí que no debía andar muy lejos de mí porque algo en mi interior reaccionó.

Pasó de largo el tren, a velocidad de vértigo, por mi cabeza. Ni siquiera se paró. Pude observar que en sus ventanas había una imagen de cada uno de los encuentros que tuvimos, Giraluna y yo. El primer vagón tenía una foto de la noche de tormenta, del día que todo empezó. Mientras lo veía pasar no pude borrar esa enorme sonrisa en mi cara. Fue el último vagón quien se encargó de borrarla. Conforme el tren se alejaba y le decía adiós con mi mano, no dejé de pensar en la imagen de aquella mujer. Era hermosa, de ojos tristes y mirada esperanzada... Aquella imagen era la única de todo el tren que no recordaba haber vivido junto a él.

No quise darle mayor importancia, solo fue un tren sin pasajeros que pasó de largo por allí, por mi mente...

Cuando volví en si, me vi de pie mirando a la luna con un brazo extendido al aire y con la mano saludaba de un lado para otro. Bajé rápido el brazo, temía que alguien me hubiese visto, aunque sabía que allí estaba solo.

Respiré profundamente, tomé aire para dos y seguí persiguiendo mis propias sombras. Aquel camino lo había recorrido en numerosas ocasiones. Sería capaz de llegar hasta Giraluna con los ojos vendados sin la ayuda de un guía, ni animal, ni humano. Después de varios minutos llegué hasta él.

Sabía que el girasol que tenía delante de mis pies era él. No me preguntéis porqué pero lo supe. Son las cosas de las corazonadas...

Levanté muy lentamente la cabeza. Mis ojos, como si de un escáner se tratasen, recorrieron todo su ser empezando por la raíz, hasta acabar en la superficie de la luna. Fue allí donde mis ojos se perdieron. Instantes después volvieron al campo de girasoles. Me senté con las piernas encogidas y las manos sujetándolas tan cerca de Giraluna que sus hojas descansaban en mis hombros. Miré repetidamente de un lado para otro. Sí, estábamos solo.

Con disimulo traté de buscar cualquier tipo de sobre en un radio de no más de un metro de donde estábamos nosotros, pero allí no encontré nada. Luego volví a repetirlo, esta vez descaradamente, siendo el resultado el mismo... Esa noche era

para nosotros.

Dejé que pasara la noche cuando empecé a escuchar los grillos cantar. Ahora sí que no estábamos solos, ahora sí que esa noche se empezaba a parecer a todas las demás...

Me recliné hacia atrás, luego me tumbé, apoyando la cabeza entre mis manos. Clavé la mirada en el cielo. Aquella noche no faltó ninguna estrella, ni siquiera las fugaces. Todas se vistieron con el vestido para las mejores ocasiones. Sentía que mi cuerpo se elevaba sin moverse del suelo, cómo mis ojos brillaban tanto como el Universo que tenía frente a mí y fue allí, en la luna, donde traté de encontrar las respuestas a mis preguntas.

Pasé varias horas hipnotizado con su brillo, fue algo celestial. Tanta serenidad hizo que el cansancio se acostase a mi lado, descansara conmigo. Los ojos solo parpadeaban para abrirse. No querían perderse del todo en un sueño. De pronto ocurrió algo increíble que, a pesar de los años que han pasado, aún me sigue haciendo dudar si fue parte de un sueño o fue real. Fue entonces cuando desperté, me incorporé con los ojos como platos. Mi boca medio abierta dejaba entrever que aquel fenómeno me había descolocado por completo, estaba totalmente sorprendido.

Aquello no podía ser cierto, no era real. No, no lo era... Era un sueño. Me pellizqué la pierna tratando de reaccionar, me puse en pie, no dejé de observarlo, ni de autoconvencerme diciendo en voz alta: «No, esto no puede ser real».

La paz pasó a desesperación y esta fue la que me hizo gritar como nunca antes lo había hecho en toda mi vida: ¿es esto un sueño?, ¿lo es? ¡¡Despertarme por dios!! ¡¡¡Despertarme cabrones!!! ¡¡¡Despertarme...!!! Pero estábamos solos y el sueño o lo que fuese... continuó.

Perdí la voz, las formas, la compostura y creo que, en algún instante, incluso llegué a perder la conciencia. Lo único que no perdí fue la mirada en el brillo de la luna que iba aumentando paulatinamente de intensidad, a la vez que color. Una luna que dejó de ser blanca para hacer un recorrido por todas las tonalidades del círculo cromático Nunca había visto en mi vida una luna azul, ni verde, ni rosa, ni... Nunca vi nada igual. Su intenso brillo arrugó mi mirada. Pasados unos segundos todo volvió a ser como antes...

No cabía en mi asombro. Lo que mis ojos acababan de ver, solo lo imaginaron... eso fue lo que quise creer. Traté de convencerme de ello diciéndome una y otra vez: ¡esto no ha sido real! ¡Esto no acaba de ocurrir!... pero me faltaron argumentos.

Lo dejé por imposible y volví a sentarme en la tierra. Esperé que pasaran seis minutos, ese es el tiempo necesario para que todo vuelva a estar en orden, lo que hay de dentro de ti y lo de fuera. Cuando todo volvió a estar en su sitio miré a Giraluna, me incliné hacia él y susurré:

—¿Era ese el motivo por el que no dejabas de mirar a la luna? —... Sonreí al escucharme preguntar en voz alta. Le desvié la mirada y volví a buscar respuestas en el brillo de la luna. Fueron pasando minutos que contaba por bostezos, cuando de

pronto me pareció ver que la luna se movió. Me froté los ojos antes de volver al estado de pánico. Aguanté la respiración, sin pestañear clavé la mirada en ella y sí... empezó a girar pausadamente sobre sí misma. Fue increíble poder disfrutar de ese acontecimiento.

La emoción pudo conmigo cuando giró completamente y pude ver lo que había en la otra cara de la luna. Es lo más bonito que he llegado a ver en toda mi vida.

Para quienes no me conocen no soy una persona emotiva, pero en esos momentos mis ojos se empaparon de lágrimas acompañadas de un llanto infantil. Me clavé de rodillas y me derrumbé...

Seis minutos más escondido dentro de mí hasta que volví a mirar a la luna, pero ya no mostraba su cara oculta, todo volvió a estar en orden. Se cumplió la teoría de los seis minutos. Me sequé los ojos con los puños de la manga, respiré profundamente, después normal y me sentí, por primera vez, la persona más mezquina que había encima de la Tierra. «Los sueños se cumplen» me repetí una y otra vez.

De pronto me sobresalté al escuchar cómo una voz próxima a mí preguntó:

—¿Me vas a decir cuál es tu sueño?

Me puse en pie de un salto, estaba inquieto, el corazón latía a mil y la respiración debió seguirle muy de cerca. Miré a mi alrededor sin orden alguno. Quería encontrar el origen de esa voz, pero allí no había nadie, absolutamente nadie...

Los nervios fueron creciendo poco a poco, dejé de estar asustado, empecé a sentir pánico y salió mi otro yo; el descontrolado, el impulsivo, el que nada le importa, el que nadie conoce y empecé a gritar como un loco tratando de ahuyentar mi propio miedo.

—¿Quién anda por ahí?! ¡¿Sal de ahí donde quieras que estés?!...

Pero nadie respondió. Lo único que pude escuchar a lo lejos fue el eco de mi propia voz. Con el miedo dentro de mí, me alejé unos metros de Giraluna, los suficientes como para no perderlo de vista. Caminé medio agachado, cuidando las pisadas y evitando hacer ruido. Esa persona no debía andar muy lejos de allí. Seguramente se ocultaba entre los girasoles.

Segundos después volví a escuchar esa misma voz a unos metros de mí, cerca de Giraluna:

—¿Cuál es tu sueño?

Salí corriendo, en la dirección de esa voz, esta vez sin importarme armar revuelo y gritando: ¡Sal de ahí! ¡Te he visto! ¡No te escondas! ¡No te haré nada!... Fui apartando todos los girasoles que se cruzaban en mi camino, pero allí, donde debía estar escondida esa persona, no había nadie... Empecé a desesperarme.

Estuve varios minutos más buscando por ese campo de girasoles aquella sospechosa persona, pero acabé sucumbiendo en mi intento por encontrarla. Después tiré la toalla y me senté, nuevamente, junto a Giraluna. Lo observé... me quedé pensativo tratando de buscar una explicación... ¡no!, eso no podía ser. Dejé de

pensarlo, lo desestimé...

Volví a mirar el brillo de la luna, esta vez prestando atención a cada detalle y fue allí donde encontré la explicación... Todo lo que había ocurrido esa noche en ese campo de girasoles nada había sido real. Fue un pequeño sueño durante varias cabezadas no muy grandes.

Aún así tenía ciertas dudas y quise asegurarme. Miré nuevamente a Giraluna y le pregunté:

—¿Eras tú quién preguntabas cuál es mi sueño?, pero nadie respondió. Era de esperar. Me tranquilizó, me relajé y disfruté, ahora sí, de su compañía.

Empecé a recordar todo lo que había pasado durante todos estos años en este campo de girasoles al que posiblemente nunca más volvería. A pesar del tiempo todo seguía estando como el primer día, lo único que cambió fue mi cabeza que se llenó de preguntas sin respuestas. Me quedé embobado observando a Giraluna durante minutos que no parecían acabar. Trataba de buscar en él algún gesto, algún detalle, algo... no sé qué era, pero algo buscaba. Fue imposible dejar de mirarle, como lo fue que él dejase de mirar a la luna...

Mis ojos poco a poco empezaron a cerrarse... Os prometo que luché, con las pocas fuerzas que me quedaban para que no se cerraran, pero pudieron conmigo, me vencieron...

Desconozco cuánto tiempo pasó hasta que escuché una voz muy cerca de mí preguntar:

—¿Cuál es tu sueño?

Abrí los ojos y supe que esa voz no podía de ser de nadie que no fuese Giraluna. Desperté extremadamente nervioso. No sabía cuál iba a ser su reacción al romper el pacto...

Continuó:

—Buenas noches amigo. Perdona si te he despertado, porque es así, estás despierto y nada de esto es un sueño...

No reaccioné, solo me quedé observándolo...

—Y tú ¿Sabes ya cuál es el tuyo? —Preguntó Giraluna.

Creo que aún no me había despertado del todo. Estaba un poco confuso, casi asustado, solo casi...

—Creo que sí. Respondí sin saber muy bien dónde me llevaría esa mentira...

—¿Sabes? Me alegra volver a verte y sobre todo me siento orgulloso de que hayas encontrado tu sueño...

Agaché la cabeza, me sentí avergonzado de mí. No quise decir nada más, no quería seguir mintiéndole...

—Levántate, creo que ha llegado la hora de que te enseñe algo.

Rápidamente me puse de pie. Sentí una enorme curiosidad al escuchar la palabra «algo», pues era eso lo que estaba buscando en él, «algo», y ahora iba a poder saber qué era. Quizás fuese la llave que abriría un imaginario baúl repleto de preguntas no

contestadas... Esperé expectante que prosiguiera...

—¿Ves la luna?...

No respondí, supe que esa no era una pregunta que esperas que te responda. Miré la luna y esperé que continuase.

—Es preciosa ¿verdad? No pierdas detalle de ella. Aléjate unos metros de mí...

Me adelanté unos metros, dejándolo a mi espalda. Me giré hacia atrás esperando su aprobación que no tardó en llegar.

—Quédate ahí de pie. Debo enseñarte algo muy importante para ti. ¿Estás preparado?

Una vez más el verbo «deber» y la pregunta «¿Estas preparado?», aunque juntas en una misma frase. Intuía que me dolería...

—He llegado hasta aquí, así que no voy a volver. No sé si estoy preparado... solo sé que no voy a echarme atrás. —Respondí con un tono que rozaba la melancolía.

—Abre bien los ojos y siente todo lo que va a ocurrir en este preciso momento.

Respiré profundamente, cerré los ojos, luego los abrí poniendo todos los sentidos en la mirada y esperé...

Minutos después vi a lo lejos cómo unas siluetas se acercaban lentamente hacia donde nos encontrábamos. Caminaban cabizbajo, cogidos de la mano, en silencio y portando una vela que iluminaba a cada paso que daban. No fui capaz de distinguirlos desde la distancia, solo eran oscuras sombras que se acercaban...

Cuando llegaron a mí observé cómo una mujer, oculta bajo una túnica negra, se separó del grupo y se aproximó hasta Giraluna. En una mano llevaba una vela encendida y en la otra una preciosa niña de no más tres años de edad. Se quedaron de pie a su lado... La niña sujetaba entre sus pequeñas manos, llena de hoyitos entre sus nudillos, un sobre de color verde.

En ese instante, mi corazón empezó a golpear fuertemente contra mi pecho. Supongo que llamando mi atención para que no perdiese detalle de todo lo que estaba ocurriendo.

La pequeña besó con ternura e inocencia el sobre y lo dejó con cuidado entre las hojas de Giraluna. La madre al verla se abrazó con fuerzas a ella, se hincó de rodillas en el suelo y se quedó mirando fijamente a Giraluna, sin parpadear y sin poder hacer nada para secar tantas lágrimas como caían de sus ojos.

Nunca antes había visto una mirada tan llena de amor como embriagada de tristeza. Fue demasiado conmovedor para que mis ojos no reaccionasen... Seguramente esa noche, aquella mujer, fuese la persona más triste del mundo, del de arriba y del de abajo...

Su hija ajena a lo que ocurría abrazaba a su madre por el cuello, mientras la besaba. Era tan pequeña que no llegaba a unir sus dos manos. No lloró...

El resto de las personas que allí nos encontrábamos solo fuimos meros espectadores de una película que estaba llegando a su fin. No dijimos nada, apenas nos movimos, tan solo las mirábamos. De vez en cuando la mujer levantaba su

mirada hacia el cielo, observaba la luna. En ningún momento dejó de abrazar a la niña y desde la distancia pude sentir ese dolor, ese horrible dolor al escuchar el sonido estremecedor de sus llantos, el de ella y el de la niña que rompió a llorar al ver a su madre así. No pudo contenerse. No dejaron de hacerlo durante todo el tiempo que estuvieron allí.

Yo no quise romper esa intimidad que las personas necesitan para desahogarse. Y las miraba, tan solo las miraba, mientras guardamos un sepulcral silencio.

Cuando sus llantos enmudecieron pasaron seis minutos que conté en seis suspiros. Traté de aproximarme a ellas, recordé lo qué era la soledad cuando necesitas un abrazo y solo encuentras barrancos... intenté hacerles sentir que no estaban solas que podían agarrarse a mí.

Posiblemente necesitaban un abrazo, pero a escasos metros de ellas me paré. No fui capaz de hacerlo. No pude pronunciar una palabra, me ahogué con mi propio nudo en la garganta, me pudo una inmensa sensación de tristeza. Era una imagen conmovedora, muy conmovedora.

Volví a intentarlo. No podía esperar seis minutos sin hacer, ni de decir nada. Me metí entremedio de todos los que se encontraban allí. Fui apartándolos de mi camino, alejándolos de mí al mismo tiempo que observaba sus rostros. Todos tenían la misma expresión de tristeza que tenía aquella mujer primero y su hija después.

Me sorprendí ver que todas esas personas eran muy conocidas para mí. Se trataban de todas y cada una de las personas que por algún motivo han significado algo en mi vida. No quise darle mayor importancia. Tragué saliva y continué unos pocos metros más hasta que conseguí acercarme a ellas.

No pude verles las caras, estaban abrazadas entre sí. Me senté a un lado de Giraluna, al otro estaban ellas dos. No pronuncié una sola palabra. Sin permiso cogí el sobre verde entre mis manos y lo abrí muy despacio. Pude leer:

«Te echo de menos».

Con una letra que ya conocía, la elegancia de la primera «o»; de mediana estatura de una bajita «T»; delgada como la «d» sin barriga; con el cabello claro de la «c»; de ojos marrones como el acueducto de la «m» y con una enorme expresión de tristeza al ver una lágrima en la segunda «o»... así la imaginé y así era ella. Así de bonita.

Las miré a la cara casi sin parpadear, pero ellas no me veían a mí. Hasta que en un instante la madre se acercó lentamente a Giraluna y pude oír cómo le dijo en voz baja mientras dejaba caer una lágrima:

—Ojalá nunca te hubieses ido, te necesito y ella también. Este angelito es tu hija, se llama Paula, como tú querías que se llamase. Y aunque no te haya podido conocer, todos los días pregunta por su padre y cada día que pasa sin verte te echa de menos.

En ese preciso momento se paró mi corazón. Esas palabras me rompieron el alma y me derrumbé. Fue entonces cuando lo entendí todo... era ella la chica del último vagón, del último capítulo... No pude decir nada, las miraba, tan solo las miraba.

Lo último que compartimos fue la mirada al cielo. La luna nos mostraba su cara

oculta y pocos segundos después se cruzaron dos estrellas fugaces...

En la noche de San Juan como os comenté no pedí ningún deseo, no lo necesitaba. Pero esta noche tenía una segunda oportunidad para hacerlo y lo hice. Mientras miraba al cielo pedí: «Solo deseé la mayor felicidad del mundo a mi mujer y mi preciosa hija que se encontraban derrumbadas delante de Giraluna y frente a mí».

Instantes después de pedir mi deseo, escuché como una voz que decía:

—Amigo, ha pasado bastante tiempo desde la primera vez que me visitaste. Creo que ha llegado el momento de decirme cuál es tu sueño —dijo Giraluna.

Suspiré profundamente mientras las miraba con los ojos nublados. Me aproximé a ellas para abrazarlas, ellas lo necesitaban y yo también, pero no pude hacerlo, lo intenté pero no pude... Quería despedirme de ellas, pero no pude...

Después respondí:

—Sí lo sé, Giraluna. Después de todos estos años, de tantas visitas y, sobre todo, de tantos recuerdos vividos, debo decirte que mi sueño era tener una familia como la que yo tuve, educar y ver crecer a una hija, la que nunca vi nacer, junto a mi mujer y quererlas a ellas por encima de todas las cosas. Pero en ese preciso instante me he dado cuenta que muy tristemente mi sueño ha cambiado y no es otro que poder estar vivo, para disfrutar de mi mujer y de mi hija que me necesitan, de todas esas personas que he llegado a conocer, de las que he querido y siempre querré, de las que he amado y me amaron, de recordar a quienes se fueron conmigo y a quienes se quedaron viviendo, de disfrutar de cada uno de los detalles de la vida que me han rodeado y han despertado en mí una sonrisa, una lágrima o una ilusión.

Me marché sin decir adiós, alejándome de aquel campo de girasoles con las manos metidas en los bolsillos, dejando todo a mi espalda y encontrando en uno de ellos dos piedras. Me quedé observándolas. Eran preciosas. Me giré, miré a Giraluna. No quería irme, del todo, sin antes hacerle una última pregunta.

Desde la distancia le grité:

—¿Quién eres?

Respondió:

—Giraluna eres tú.

CARTA AL LECTOR

Me gustaría que el lector que tenga este libro entre sus manos, cuando alguien le pregunte «¿Cuál es tu sueño?» sepa responder y que su respuesta no sea la que le di a Giraluna, porque la única intención que tengo cuando termines de leer este libro no es hacerte pensar, ni tampoco hacerte reír, ni tan siquiera hacerte llorar...

Este libro se escribió para hacerte llegar hasta donde tú sueñas...

... EN ALGÚN LUGAR.



JAVIER CARRETERO, nació en Melilla en 1978, pasó su niñez y adolescencia dando patadas a un balón de fútbol en esta ciudad Norteafricana.

Los estudios de primaria los realizó en el ya desaparecido Colegio San Juan Bosco y estudió bachillerato en la rama de ciencias en el Instituto Enrique Nieto. A la edad de 18 años marchó hacia Almería donde se matricula en la Universidad para realizar los estudios de Ciencias Químicas.

Tras participar en agrupaciones musicales, empieza a escribir y componer sus primeras canciones, poesías y relatos... hasta llegar a este su primer libro *En algún lugar*.